

CRIMEN & CIA.

**Harry  
Kemelman**  
**ASESINATO EN  
LA SINAGOGA**



En «Asesinato en la sinagoga», el rabino David Small, sin desatender los problemas cotidianos de su comunidad, deberá investigar el macabro hallazgo en los terrenos del templo del cadáver de una joven estrangulada. Puede que no sea más que uno de tantos salvajes asesinatos cometidos por dementes, pero quizá se trata de una siniestra maniobra pensada para desacreditar a la comunidad judía con fantásticas acusaciones de asesinato ritual...



Harry Kemelman

# **Asesinato en la sinagoga**

**Crimen & Cia. - 11**

**ePub r1.2**

**Titivilius 05.07.15**

Título original: *Friday the Rabbi Slept Late*

Harry Kemelman, 1964

Traducción: Jorge Luis Mustieles

Editor digital: Titivilius

ePub base r1.2



*A mi padre y mi madre*

## 1

TOMARON ASIENTO en la capilla y esperaron. Aún no eran más que nueve, y estaban esperando al décimo para dar comienzo a las plegarias matutinas. El anciano presidente de la congregación, Jacob Wasserman, llevaba puesta su filacteria, y el joven rabino, David Small, que acababa de llegar, estaba poniéndose la suya. Había sacado su brazo izquierdo de la chaqueta y tenía la manga de la camisa arremangada hasta la axila. Colocándose en el brazo la cajita negra con la cita de las Escrituras, cerca del corazón, dio siete vueltas a su antebrazo con la cinta que llevaba unida, luego tres vueltas en torno a la palma de la mano para formar la primera letra del Divino Nombre, y finalmente una alrededor del dedo medio, como anillo de desposorio espiritual con Dios. Esto, junto con la pieza que se colocó a continuación sobre la frente, cumplía literalmente con el mandato bíblico: «Las anudarás (las palabras de Dios) como un signo sobre tu mano, y cubrirán tu frente entre tus ojos».

Los demás, ataviados con sus chales de oración orlados de seda y casquetes negros, se habían sentado formando pequeños grupos y charlaban, hojeaban ociosamente sus libros de oraciones y comprobaban ocasionalmente la exactitud de sus relojes de pulsera con el redondo reloj de pared.

El rabino, ya preparado para el servicio matinal, se paseaba arriba y abajo por el pasillo central, no con impaciencia, sino más bien como un hombre que ha llegado antes de tiempo a la estación del ferrocarril. Hasta él llegaban fragmentos sueltos de

conversación: comentarios sobre los negocios, sobre la familia y los hijos, sobre los proyectos de vacaciones, sobre las posibilidades de los Red Sox. Apenas si podía considerarse una conversación adecuada para hombres que se disponían a rezar, pensó, y de inmediato se censuró por ello. ¿Acaso no era también pecado ser excesivamente devoto? ¿Acaso no le correspondía al hombre disfrutar de las cosas buenas de la vida, como los placeres de la familia y del trabajo..., y del descanso del trabajo? Todavía era muy joven —no había cumplido los treinta— y de carácter introspectivo, de modo que no podía evitar plantearse interrogantes, y luego interrogarse sobre los interrogantes mismos.

El señor Wasserman, que había salido, regresó a la sala.

—Acabo de telefonar a Abe Reich. Dice que estará aquí en diez minutos.

Ben Schwarz, un hombre de mediana edad, bajo y rechoncho, se levantó bruscamente.

—Ya es suficiente —masculló—. Si he de estar pendiente de ese hijo de perra de Reich para celebrar un *minyán*, haré mis oraciones en casa.

Wasserman corrió hacia él y lo detuvo al extremo del pasillo.

—No irás a dejarnos ahora, ¿verdad, Ben? Quedaríamos sólo nueve, aunque venga Reich.

—Lo siento, Jacob —respondió Schwarz tercamente—. Tengo una cita importante y debo irme.

Wasserman abrió sus manos.

—Has venido a decir *Kaddish* por tu padre. ¿Qué clase de cita tienes que no puedes esperar ni unos minutos para presentarle tus respetos?

Con sus sesenta y tantos años de edad, Wasserman era mayor que casi todos los restantes miembros de la congregación, y hablaba con un ligero acento que no se manifestaba tanto en una mala pronunciación como en el cuidado especial que ponía en pronunciar correctamente las palabras. Vio que Schwarz empezaba a vacilar.

—Además, yo también tengo *Kaddish* hoy.

—Muy bien, Jacob, no sigas apelando a mis emociones. Me quedo. —Incluso llegó a sonreír.

Pero Wasserman aún no había terminado.

—¿Y por qué has de estar resentido con Abe Reich? He oído lo

que has dicho. Antes, erais buenos amigos.

Schwarz no necesitó otro acicate.

—Ahora te diré por qué. La semana pasada...

Wasserman alzó su mano.

—¿El asunto del automóvil? Ya estoy al corriente. Si crees que te debe algún dinero, demándalo y termina de una vez con ello.

—No es un caso de los que se llevan a los tribunales.

—Entonces, busca otra forma de resolver vuestras diferencias. Pero no deberíamos tener en el templo a dos prominentes miembros de la congregación que ni siquiera soportan participar en el mismo *minyan*. Es una vergüenza.

—Mira, Jacob...

—¿Has pensado alguna vez en cuál es la verdadera función de un templo en una comunidad como ésta? Tendría que ser un lugar en el que los judíos pudieran resolver sus diferencias. —Llamó al rabino con un gesto—. Estaba diciéndole a Ben que el templo es un lugar sagrado, y todos los judíos que acuden aquí deberían estar en paz entre ellos. Aquí es donde tendrían que solventar sus diferencias. Quizá sea ésta una función más importante para el templo que la de un mero lugar para la oración. ¿Qué opina usted?

El joven rabino los miró a los dos, indeciso, y se ruborizó.

—Temo no estar de acuerdo, señor Wasserman —respondió—. El templo, en realidad, no es un lugar sagrado. El original lo era, por supuesto, pero la sinagoga de una comunidad como la nuestra es sólo un edificio. Un edificio dedicado a la oración y el estudio, y supongo que puede considerarse sagrado en el sentido en que lo es cualquier lugar en el que los hombres se reúnen para rezar, pero, tradicionalmente, resolver disputas no es función del templo, sino del rabino.

Schwarz no dijo nada. No le parecía bien que el joven rabino contradijera tan abiertamente al presidente del templo. De hecho, Wasserman era su patrón, aparte de ser lo bastante mayor como para ser su padre. Sin embargo a Jacob no pareció importarle. Sus ojos chispearon, e incluso pareció complacido.

—Así pues, si dos miembros del templo disputan, ¿qué propondría usted, rabino?

El joven sonrió levemente.

—Bueno, en los viejos tiempos habría sugerido un *Din Torah*.

—¿Qué es eso? —inquirió Schwarz.

—Una audiencia, un juicio —respondió el rabino—. Ésta, incidentalmente, es una de las principales funciones del rabino: dictaminar en juicio. Antiguamente, en las juderías de Europa, el rabino no era contratado por la sinagoga, sino por la ciudad. Y no se le contrataba para que dirigiera las oraciones o supervisara la sinagoga, sino para que pronunciara sentencia en los casos que se le presentaban y dictaminara sobre aspectos de la ley.

—¿Y cómo tomaba sus decisiones? —quiso saber Schwarz, interesado aun a su pesar.

—Al igual que cualquier juez, escuchaba el caso, en ocasiones solo y en ocasiones juntamente con un par de hombres sabios del lugar. Hacía preguntas, examinaba a los testigos si era necesario y, luego, basándose en el Talmud, emitía su veredicto.

—No creo que esto nos sirviera de mucho ahora —observó Schwarz con una sonrisita—. Es cosa de un automóvil. Estoy seguro de que el Talmud no habla para nada de automóviles.

—El Talmud habla de todo —replicó el rabino terminantemente.

—¿También de automóviles?

—El Talmud no menciona a los automóviles, naturalmente, pero sí habla de cosas como daños y responsabilidades. Las situaciones concretas son distintas en cada época, pero los principios generales permanecen inmutables.

—Entonces, Ben —intervino Wasserman—, ¿aceptarías presentar el caso a juicio?

—No tengo ninguna objeción. No me importa explicar la historia a quien sea. Cuantos más la conozcan, mejor. Estaría bien que toda la congregación supiera lo vil que llega a ser Abe Reich.

—No, te lo estoy diciendo en serio, Ben. Tanto tú como Abe formáis parte del consejo de directores. Los dos habéis dedicado no sé cuantas horas de vuestro tiempo al servicio del templo. ¿Por qué no recurrir ahora al sistema tradicional judío de resolver una disputa?

Schwarz se encogió de hombros.

—En lo que a mí se refiere...

—¿Y qué nos dice usted, rabino? ¿Aceptaría usted?

—Si el señor Reich y el señor Schwarz están de acuerdo, celebraré un *Din Torah*.

—Abe Reich no lo aceptará nunca —vaticinó Schwarz.

—Te garantizo que Reich acudirá —respondió Wasserman.

Schwarz se mostraba interesado, casi impaciente.

—Muy bien. ¿Y cómo lo haremos? ¿Cuándo se celebrará este..., este *Din Torah*, y en qué lugar?

—¿Le parece bien esta noche, en mi estudio?

—Por mí, excelente, rabino. Veamos, lo que pasó fue que Abe Reich...

—Si debo juzgar el caso —le interrumpió suavemente el rabino —, ¿no cree que tendría usted que esperar a que el señor Reich estuviera presente antes de contarme la historia?

—¡Oh, claro, rabino! No pretendía...

—Esta noche, señor Schwarz.

—Ahí estaré.

El rabino asintió con un gesto y se alejó. Schwarz le observó mientras se retiraba y, al cabo, comentó:

—Sabes, Jacob, bien pensado creo que me he comprometido a participar en una cosa bien tonta.

—¿Por qué tonta?

—Porque..., porque he dado mi aprobación a algo que equivale a un juicio normal.

—¿Y bien?

—¿Quién es el juez? —Hizo un ademán con la cabeza para señalar al rabino, fijándose con desaprobación en el mal ajustado traje del joven, en su cabello desordenado, en sus zapatos cubiertos de polvo—. Míralo: un muchacho, casi colegial. Podría decirse que soy lo bastante viejo como para ser su padre, ¿y he de consentir que él me juzgue? Sabes, Jacob, si es esto lo que se supone que ha de ser un rabino, una especie de juez, quizás entonces Al Becker y algunos de los otros que dicen que habríamos de tener un hombre más maduro, de más edad, no andan muy equivocados. ¿De verdad crees que Abe Reich estará de acuerdo con todo esto? —Una idea se le ocurrió de pronto—. Dime, Jacob, si Abe no acepta, quiero decir, si se niega a presentarse en ese *comosellame*, ¿significa eso que gano yo el caso por incomparecencia?

—Por fin llega Reich —dijo Wasserman—. Empezaremos dentro de un momento. Y, en cuanto a lo de esta noche, no te preocupes. Reich acudirá.

El estudio del rabino estaba en el segundo piso, con vista a la amplia extensión asfaltada del aparcamiento. El señor Wasserman llegó cuando el rabino salía de su coche, y ambos subieron juntos las escaleras.

—No sabía que tuviera usted pensado venir —comentó el rabino.

—Schwarz empezaba a arrepentirse, y le he prometido que estaría yo presente. ¿Le molesta?

—En absoluto.

—Dígame, rabino —prosiguió Wasserman—, ¿ha hecho usted esto con anterioridad?

—¿Celebrar un *Din Torah*? Desde luego que no. Siendo, como soy, un rabino conservador, resulta bastante improbable. Incluso entre las congregaciones ortodoxas, aquí en América, ¿quién piensa actualmente en ir al rabino para un *Din Torah*?

—Pero, en tal caso...

El rabino sonrió.

—Todo irá bien, se lo aseguro. No estoy del todo a oscuras respecto a lo que ocurre en la comunidad. He oído rumores. Los dos hombres habían sido siempre muy buenos amigos, y ahora ha surgido algo que enturbia esta amistad. Sospecho que ninguno de ellos se siente muy satisfecho con la situación actual, y ambos querrán ponerle remedio. En tales circunstancias, tendría que serme posible encontrar algún terreno común entre ellos.

—Ya veo —contestó Wasserman, asintiendo—. Empezaba a sentirme un poco preocupado. Como usted dice, eran amigos. Y durante mucho tiempo. Seguramente, cuando la historia salga a la luz, resultará que en el fondo están las esposas. Myra, la mujer de Ben, es una buena *kochlefel*. Tiene una lengua de mucho cuidado.

—Ya lo sé —respondió tristemente el rabino—. Demasiado lo sé.

—Schwarz es un hombre débil —añadió Wasserman—, y en su casa es la mujer quien lleva los pantalones. Antes, los Schwarz y los Reich eran buenos vecinos, hasta que Ben Schwarz heredó algo de dinero a la muerte de su padre, hace un par de años. Ahora que lo pienso, hoy debe de hacer dos años, porque ha venido a decir *Kaddish*. Entonces se trasladaron a Grove Point y comenzaron a alternar con los Becker, los Pearlstein y demás gente de esa clase. Supongo que buena parte del problema se debe al deseo de Myra de

alejarse de sus antiguas relaciones.

—Bien, pronto lo sabremos —observó el rabino—. Creo que ahí llega uno de ellos.

Se oyó el ruido de la puerta de la calle al cerrarse, y pasos por la escalera. La puerta del estudio se abrió para dejar pasar a Ben Schwarz y, al cabo de un momento, a Abe Reich. Fue como si los dos hubieran estado esperando hasta asegurarse de que el otro también acudía. El rabino le señaló a Schwarz un asiento a un extremo del escritorio y otro a Reich en el extremo opuesto.

Reich era un hombre alto, bastante apuesto, con una frente despejada y una cabellera de color gris acero cepillada hacia atrás. Había algo de *dandy* en su persona. Vestía un traje negro de solapas estrechas y bolsillos laterales sesgados, al estilo europeo. Sus pantalones eran ajustados y sin dobladillo. Era el director de ventas de una compañía de ámbito nacional dedicada a la producción de zapatos económicos, y desprendía un aire de dignidad y resolución propio de un ejecutivo. Se esforzaba por ocultar el embarazo que le causaba la situación adoptando un aspecto indiferente.

También Schwarz se sentía embarazado, pero intentaba distanciarse de todo el asunto tomándolo como una broma, un elaborado chiste que su buen amigo Jake Wasserman había organizado y en el que él estaba dispuesto a representar su papel como un buen chico.

Schwarz y Reich no se habían hablado desde su llegada al estudio; de hecho, hasta evitaban mirarse. Reich empezó a hablar con Wasserman, de modo que Schwarz se dirigió al rabino.

—Bueno —comenzó, con una sonrisa—. ¿Qué viene ahora? ¿Se pone usted la toga y nos levantamos todos? ¿Actúa Jacob como secretario del tribunal o bien hará de jurado?

El rabino sonrió. A continuación, acercó su silla al escritorio como para indicar que estaba dispuesto a comenzar.

—Doy por sentado que ambos comprenden de qué se trata aquí —comenzó sin apuro—. No existen normas formales de procedimiento. Por lo general, ambas partes suelen reconocer la jurisdicción del tribunal y su voluntad de atenerse a la resolución del rabino. En este caso, sin embargo, no insistiré en ello.

—A mí no me importa —respondió Reich—. Estoy dispuesto a atenerme a su decisión.

Para no quedar mal, Schwarz añadió:

—Yo, desde luego, no tengo nada que temer. También yo lo acepto.

—Excelente —aprobó el rabino—. Como parte perjudicada, señor Schwarz, sugiero que nos cuente qué ocurrió.

—No hay mucho que contar —dijo Schwarz—. Es bastante sencillo. Abe, aquí presente, tomó prestado el coche de Myra y por pura negligencia lo estropeó. Ahora tendré que pagar todo un motor nuevo. Eso es todo, en resumidas cuentas.

—Muy pocos casos hay tan sencillos —objetó el rabino—. ¿Puede explicarme bajo qué circunstancias se llevó el coche? Y también, para que quede todo claro, ¿es suyo el automóvil o de su esposa? Afirma que es de su esposa, pero luego dice que tendrá usted que pagar el motor.

Schwarz sonrió.

—El coche es mío, en el sentido de que yo lo pagué.

Y es de mi esposa, en el sentido de que es ella quien lo conduce. Es un Ford descapotable del sesenta y tres. Yo llevo un Buick.

—¿Mil novecientos sesenta y tres? —El rabino arqueó las cejas—. Entonces, es prácticamente un coche nuevo. ¿No se halla en período de garantía?

—¿Bromea usted, rabino? —bufó Schwarz—. Ningún vendedor se considera obligado si los daños se deben a la negligencia del propietario. Becker Motors, donde compré el coche, es tan de fiar como el que más, pero Al Becker me hizo quedar como un bobo cuando se lo propuse.

—Ya veo —contestó el rabino, y le indicó que siguiera.

—Bien, hay un grupo de nosotros que solemos hacer cosas juntos: ir al teatro, excursiones en automóvil, cosas así. Todo empezó como una especie de peña compuesta por unas cuantas parejas amigas que vivimos más o menos cerca, pero luego algunos nos fuimos a vivir más lejos. Aun así, seguimos viéndonos como una vez al mes. Esta vez, habíamos acordado ir a esquiar a Belknap, en New Hampshire, y llevamos dos coches. Los Albert fueron en su sedán con los Reich. Yo llevé el Ford, y Sarah, Sarah Weinbaum, venía con nosotros. Es viuda. Los Weinbaum formaban parte del grupo, y desde que falleció su marido tratamos de incluirla en todo.

»Salimos el viernes, a primera hora de la tarde. Sólo hay tres

horas de viaje, y aún pudimos esquiar un poco el mismo viernes antes de anoche. El sábado fuimos a esquiar todos, excepto Abe, aquí presente. Estaba muy resfriado, tosiendo y estornudando. Luego, el sábado por la noche, Sarah recibió una llamada de sus hijos —tiene dos chicos, uno de diecisiete años y otro de quince—, diciéndole que habían sufrido un accidente de automóvil. Le aseguraron que no se trataba de nada grave, y de hecho no lo era: Bobby tenía un rasguño y Myron, el mayor, apenas necesitó un par de puntos. Sin embargo, Sarah quedó muy afectada e insistió en volver a casa. Bueno, considerando las circunstancias, no se la puede culpar. Dado que había venido con nosotros, me ofrecí a prestarle el coche. Pero era tarde ya, y con niebla, y Myra no quería ni oír hablar de dejarla ir sola. Así que Abe, aquí presente, se prestó a acompañarla.

—¿Está de acuerdo con lo dicho hasta ahora, señor Reich? —inquirió el rabino.

—Sí, así fue como sucedió.

—Muy bien. Siga, señor Schwarz.

—El domingo por la noche, cuando llegamos a casa, el coche no estaba en el garaje. No me preocupé por ello, pues estaba claro que Abe no iba a dejarlo en nuestra casa para luego ir andando hasta la suya. A la mañana siguiente, salí en mi coche y mi esposa le llamó para concertar la devolución del suyo. Y entonces él le dijo...

—Un momento, señor Schwarz. Me parece que su conocimiento directo de los hechos sólo alcanza hasta este punto. Quiero decir que, a partir de ahora, nos dirá lo que le dijo su esposa y no lo que usted mismo experimentó.

—Creía que había dicho que no habría formalidades legales...

—No las hay, pero, ya que lo que pretendemos en primer lugar es exponer la historia, es evidente que sería mejor dejar que continúe el señor Reich. Solamente quiero conocer los hechos en su orden cronológico.

—Oh, bien.

—Señor Reich.

—Es como lo ha dicho Ben. Me marché con la señora Weinbaum. Había niebla y era de noche, desde luego, pero aun así íbamos a bastante velocidad. Luego, cuando ya llegábamos a casa, el coche se detuvo de pronto. Por suerte, pasó un coche patrulla y el

policía se paró a preguntar qué ocurría. Le expliqué que no conseguía poner el coche de nuevo en marcha, y él dijo que avisaría a una grúa. Al cabo de unos cinco minutos llegó la grúa de un garaje cercano y nos llevó hasta la ciudad. Era tarde ya, más de medianoche me parece, y no había ningún mecánico de servicio. Así que llamé a un taxi y acompañé a la señora Weinbaum a su casa. Y, para colmo, cuando llegamos la casa estaba a oscuras y ella se había olvidado las llaves.

—Entonces, ¿cómo pudieron entrar? —preguntó el rabino.

—La señora Weinbaum dijo que siempre dejaba abierta una de las ventanas, y que se podía llegar hasta ella encaramándose al porche. Tal y como me sentía entonces, me habría costado trabajo subir un tramo de escaleras, y, por supuesto, ella no podía trepar. El taxista era joven, pero alegó que tenía una pierna mala. Tal vez sí o tal vez no, o tal vez temió que quisiéramos implicarlo en un robo. De todos modos, nos dijo que el policía que hacía la ronda de noche solía detenerse a tomar café y fumar un cigarrillo en la planta lechera más o menos sobre esa hora. Para entonces, la señora Weinbaum estaba casi histérica, de modo que enviamos al taxista a buscar al policía, y justo cuando llegaban aparecieron los dos chicos. ¡Se habían ido al cine! Bueno, supongo que la señora Weinbaum se quedó tan aliviada al ver que estaban los dos bien que ni siquiera se molestó en darme las gracias, sino que se metió con ellos en la casa y me dejó a mí para explicárselo todo al policía.

Schwarz, percibiendo una crítica implícita, observó:

—Sarah debía estar muy alterada, porque normalmente es una persona muy considerada.

Reich no hizo ningún comentario, pero continuó:

—Bien, yo le conté al policía lo que había pasado. Él no dijo nada, sólo me miró de esa forma suspicaz con que ellos miran. Ya se imaginará cómo me sentía yo en ese momento. Tenía la nariz congestionada y no podía respirar, me dolían los huesos y supongo que tenía algo de fiebre. El domingo, me quedé en cama todo el día, y cuando llegó mi mujer de Belknap estaba dormido y ni siquiera la oí entrar. A la mañana siguiente aún me sentía fatal, de manera que decidí no ir a la oficina. Cuando telefoneó Myra, contestó Betsy, mi mujer. Me despertó, y le conté lo sucedido y le di el nombre del garaje, para que se lo comunicase a Myra. Luego, unos diez minutos

después, volvió a sonar el teléfono, y era Myra que quería hablar conmigo. Así pues, me levanté de la cama, y ella me dijo que acababa de llamar al garaje y según ellos el coche se estropeó por mi culpa, porque circulé sin aceite, y que el motor había quedado inservible, y que la responsabilidad era mía, y así sucesivamente. Ella estaba bastante violenta, y yo no me encontraba muy bien, de modo que le dije que hiciera lo que le diera la gana, le colgué el teléfono y me volví a la cama.

El rabino miró a Schwarz interrogativamente.

—Bueno, según mi esposa, también dijo otras cosas, pero supongo que eso es más o menos lo que ocurrió.

El rabino se volvió en su silla y abrió la puerta de cristal de la librería que había a sus espaldas. Durante unos instantes, estudió los libros de los anaqueles y luego eligió uno. Schwarz sonrió y, captando la mirada de Wasserman, le guiñó un ojo. La boca de Reich se contrajo, en un intento de contener la sonrisa. El rabino, empero, hojeaba el libro sin prestarles atención. De vez en cuando, se detenía en una página y la leía por encima, asintiendo con la cabeza. Ocasionalmente se daba masaje en la frente, como para favorecer la reflexión. Recorrió el escritorio con mirada de miope y, finalmente, encontró una regla, que utilizó para marcar un punto en el libro. Un poco más tarde, usó un pisapapeles para marcar otro. A continuación, extrajo un segundo volumen. Parecía más seguro, pues en seguida localizó el pasaje que buscaba. Por fin, echó a un lado ambos volúmenes y contempló benignamente a los dos hombres sentados ante él.

—Hay algunos aspectos del caso que no me resultan del todo claros. Veo, por ejemplo, que usted, señor Schwarz, habla de Sarah, mientras que usted, señor Reich, habla de la señora Weinbaum. ¿Se debe esto sencillamente a una mayor informalidad por parte del señor Schwarz o bien a que la señora en cuestión tiene más relación con los Schwarz que con los Reich?

—Era un miembro más del grupo. Todos éramos amigos. Si cualquiera de nosotros celebrara una fiesta o una reunión, la invitaría como hicimos nosotros.

El rabino se volvió hacia Reich.

—Yo diría que tiene una mayor relación con ellos —respondió—. Nosotros conocimos a los Weinbaum por mediación de Ben y

Myra. Tenían una gran amistad.

—Sí, tal vez sea así —admitió Schwarz—. ¿Y qué hay con ello?

—¿Y viajó en su automóvil hasta las pistas de esquí? —siguió preguntando el rabino.

—Sí, aunque la cosa sencillamente salió así. ¿Adónde quiere usted llegar?

—Sugiero que, básicamente, la señora Weinbaum era su invitada, y que usted sentía una mayor responsabilidad hacia ella que el señor Reich.

Wasserman se inclinó hacia adelante.

—Sí, creo que tiene usted razón —admitió nuevamente Schwarz.

—Entonces, en cierto sentido, ¿no le hacía un favor a usted el señor Reich acompañándola a casa?

—También se hacía un favor a sí mismo. Estaba muy resfriado y quería volver a su casa.

—¿Había hecho alguna sugerencia al efecto antes de que la señora Weinbaum recibiera la llamada?

—No, pero todos sabíamos que quería volver a casa.

—De no haberse producido la llamada, ¿cree usted que le habría pedido el automóvil?

—Seguramente no.

—Entonces, creo que podemos considerar que al acompañar a la señora Weinbaum estaba haciéndole un favor a usted, por más que a él también le resultara ventajoso.

—Bien, no veo que represente ninguna diferencia. ¿Qué importancia tiene?

—Sencillamente, ésta: que en un caso, el señor Reich sería el beneficiario de un préstamo y, en el segundo caso, actuaba como su agente, con lo que se aplica una serie de normas distintas. Como prestatario, la responsabilidad de devolver el automóvil en buen estado le corresponde exclusivamente a él, y para eludirla tendría que demostrar que el coche estaba en mal estado y que no hubo negligencia por su parte. Además, también le correspondería la responsabilidad de asegurarse de que el coche estaba en buen estado cuando le fue cedido. En tanto que agente, por el contrario, tenía derecho a dar por supuesto que el automóvil estaba en buen estado, y el peso de la prueba recae en usted. Es usted quien debe probar que actuó con negligencia.

Wasserman sonrió.

—Sigo sin ver la diferencia. Creo que, en ambos casos, se comportó con gran negligencia. Y puedo demostrarlo. No quedaba ni una gota de aceite en el motor. Eso es lo que dijo el mecánico. O sea, que hizo funcionar el coche sin aceite, y eso es una negligencia considerable.

—¿Y cómo podía yo saber que casi no había aceite? —intervino Reich.

Hasta entonces, los dos hombres se habían hablado por mediación del rabino, sin dirigirse directamente la palabra, pero en aquel momento, Schwarz se volvió de cara a Reich y le espetó:

—Te detuviste a poner gasolina, ¿no?

También Reich se volvió hacia él.

—Sí, me paré a poner gasolina. Cuando subí al coche, vi que quedaba menos de medio depósito, conque, después de conducir más o menos una hora, me paré en una gasolinera y lo llené.

—Pero no pediste que comprobaran el aceite —afirmó Schwarz.

—No, y tampoco pedí que comprobaran el agua del radiador, ni los niveles de la batería, ni la presión de los neumáticos. En el asiento de al lado llevaba a una mujer nerviosa e histérica que apenas si podía esperar a que terminaran de llenar el depósito. ¿Por qué habría de comprobarlo todo? Era un coche prácticamente nuevo. No era ningún cacharro viejo.

—Pero Sarah le dijo a Myra que te habló del aceite.

—Sí, después de viajar ocho o diez kilómetros. Le pregunté por qué lo comentaba, y me explicó que en el viaje de ida habías tenido que echarle un par de litros. Yo le contesté que, en tal caso, estaba seguro de que no necesitaríamos más, y ya no se habló más del asunto. Ella se durmió y no volvió a despertar hasta que se estropeó el coche, porque pensaba que ya habíamos llegado.

—Bien, yo diría que, en un viaje largo, lo normal es comprobar el agua y el aceite cada vez que uno se para —insistió Schwarz.

—Un momento, señor Schwarz —dijo el rabino—. No soy mecánico, pero no comprendo por qué hubo de echarle un par de litros de aceite a un coche nuevo.

—Porque había una pequeña fuga en el cárter, pero no era nada grave. Vi unas gotas de aceite en el suelo del garaje y se lo comenté a Al Becker. Él me contestó que ya se ocuparía de ello, pero que

podía conducir tranquilamente, por el momento.

El rabino miró hacia Reich, para ver si tenía algo que añadir, y luego se recostó en su asiento y reflexionó. Finalmente, se enderezó con un tirón de los hombros y dio unas palmadas sobre los libros que había dejado en el escritorio.

—Éstos son dos de los tres volúmenes del Talmud que se refieren a lo que podríamos denominar agravios. El tema es tratado muy a fondo. El primer volumen se refiere a las causas generales de daños, y la sección que trata de un buey que cornea, por ejemplo, ocupa cuarenta páginas.

De aquí se deduce un principio general que los rabinos aplicaron ampliamente a todo tipo de casos. Es la distinción básica que realizaron entre *tam* y *muad*, es decir, entre el buey dócil y el buey que ya se ha ganado la reputación de bestia peligrosa por haber corneado en ocasiones anteriores. El propietario de este último se considera mucho más responsable, en caso de cornadas, que el del anterior, pues ya estaba sobre aviso y habría debido tomar precauciones especiales. —Dirigió la vista hacia el señor Wasserman, quien asintió para corroborar sus palabras.

El rabino abandonó su asiento tras el escritorio y comenzó a pasear por el estudio. Su voz adquirió el carácter de cantilena tradicional de los talmudistas mientras seguía el hilo del argumento.

—Ahora bien, en este caso, usted sabía que el coche perdía aceite. Y yo diría que perdía más de unas gotas, al menos cuando estaba en funcionamiento, pues a usted le hizo falta añadir dos litros en el viaje de ida. Si el señor Reich hubiera sido un prestatario —y ahora llegamos a este volumen, que trata de los préstamos y de las normas aplicables a los agentes—, si el señor Reich, por ejemplo, hubiera dicho que no se encontraba bien y le hubiera pedido el coche para regresar, le habría cabido la responsabilidad de preguntarle a usted si estaba en buen estado, o bien de comprobarlo por sí mismo. Y, de no hacerlo así, aunque las restantes circunstancias hubieran sido exactamente las mismas que fueron, él habría sido el responsable y a él le correspondería pagar los daños. Pero ya hemos acordado que no era un prestatario, sino básicamente un agente suyo, y por tanto a usted le correspondería la responsabilidad de informarle que el coche perdía aceite y pedirle que comprobara que no descendía por debajo del nivel

mínimo.

—Un momento, rabino —objetó Schwarz—. Yo no tenía que informarle personalmente. El coche ya está provisto de un dispositivo de advertencia: la luz piloto del aceite. Cuando una persona conduce un coche, se supone que mira el cuadro de instrumentos, y, si lo miró, la luz roja habría debido advertirle que el aceite estaba peligrosamente bajo.

El rabino asintió.

—Es un buen argumento. ¿Señor Reich?

—En realidad, sí se encendió la luz —admitió—, pero lo hizo en pleno campo, lejos de cualquier estación de servicio, y antes de llegar a una se paró el motor.

—Ya veo —dijo el rabino.

—Pero, según el mecánico, habría debido oler a quemado mucho antes —insistió Schwarz.

—No, si tenía la nariz congestionada por el resfriado. Y la señora Weinbaum, recuerde, iba durmiendo. —El rabino meneó la cabeza—. No, señor Schwarz. El señor Reich hizo lo que cualquier conductor habría hecho en aquellas circunstancias. Por lo tanto, no se le puede considerar negligente. Y, si no es negligente, no es responsable.

La resolución de su voz indicaba que la audiencia había terminado. Reich fue el primero en levantarse.

—Esto ha sido una revelación para mí, rabino —dijo en voz baja. El rabino aceptó sus expresiones de agradecimiento.

Reich se volvió hacia Schwarz con indecisión, esperando algún tipo de gesto de reconciliación, pero éste siguió sentado, con los ojos clavados en el suelo y frotándose las palmas de las manos, en un ademán de vejación.

Reich esperó durante unos embarazosos instantes, y finalmente se despidió.

—Bueno, yo ya me marchó. —Al llegar a la puerta, hizo una pausa—. No he visto tu coche en el aparcamiento, Jacob. ¿Quieres que te lleve?

—Sí, he venido a pie —respondió Wasserman—, pero te agradecería que me acompañaras.

—Te espero abajo.

Schwarz no alzó la cabeza hasta que la puerta no estuvo cerrada.

Era evidente que estaba dolido.

—Creo que no entendí bien cómo iba a ser esta audiencia, rabino. O quizá fuese usted quien no lo entendió del todo. Le dije, o traté de decirle, que no pensaba demandar a Abe. Después de todo, puedo costear la reparación más desahogadamente que él. Si me hubiera hecho alguna clase de oferta, la habría rechazado, pero seguiríamos siendo amigos. En cambio, fue descortés con mi esposa, y un hombre debe apoyar a su esposa. Supongo que ella no estuvo muy amable con él, y ahora entiendo por qué él reaccionó como lo hizo, pero...

—En tal caso...

Schwarz sacudió la cabeza.

—No me comprende, rabino. Yo tenía la esperanza de que esta audiencia se resolvería en alguna clase de compromiso, que sirviera para acercarnos. En cambio, usted le ha absuelto por completo, lo cual significa que yo debía estar por completo equivocado. Sin embargo, no creo que estuviera tan equivocado. Después de todo, ¿qué hice? Un par de amigos querían volver en seguida a casa y les presté el coche. ¿Estuvo eso tan mal? Me parece que no ha obrado usted como un juez imparcial, sino más bien como su abogado. Todas sus preguntas y argumentos iban dirigidos en mi contra. No tengo la preparación legal necesaria para descubrir fallos en su razonamiento, pero estoy seguro de que si hubiera tenido aquí un asesor los habría hallado. En todo caso, estoy seguro de que habría podido establecer algún compromiso.

—Pero si hemos hecho algo mejor —protestó el rabino.

—¿Qué quiere decir? Usted le ha absuelto de negligencia y yo voy a tener que pagar varios cientos de dólares.

El rabino sonrió.

—Temo que no comprende usted todo el significado de las pruebas, señor Schwarz. Es cierto que el señor Reich ha sido absuelto del cargo de negligencia, pero eso no le convierte a usted en culpable automáticamente.

—No le sigo.

—Veamos qué tenemos aquí. Usted compró un automóvil con un defecto en el carácter. Y, cuando advirtió el daño, se lo notificó al fabricante por mediación de su agente, el señor Becker. Ahora bien, es cierto que el defecto no era grave y que ni el señor Becker ni

usted tenían motivos para pensar que podía agravarse en un futuro próximo. La probabilidad de que el defecto pudiera empeorar a consecuencia de un largo viaje no se le ocurrió, pues de lo contrario le hubiera advertido al respecto, en cuyo caso estoy seguro de que no habría utilizado usted este automóvil para ir a New Hampshire. Pero lo cierto es que al conducir a gran velocidad durante un largo tiempo la grieta se ensanchó, y por eso tuvo usted que añadir los dos litros de aceite en el viaje de ida. En estas circunstancias, el fabricante solamente puede exigirle que mantenga las precauciones habituales. Creo que estará de acuerdo conmigo en que el señor Reich no hizo nada que cualquier conductor precavido no hubiera...

—Entonces, ¿la culpa fue de ellos, rabino? —El rostro de Schwarz mostraba animación, y su voz sonaba excitada—. ¿Es eso lo que quiere decir?

Wasserman sonreía ampliamente.

—Precisamente, señor Schwarz. Es mi convicción que el daño fue responsabilidad del fabricante y que, por tanto, debe cumplir con su garantía.

—Vaya, rabino, eso es magnífico. Estoy seguro de que Becker atenderá a razones. Después de todo, no es él quien ha de pagar. Así, todo está arreglado. Mire, rabino, si he dicho algo que...

El rabino le interrumpió.

—Completamente comprensible bajo estas circunstancias, señor Schwarz.

Schwarz propuso llevarlos a todos a tomar una copa, pero el rabino se excusó.

—Otra noche, si no le importa. Mientras hojeaba estos libros, he encontrado un par de puntos que me han llamado la atención. No es nada que tenga que ver con este caso, pero me gustaría comprobarlos mientras aún los tengo frescos en la memoria. —Estrechó la mano a ambos hombres y los acompañó hasta la puerta.

—Bueno, ¿qué me dices ahora del rabino? —no pudo por menos que preguntar Wasserman, mientras bajaban por la escalera.

—Es todo un tipo —respondió Schwarz.

—Un *gaon*, Ben. Un verdadero *gaon*.

—No sé lo que es un *gaon*, Jacob, pero así será si tú lo dices.

—¿Y qué va a pasar con Abe?

—Bueno, Jacob, entre tú y yo, más que nada fue cosa de Myra.

Ya sabes cómo son las mujeres cuando se trata de gastar unos pavos.

Desde la ventana de su estudio, el rabino contempló la zona de aparcamiento y vio a tres hombres enfrascados en una conversación, obviamente reconciliados. Sonrió y se alejó de la ventana. Su mirada se posó sobre los libros del escritorio. Tras arreglar la lámpara de lectura, tomó asiento detrás de la mesa y tiró de los libros hacia sí.

## 2

ELSPETH

BLEECH

estaba tendida de espaldas, contemplando cómo el techo oscilaba lentamente, primero a un lado y luego al otro. Se aferró a la ropa de la cama como si tuviera miedo de caerse al suelo. El despertador había sonado a la hora de costumbre, pero cuando trató de incorporarse la atacó el vértigo y tuvo que recostarse de nuevo sobre la almohada.

Los oblicuos rayos de sol que penetraban por las rendijas de la persiana prometían un perfecto día de junio. Cerró fuertemente los párpados para no ver los movimientos del techo y las paredes, pero seguía percibiendo el sol como una especie de neblina roja, y al mismo tiempo sentía que la cama se mecía insoportablemente bajo ella. Aunque la mañana era fresca, su frente estaba perlada de sudor.

Se incorporó de nuevo, con un esfuerzo de voluntad, y, sin molestarse en ponerse las zapatillas, corrió al cuarto de baño. Al cabo de un rato se sintió mejor y regresó. Se sentó en el borde de la cama y se enjugó la cara, preguntándose, desanimada, si no debería echarse siquiera media hora más. Como en respuesta a su pregunta, sonó un golpe en la puerta y los niños, Angelina y Johnny, le gritaron:

—Elspeth, Elspeth, vístenos. Queremos salir.

—Muy bien, Angie —gritó ella a su vez—. Volved arriba los dos y poneos a jugar sin hacer ruido, que Elspeth subirá en un minuto.

Pero no hagáis ruido, ¿eh? No vayáis a despertar a papá y mamá.

Afortunadamente, le hicieron caso, y Elspeth emitió un suspiro de alivio. Se enfundó en su bata, se puso las zapatillas, se preparó una taza de té y tostó unas rebanadas de pan. El desayuno le hizo sentirse mejor.

Hacía ya algún tiempo que sufría extraños síntomas, pero últimamente eran cada vez peores. Aquél era el segundo día consecutivo que se despertaba con náuseas. El día anterior había dado por supuesto que era cosa de los raviolis que la señora Serafino le había dado de cena la noche antes. Tal vez había comido más de los que le convenían. Pero ayer había comido muy poco en todo el día. Tal vez no había comido bastante.

Pensó en contárselo a su amiga Celia Saunders. Celia era mayor que ella, y seguramente conocería algún remedio, aunque, al mismo tiempo, comprendió que no sería prudente detallarle los síntomas con demasiada precisión. En el fondo, temía que quizá, sólo quizá, sus mareos se debieran a una cosa muy distinta.

En el cuarto de arriba, los niños empezaban a ponerse ruidosos. Prefería que la señora Serafino no la viese hasta que no estuviera completamente vestida y hubiese tenido la oportunidad de aplicarse algo de color en las mejillas. Todavía le gustaba menos la idea de ser vista en aquel estado por el señor Serafino, de modo que se apresuró a volver a su habitación para arreglarse. Quitándose la bata y el camisón, se contempló en el espejo de cuerpo entero que había en la puerta del armario. Estaba segura de que no había engordado. Aun así, decidió ponerse la nueva faja, que era más firme que la vieja y la ceñía mejor.

Cuando hubo terminado de vestirse se sentía otra vez como nueva. El mero hecho de verse reflejada en el espejo, toda pulcra en su uniforme blanco, bastó para levantarle el ánimo. ¿Y si fuera la otra cosa? No necesariamente tenía que asustarse; quizás incluso pudiera utilizarla en provecho propio. Pero, por supuesto, tendría que asegurarse, y eso significaba una visita al médico. Tal vez el próximo jueves, que era su día libre.

—Entonces, ¿por qué diablos no le dices al rabino que escriba él a la casa Ford? —preguntó Al Becker. Era un hombre bajo y fuerte,

con un torso poderoso sostenido por cortas y robustas piernas. Tanto su nariz como su barbilla sobresalían agresivamente, y había una mueca de desafío en su boca casi desprovista de labios, de la cual pendía un grueso y negro cigarro. Cuando se lo quitó de la boca, pasó a sostenerlo entre los cerrados dedos índice y medio de su mano derecha, de forma que parecía una ardiente arma en un puño cerrado. Sus ojos eran canicas de un azul apagado.

Ben Schwarz había acudido a él lleno de buenas noticias. Creía que su amigo se alegraría de saber que no tenía por qué afrontar el considerable gasto de instalar un motor nuevo en su coche.

Pero Becker estaba muy lejos de sentirse complacido. Era cierto que Becker Motors no habría de pagar nada, pero para él representaba una grave molestia, y seguramente habría que escribir repetidamente al fabricante para explicarle el asunto.

—¿Cómo se mete el rabino en estas cuestiones? —quiso saber—. Tú eres una persona razonable, Ben. A ti te pregunto: ¿Es ésta la función de un rabino del templo?

—Es que no lo entiendes, Al —trató de explicar Schwarz—. No se habló en absoluto de la reparación del coche. Bueno, sí que se habló, pero...

—Bueno, ¿se habló o no se habló?

—Bueno, claro que se habló, pero quiero decir que no fui a él con esta idea. Resulta que oyó que estaba enfadado con Abe Reich, de modo que sugirió celebrar un *Din Torah*...

—¿Un Din qué?

—*Din Torah* —repitió cuidadosamente Schwarz—. Es cuando dos partes en conflicto acuden al rabino, y él escucha el caso y emite un juicio según el Talmud. Es algo que hacen normalmente los rabinos.

—La primera vez que lo oigo.

—Bueno, reconozco que yo tampoco lo sabía. De todos modos, acepté, y fui al rabino con Reich y Wasserman, como una especie de testigo, supongo, y él estudió el asunto y se vio claramente que ni Reich ni yo habíamos sido negligentes. Y si yo no fui negligente y el conductor del coche tampoco, entonces la culpa era del automóvil y al fabricante le corresponde repararlo.

—Pues el fabricante no se hará cargo de nada si yo no se lo pido, y la verdad es que no me veo capaz de justificar un gasto tan importante con una historia tan extraña como la que me estás

contando. —La voz de Becker no era nunca suave, y cuando estaba enfadado se convertía en un grito.

Schwarz pareció desinflarse de pronto.

—Pero había una fuga en el cárter —replicó también a gritos—. Ya te lo advertí.

—Sí, una fuga de un par de gotas a la semana. Ningún motor se quema por una cosa así.

—Un par de gotas con el coche parado. Pero cuando estaba en marcha debía perder aceite a chorros. De camino a New Hampshire tuve que echarle dos litros. Eso no es un par de gotas. Y te hablo por mi propia experiencia.

La puerta de la oficina de Becker se abrió y entró su socio más joven, Melvin Bronstein. Bronstein tenía unos cuarenta años, pero su aspecto era juvenil: alto y esbelto, con una ondulada cabellera negra que apenas si comenzaba a encanecer en las sienes; ojos oscuros y penetrantes, nariz aquilina y labios sensibles.

—¿Qué está pasando aquí? —inquirió—. ¿Es una pelea particular o puede participar quien quiera? Apuesto a que se os oye a los dos desde la otra calle.

—Lo que está pasando aquí es que tenemos un rabino en el templo del que puede esperarse cualquier cosa menos lo que tendría que hacer.

Bronstein se volvió a Schwarz en busca de una explicación. Contento de tener un interlocutor no tan abrumador, Schwarz le refirió su historia mientras Becker barajaba papeles sobre su escritorio con deliberada indiferencia.

Bronstein le hizo un gesto desde la puerta de la oficina y, un tanto de mala gana, Becker se le aproximó. Schwarz se volvió de espaldas, para no dar la impresión de estar fisgando.

—Ben es un buen cliente nuestro, Al —susurró Bronstein—. No creo que la casa Ford nos ponga problemas.

—¿Ah, no? Bueno, pues yo llevo tratando con la Ford desde antes de que tú terminaras la escuela secundaria, Mel —protestó Becker en voz alta.

Pero Bronstein conocía a su socio. Le sonrió.

—Mira, Al. Si no haces caso a Ben, tendrás que tratar con Myra. Y, ¿no es ella la presidente de la Hermandad del templo este año?

—Y también el anterior. —Ben no pudo contenerse.

—Tenerla en contra nuestra no le hará ningún bien al negocio —advirtió Al, todavía en voz baja.

—Bueno, la Hermandad no compra coches.

—Pero los maridos de sus miembros, sí.

—Maldita sea, Mel. ¿Cómo quieres que le explique a la Ford que han de poner un motor nuevo en un coche porque lo ha dicho el rabino de mi templo?

—No tienes que mencionar al rabino para nada. Ni siquiera tienes que explicar cómo ha ocurrido. Solamente has de decir que perdió todo el aceite por la carretera.

—¿Y si la casa envía un investigador?

—¿Te lo han enviado alguna vez, Al?

—No, pero a otras agencias lo han mandado.

—Muy bien —respondió Bronstein, sonriendo—. Si viene un investigador, le presentas al rabino.

El humor de Becker cambió de repente. Emitió una risotada profunda y se volvió hacia Schwarz.

—De acuerdo, Ben. Escribiré a la casa a ver qué dicen. Pero solamente lo hago porque has convencido a Mel. Es el clásico chico de buen corazón, el más blando de la ciudad.

—Venga, venga. Lo que ocurre es que estás amoscado porque anda de por medio el rabino —objetó Bronstein. Luego se volvió hacia Schwarz—. Al habría estado de acuerdo desde un principio, y contento además de ayudar a un buen cliente, si no le hubieras hablado del rabino.

—¿Qué tienes contra el rabino, Al? —inquirió Ben.

—¿Qué tengo contra el rabino? —repitió Becker, quitándose el cigarro de la boca—. Te diré qué tengo en contra del rabino. No vale para el cargo, eso es lo que tengo contra él. Se supone que es nuestro representante, pero ¿lo contratarías tú como vendedor para tu empresa, Ben? Contesta sinceramente.

—Pues claro que lo contrataría —respondió Ben, pero a su voz le faltaba convicción.

—Bien, pues si fueras lo bastante tonto como para contratarlo, espero que al menos serías lo bastante listo como para despedirlo a la primera ocasión en que se saliera de la línea.

—¿Cuándo se ha salido de la línea? —preguntó Schwarz.

—Oh, vamos, Ben. ¿Qué me dices de cuando tuvimos el

desayuno de Padres e Hijos, y trajimos a Barney Gilligan de los Red Sox para que hablara a los chicos? A la hora de presentarlo, ¿qué se le ocurre? ¿No les dio una conferencia a los chicos acerca de cómo nuestros héroes habrían de ser estudiosos antes que atletas? Habría podido revolcarme por el suelo.

—Bueno...

—¿Y cuándo tu propia esposa le pidió que animara a las chicas de la Hermandad para que hicieran una gran campaña para conseguir un buen regalo de *Chanukah* para el templo? ¿Acaso no les dijo que era más importante mantener el judaísmo en sus corazones y un hogar *kosher* que hacer una campaña para el templo?

—Espera un poco, Al. Claro que no voy a decir nada contra mi propia esposa, pero la razón es la razón. En esa reunión había un almuerzo, y Myra sirvió cóctel de gambas. Ésa no es comida *kosher* en absoluto, y no puedes culpar a un rabino si le sabe mal.

—Y, con todas estas disputas internas, tú sigues insistiendo para que me una al templo —observó Bronstein, guiñándole un ojo a Schwarz.

—Pues claro —replicó su socio—, porque, como judío y como presidente de Barnard's

Crossing, te debes a ti mismo y a tu comunidad el convertirte en miembro. Y, en cuanto al rabino, no va a durar siempre en este puesto, ya lo sabes.

# 3

EL CONSEJO DE DIRECTORES estaba celebrando su habitual reunión dominical en una de las aulas vacías. Jacob Wasserman, en su doble calidad de presidente del templo y presidente del consejo, se había instalado ante la mesa del maestro. Los demás, en número de quince, estaban incómodamente sentados en las sillas de los alumnos, con las piernas estiradas hacia los pasillos. Al fondo, unos cuantos habían tomado asiento en los propios pupitres y apoyaban sus pies en las sillas de delante. Exceptuando a Wasserman, el consejo se componía de hombres relativamente jóvenes, la mitad de ellos de treinta y tantos años y el resto entre los cuarenta y los cincuenta y pocos. Wasserman vestía un traje ligero, pero los restantes llevaban el atuendo convencional de Barnard's

Crossing para un caluroso domingo de junio: pantalones veraniegos, camisas deportivas y chaquetas o suéter de golf.

Por la ventana abierta penetraba el rugido del motor de una segadora de césped, accionada por Stanley, el bedel. Por la puerta abierta les llegaba el desafinado cántico de los niños reunidos en el vestíbulo. La reunión era de carácter informal, y los participantes hablaban cuando les parecía bien; muchas veces, como en aquel momento, varios a la vez.

El presidente dio unos golpes sobre la mesa con una regla.

—Caballeros, por favor, de uno en uno. ¿Qué estabas diciendo, Joe?

—Lo que estaba tratando de decir es que no veo cómo podemos

discutir cosas serias con todo este ruido. Y no veo por qué no utilizamos el santuario pequeño para nuestras reuniones.

—Fuera de orden —exclamó otra voz—. Eso entra en Bienestar.

—¿Cómo que fuera de orden? —protestó Joe, indignado—. Muy bien, pues voy a presentar una moción para que todas las reuniones se celebren en el santuario pequeño de ahora en adelante. Eso es Asuntos Nuevos.

—Caballeros, caballeros. En tanto yo sea el presidente, quienquiera que tenga algo importante que decir podrá decirlo en cualquier momento. Nuestras reuniones no son tan complicadas como para que no podamos salirnos del orden ocasionalmente. El secretario siempre podrá arreglarlo luego. La única razón por la que no utilizamos el santuario, Joe, es que allí no hay ningún sitio para que el secretario pueda escribir. Ahora bien, si los miembros consideran que un aula como ésta no es buen lugar para una reunión, podemos pedirle a Stanley que lleve una mesa al santuario.

—Eso nos lleva a otra cosa, Jacob. ¿Qué pasa con Stanley? Creo que es una falta de consideración hacia nuestros vecinos gentiles hacerlo trabajar a la vista de todos en un domingo, sobre todo considerando que él es gentil y hoy es su día de fiesta tanto como lo es de ellos.

—¿Y qué crees que hacen ellos los domingos? Date un paseo por la calle Vine y verás que prácticamente todos están segando el césped, podando el seto o tal vez pintando la barca.

—Aun así, Joe no deja de tener razón —intervino Wasserman—. Naturalmente, si Stanley se opusiera no insistiríamos. Tiene que trabajar aquí los domingos a causa de las clases, pero tal vez sería mejor que lo hiciera dentro.

Por otra parte, nadie le ha pedido que trabaje fuera. En este sentido, él es su propio jefe. Puede organizarse el trabajo como mejor le parezca. Si ahora está en el exterior, es porque él así lo quiere.

—Sí, pero no está bien.

—Bueno, solamente será por un par de semanas —observó Wasserman—. Durante el verano, tiene los domingos libres. —Vaciló, y consultó el reloj de la pared del fondo del aula—. Esto me hace pensar en un asunto del que me gustaría hablar por un minuto. Nos quedan un par de reuniones antes de las vacaciones, pero creo

que tendríamos que pensar en el contrato del rabino.

—¿Qué quieres decir, Jacob? El contrato cubre también el período de vacaciones, ¿no?

—Sí, es cierto. Así se redactan siempre los contratos de los rabinos, para que el templo no se quede sin rabino para los servicios de vacaciones. Y por eso se acostumbra a preparar el nuevo contrato hacia esta época del año. Así, si la congregación decide que prefiere cambiar, tiene tiempo de buscar un rabino nuevo. Y si es el rabino quien quiere cambiar, tiene tiempo de llegar a un acuerdo con otra congregación. Me parece que sería una buena idea que votáramos ahora la prórroga del contrato de nuestro rabino por un año más y le enviáramos una carta en este sentido.

—¿Por qué? ¿Es que anda buscando otra congregación, o acaso te ha comentado algo?

Wasserman meneó la cabeza.

—No, no me ha comentado nada. Solamente pensaba que sería una buena idea escribirle antes de que lo haga él.

—Un momento, Jacob. ¿Cómo sabemos que el rabino quiere seguir aquí? ¿No tendría que ser él el primero en escribirnos?

—Me parece que el sitio le gusta y que está dispuesto a continuar —dijo Wasserman—. En cuanto a la carta, normalmente es el patrono quien manda la notificación. Naturalmente, tendríamos que ofrecerle un aumento. Creo que un aumento de quinientos dólares sería una adecuada prueba de aprecio.

—Señor presidente. —Era la áspera voz de Al Becker. El vicepresidente se sentó a horcajadas en su silla y se inclinó hacia adelante, descargando el peso de su robusto torso sobre sus puños cerrados, apoyados en el pupitre ante él—. Señor Presidente. Me parece que, con los tiempos que estamos pasando, con el templo nuevo y todo lo demás, quinientos dólares son una prueba de aprecio muy cara.

—Sí, quinientos dólares es mucho dinero.

—Sólo lleva un año aquí.

—Bueno, éste es el momento para un aumento, ¿no? Al final del primer año.

—Hay que concederle algún aumento, y quinientos dólares es poco más de un cinco por ciento de su sueldo.

—Caballeros, caballeros. —Wasserman golpeó la mesa con la

regla.

—Propongo que aplacemos toda discusión de este asunto por una o dos semanas —dijo Meyer Goldfarb.

—¿Por qué aplazarlo?

—Meyer siempre quiere posponer las cosas, cuando se trata de gastar dinero.

—Vamos, hombre. Sólo duele un momento.

—Señor presidente. —Era Al Becker de nuevo—. Secundo la moción de Meyer de aplazar el asunto hasta la próxima semana. Ésa ha sido siempre nuestra norma: cuando algo nos ha exigido un gasto considerable, siempre lo hemos aplazado una semana al menos. Y a mí me parece que se trata de un gasto considerable. Quinientos dólares es mucho dinero, y el nuevo salario, diez mil dólares, es una suma enorme. Ahora, apenas si tenemos un *quorum*. Creo que, en un asunto tan importante como éste, debería haber una mayor asistencia. Propongo que Lennie se encargue de escribir a todos los miembros del consejo pidiéndoles que no dejen de acudir la próxima semana para debatir una cuestión de la mayor importancia.

—Se ha propuesto una moción antes.

—Bien, se trata de la misma idea. De acuerdo, consideremos mi propuesta como una enmienda a la moción.

—¿Algún comentario sobre la enmienda? —preguntó Wasserman.

—¡Un momento, señor presidente! —exclamó Meyer Goldfarb—. Se trata de una enmienda a la moción presentada por mí, de modo que si yo la acepto no tiene por qué haber ninguna discusión. O sea que voy a cambiar mi moción, vea.

—Muy bien. Entonces, vuelve a formular tu moción.

—Propongo que la moción para renovar el contrato del rabino...

—Espera un poco, Meyer. Nadie ha presentado tal moción.

—Jacob la ha presentado.

—Jacob no ha presentado ninguna moción. Tan sólo hizo una sugerencia. Además, como presidente...

—Caballeros —intervino Wasserman, golpeando con su regla—. ¿A qué viene tanto hablar de moción, enmienda, enmienda a la enmienda? Que si he presentado una moción, que si no la he presentado... ¿Es la opinión de este consejo que deberíamos

postergar cualquier decisión sobre el contrato del rabino hasta la semana que viene?

—Sí.

—Claro, ¿por qué no? El rabino no se marchará.

—Aun por respeto hacia el mismo rabino, tendría que haber más asistentes.

—De acuerdo —dijo Wasserman—, la decisión queda aplazada. Y, si no hay ninguna otra cosa... —Esperó unos instantes—. Se suspende la reunión.

## 4

EL MARTES HIZO UN tiempo espléndido, y Elspeth Bleech y su amiga Celia Saunders, que cuidaba los niños de los Hoskins, un par de puertas más abajo, llevaron a la chiquillería al parque, un maltratado retazo de césped a unas manzanas de distancia del templo. La pequeña excursión era una operación de pastoreo. Los niños corrían por delante, pero como Johnnie Serafino era todavía muy pequeño, Elspeth llevaba siempre el cochecito. A veces, el niño caminaba junto a las dos mujeres, aferrando fuertemente con su manecita un costado o una de las barras cromadas del coche, y a veces quería sentarse en su interior y ser empujado.

Elspeth y Celia solían detenerse cada diez o veinte metros para ver por dónde andaban los niños. Si se habían retrasado, los llamaban, o bien corrían hacia ellos para separarlos, o para hacerles tirar algo que habían encontrado por el suelo o en algún cubo de basura.

Celia estaba intentando convencer a su amiga para que el jueves, el día de fiesta de ambas, la acompañara a Salem.

—Habrás rebajas en Adelson, y me hace falta un traje de baño nuevo. Podemos tomar el autobús de la una...

—Había pensado en ir a Lynn —objetó Elspeth.

—¿Por qué a Lynn?

—Bueno, hace unos días que no me encuentro muy bien, y había pensado ir a que me visitara el médico. A lo mejor puede recetarme un tónico o algo parecido.

—No te hace falta ningún tónico, El. Lo que tú necesitas es algo

de ejercicio, y más descanso. Hazme caso. El jueves nos vamos de compras a Salem, y por la tarde podemos ir al cine. Comemos algo por ahí y luego nos vamos a la bolera. Ya verás qué gente más simpática se reúne allí los jueves por la noche. Nos lo pasamos estupendamente. Pero nada serio, no vayas a creer; ninguno se pone fresco. Sólo pasárselo en grande por ahí.

—Hum... Supongo que ha de ser muy divertido, pero no me siento con ánimos, Cele. Casi todas las tardes estoy cansadísima, y por las mañanas me despierto así como mareada.

—Bueno, yo ya sé por qué es eso —afirmó Celia con seguridad.

—¿Lo sabes?

—Eso es que no duermes lo suficiente. Ése es tu problema. ¡Cada noche despierta hasta las dos o las tres de la madrugada! Me extraña que puedas tenerte en pie. Y seis días por semana, además. No conozco a ninguna otra chica que no tenga fiesta los domingos. Esos Serafino se aprovechan de ti. Te están matando a trabajar.

—Oh, ya duermo lo bastante. No tengo que quedarme despierta hasta que llegan ellos. —Se encogió de hombros—. Es sólo que, sola en la casa con los niños, no me apetece desnudarme y meterme en la cama. Me paso casi todo el tiempo durmiendo en el sofá. Y también duermo la siesta por las tardes. Duermo mucho, Cele.

—Pero los domingos...

—Bueno, es el único día que tienen para visitar a sus amigos. En realidad, no me importa. Y, cuando entré en la casa, la señora Serafino me dijo que siempre que quisiera hacer fiesta un domingo podríamos arreglarlo. Me tratan la mar de bien. El señor Serafino me dijo que si los domingos quería ir a la iglesia al centro me llevaría él en el coche, como los autobuses van tan mal los domingos...

Celia se detuvo y miró a Elspeth.

—Dime, ¿te ha molestado alguna vez?

—¿Molestarme?

—Ya me entiendes. ¿Se ha puesto fresco alguna vez cuando no está la señora?

—¡Oh, no! —protestó Elspeth rápidamente—. ¿De dónde has sacado tal idea?

—No me fío de esos tipos de club nocturno. Y no me gusta su manera de mirar a las chicas.

—Eso es una tontería. Apenas si me dice dos palabras seguidas.

—¿Ah, sí? Pues te diré una cosa: Gladys, la chica que trabajaba para ellos antes de llegar tú... La señora Serafino la despidió porque encontró a su marido tonteando con ella. Y no era ni la mitad de guapa que tú.

Stanley Doble era un típico residente de Barnard's

Crossing. Perteneciente a un cierto segmento de la sociedad de Old Town, incluso podría considerársele el prototipo. Era un hombre robusto, de unos cuarenta años, con cabello color arena que comenzaba a encanecer. Su tez curtida, sumamente bronceada, indicaba que pasaba gran parte de su tiempo al aire libre. Era capaz de construir un bote. Era capaz de instalar y reparar las cañerías y la instalación eléctrica de una casa. Era capaz de cuidarse de un jardín, podando, segando y rastrillando incansablemente bajo el ardiente sol del verano. Era capaz de reparar un automóvil, o el motor de una lancha bamboleándose sobre las olas. En un momento u otro, se había ganado la vida haciendo todas estas cosas, y también pescando y capturando langostas. En ninguna ocasión le resultó difícil encontrar alguna clase de trabajo, y en ninguna ocasión trabajó más tiempo del suficiente para cubrir sus necesidades, hasta que comenzó a trabajar para el templo. Este empleo lo conservaba desde que adquirieron la vieja mansión y la restauraron para convertirla en una combinación de escuela, centro comunitario y sinagoga. Para ello, su presencia había resultado indispensable, pues sin él el edificio se habría caído a pedazos. Mantuvo la caldera en funcionamiento. Arregló las cañerías y la instalación eléctrica, reparó el techo y se pasó todo el verano pintando la casa por dentro y por fuera. Una vez terminado el nuevo templo, por supuesto, su trabajo había cambiado. No había necesidad de hacer muchas reparaciones, pero mantenía limpio el edificio y el jardín bien segado, y se cuidaba de la calefacción en invierno y del aire acondicionado cuando empezaba a hacer calor.

Aquella radiante mañana de martes estaba rastrillando el césped del templo. Ya había recogido varias cestas de hojas y recortes de hierba. Aunque todavía le quedaba por hacer el otro lado, tanto o

más de lo que ya llevaba hecho, decidió hacer un alto para almorzar. Luego, después del almuerzo, se encargaría del otro lado si se sentía con ganas de hacerlo o bien lo dejaría para el día siguiente. No había prisa.

En el frigorífico de la cocina guardaba una botella de leche y algunas lonchas de queso. Se suponía que no debía guardar allí ciertas clases de carne; ninguna carne, en realidad, que no hubiera sido comprada en determinados comercios, las que él llamaba tiendas 7WD, que era su forma de leer כשר la palabra «*kosher*» en hebreo. La leche y el queso, empero, no implicaban derramamiento de sangre y se consideraban ritualmente puros, de modo que ahí no había problema. Entonces se preguntó si no le apetecería más un vaso de cerveza. Su coche, un destartado Ford descapotable de 1947, sin capota y pintado de amarillo brillante con las sobras de su último trabajo de pintor, estaba aparcado frente al templo. Podía llegarse hasta el

Ship's

Cabin y estar de vuelta antes de una hora. No tenía que rendir cuentas a nadie, pero la señora Schwarz había comentado que quizá tendría que ayudarla a decorar la sacristía para la reunión de la Hermandad, conque decidió no alejarse demasiado, por si acaso. Además, si se mezclaba en una de las interminables discusiones que solían entablarse en el

Ship's

Cabin, acerca de si daban mejor resultado los guijarros o la chilla en las casas situadas frente al mar o de si los Celtics podían ganar el campeonato, no había forma de saber cuándo volvería.

Se lavó, sacó el queso y la leche del frigorífico y bajó con ellos a su rincón particular en el sótano, donde disponía de una mesa desvencijada, un catre y una butaca de mimbre que había encontrado en el vertedero de la ciudad en una de sus numerosas visitas a ese lugar, visitas que constituían el pasatiempo favorito de ciertos sectores de la sociedad de

Barnard's

Crossing. Tomó asiento ante la mesa y comenzó a engullir los emparedados que se había preparado, bebiendo largos sorbos directamente del cartón de leche y mirando pensativamente por la estrecha ventana del sótano, contemplando por entre los arbustos

las piernas de los transeúntes, piernas de hombre enfundadas en pantalones o piernas de mujer con medias de seda, esbeltas y elegantes. A veces, se inclinaba a un lado para observar mejor un par excepcional de piernas femeninas hasta que salían de su campo visual. En tales casos, asentía con aire de aprobación y murmuraba «¡qué belleza!».

Terminó su litro de leche y se enjugó los labios con el dorso de una mano nudosa y velluda. Poniéndose en pie, se desperezó y en seguida volvió a sentarse, esta vez en el catre, y se rascó el costillar y la cabeza canosa con dedos fuertes y achaparrados. Se tendió, meneando la cabeza sobre la almohada para formar un hueco confortable. Por unos instantes, se quedó contemplando las tuberías y conducciones que atravesaban el cielorraso como las venas y las arterias de un atlas de anatomía. Luego, su mirada se desvió hacia la pared que había decorado con una galería de «fotos artísticas», retratos de mujeres en diversos grados de desnudez. Todas eran rollizas, incitantes y frescachonas, y mientras sus ojos pasaban de una a otra su boca se relajó en una sonrisa de satisfacción.

Del exterior, justo frente a su ventana, le llegó el sonido de voces femeninas. Se volvió, para ver quién estaba hablando, y distinguió dos pares de piernas de mujer, ambos revestidos de medias blancas, y, a su lado, las ruedas de un cochecito para niño. Pensó que sabía quiénes eran, pues las había visto pasar con frecuencia. Le proporcionaba un placer especial escuchar su conversación, casi como si estuviera contemplándolas por el ojo de una cerradura.

—... y cuando hayas terminado, podrías ir en autobús a Salem. Yo iré a esperarte y podemos comer juntas en la estación.

—Había pensado quedarme en Lynn para ir al Elysium.

—Pero si hacen esa película que no se acaba nunca. ¿Cómo volverás a casa?

—Termina a las once y media, lo he mirado. Aún tengo tiempo de sobra para llegar al último autobús.

—¿Y no te da miedo volver sola a casa a esa hora de la noche?

—Oh, siempre hay mucha gente en ese autobús, y la parada no está lejos de casa... ¡Angie, ven aquí!

Se oyó un rumor de pies infantiles y luego las piernas de ambas mujeres se perdieron de vista.

Stanley volvió a tumbarse de espaldas y estudió las fotos de la pared. Una de ellas representaba a una chica morena, desnuda salvo por un estrecho portaliga y un par de medias negras. Mientras se concentraba en esa imagen, el cabello de la chica se volvió rubio y sus medias blancas. En seguida, su boca se abrió y comenzó a roncar, una palpitación gutural, rítmica y constante, como la del motor de un bote en un mar agitado.

Myra Schwarz y las dos mujeres de la Hermandad que estaban decorando la sacristía para la reunión de la noche retrocedieron unos pasos e inclinaron sus cabezas a un lado.

—¿No podría subirlo un poco más, Stanley? —preguntó Myra—. ¿Qué os parece a vosotras, chicas?

Stanley, encaramado sobre una escalera plegable, elevó unos centímetros el crespón de papel.

—Creo que quedaría mejor un poco más bajo.

—Puede que tengas razón. ¿Podría bajarlo un poquitín, Stanley? Stanley volvió a dejarlo en el mismo sitio de antes.

—Sosténgalo ahí, Stanley —ordenó Myra—. Ahí está perfecto, ¿verdad, chicas?

Las chicas asintieron con entusiasmo. Su lugar en la organización era mucho menos importante que el de Myra. Emmy Adler acababa de cumplir los treinta años, y Nancy Drettman, aunque mayor, había ingresado recientemente en la Hermandad. Ambas constituían el comité de decoración, y habían acudido al templo en ropa de faena, dispuestas a trabajar, cuando Myra, elegantemente vestida, se había dejado caer «para ver si todo marchaba bien» y había tomado el mando. Ninguna de las dos sentía un gran entusiasmo por la decoración, pero era una de las tareas que se asignaban a las recién ingresadas. Una vez hubieran demostrado su voluntad de trabajar, pasarían a desempeñar funciones más importantes, tales como el comité de publicidad, al que le correspondía acosar a los comerciantes locales y a los asociados de sus maridos para que insertaran anuncios en el Libro de Programas; el comité de la amistad, dedicado a visitar enfermos; y, finalmente, habiendo probado que eran capaces de hacer estas cosas, lo cual generalmente significaba coaccionar a otras personas

para que las hicieran, podrían ver sus nombres en la lista de candidatas a los puestos del consejo ejecutivo..., y entonces habrían triunfado.

Entre tanto, practicaban dándole órdenes a Stanley. A su llegada, más de una hora antes que la señora Schwarz, le habían pedido su ayuda aunque sabían que preferiría, con mucho, quedarse trabajando en el jardín, al aire libre.

—¿Por qué no entran ustedes dos y van empezando? —les había contestado—. Yo vendré dentro de un ratito.

La señora Schwarz, por otra parte, no estaba para zarandajas. Nada más llegar, le había anunciado:

—Stanley, tiene usted que ayudarme.

—Tengo que terminar de rastrillar, señora Schwarz —había alegado él.

—Eso puede esperar.

—Sí, señora. Ahora vengo. —Y, dejando el rastrillo a un lado, había ido en busca de la escalera.

Era un trabajo cansado y aburrido, y no le proporcionaba ningún placer. Tampoco le gustaba trabajar a las órdenes de una mujer, y menos de una mujer dura e inflexible como la señora Schwarz. Acababa de clavar las tachuelas que sostenían la decoración en su lugar cuando se abrió la puerta y el rabino asomó su cabeza.

—Hola, Stanley —saludó—. ¿Puedo hablar con usted un minuto?

Stanley descendió rápidamente de la escalera, haciendo que el papel de la decoración se combara. La tachuela saltó de la pared y las tres mujeres emitieron un murmullo colectivo de desaprobación. El rabino, advirtiendo entonces su presencia, inclinó la cabeza como para disculparse por su intrusión y luego se volvió hacia Stanley.

—Estoy esperando la entrega de unos libros —explicó—. Creo que llegarán en uno o dos días. Son libros raros y bastante valiosos, y me gustaría que, cuando lleguen, los llevara directamente a mi estudio. No los deje tirados por ahí.

—Entendido, rabino. ¿Cómo sabré que son los libros?

—Los envían de Dropsie College; ya verá la etiqueta. —Saludó a las mujeres con un gesto y se retiró.

Myra Schwarz esperó con paciencia de mártir a que Stanley volviera con ellas.

—Tiene que ser un asunto muy importante para que el rabino le haya llamado de esta forma —comentó ácidamente.

—Oh, de todas formas iba a bajar para cambiar de sitio la escalera. Quería que vigilara la llegada de unos libros que está esperando.

—Muy importante —comentó ella sarcásticamente—. Cualquier día de estos, su Santidad va a llevarse una sorpresita.

—No creo que nos viera cuando abrió la puerta —observó Emmy Adler.

—No sé cómo habría podido dejar de vernos —replicó la señora Drettman. Luego, dirigiéndose a Myra, prosiguió—: A propósito de lo que estaba diciendo, mi Morrie es miembro del consejo de directores, y ayer mismo recibió una llamada del señor Becker para pedirle que no faltara a esta reunión especial...

La señora Schwarz hizo un ademán en dirección a la señora Adler.

—Se supone que esto es un secreto —susurró.

## 5

AUNQUE SU TRABAJO terminaba a mediodía, muy pocas veces Elspeth conseguía salir de casa de los Serafino antes de la una. La señora Serafino hacía tantos aspavientos para dar de comer a los niños llamándola desde la cocina: «Oh, El, ¿dónde has puesto el plato de Angelina? El de los tres ositos», o bien «El, ¿no tienes un minuto antes de que salga el autobús para dejar arreglado a Johnnie?», que por lo general prefería hacerlo ella misma y tomar el autobús de la una o el de la una y media.

Aquel día en particular no le importaba, porque no tenía hora hasta las cuatro. Era un día húmedo y caluroso, y, ante la intimidad de una visita al médico, prefería sentirse fresca y limpia. Le habría gustado esperar hasta las tres antes de salir, pero en tal caso la señora no dejaría de hacerle preguntas.

Estaba dando el almuerzo a los niños cuando la señora Serafino bajó las escaleras.

—Oh, ya has empezado —exclamó—. Ve a vestirme, ya terminaré de dárselo yo.

—Ya casi han acabado, señora Serafino. ¿Por qué no desayuna usted antes?

—Bueno, si no te importa. Me muero por una taza de café.

La señora Serafino no era de las que desprecian un favor, y tampoco le gustaba mostrarse agradecida con la chica. Podía darle ideas inconvenientes. Cuando Elspeth hubo terminado de dar la comida a los niños, la señora Serafino seguía sentada ante su café y no hizo ademán de moverse cuando se los llevó hacia arriba.

Preparar a los niños para la siesta era tan laborioso como darles el almuerzo. Cuando Elspeth bajó al fin por la escalera, la señora Serafino estaba hablando por teléfono. Se interrumpió el tiempo justo para cubrir el auricular con su mano.

—Oh, El, ¿ya están en la cama los niños? Iba a subir ahora mismo a hacerlo yo. —Sólo esto, y volvió a su conversación.

Elspeth se dirigió a su cuarto junto a la cocina, cerró la puerta y corrió resueltamente el pestillo. Se echó de bruces sobre la cama y automáticamente conectó la radio de su mesita de noche. Escuchó, oyéndola solo a medias, la animada voz del locutor:

—... hemos podido oír a Bert Burns, la última sensación *hillbilly*, cantando «Cornliquor Blues». Y ahora, el tiempo. La zona de baja presión que mencionamos antes está aproximándose, lo cual significa que probablemente esta tarde, tendremos el cielo nublado y quizá algunos chubascos. Bien, supongo que en toda vida ha de haber algo de lluvia, ja, ja. Ahora pasamos a la señora Eisenstadt, de la calle 24 Oeste, que cumple hoy ochenta y tres años. Para ella, la última grabación de los Happy Hooligans, «Trash Collection Rock». ¡Muchas felicidades, señora Eisenstadt!

Se quedó medio traspuesta mientras sonaba la canción, y luego se volvió boca arriba y contempló el cielorraso mientras sonaba la siguiente, rebelándose ante la idea de tener que vestirse con aquel calor húmedo y sofocante. Por fin, se incorporó pesadamente y se quitó el vestido por la cabeza. Se llevó las manos a la espalda y se desabrochó el sostén, y luego se soltó el portaligas y tiró de él hacia abajo, por encima de sus caderas, sin molestarse en desprender las medias. Echó la ropa interior en el último cajón de la cómoda y colgó el vestido en su armario.

Tras la puerta, en la cocina, oía los movimientos del señor Serafino, que había bajado ya y estaba calentando el café y sacando el zumo de naranja del frigorífico. Elspeth echó un vistazo al pestillo y, tranquilizada, pasó al minúsculo cuarto de baño y abrió la ducha.

Cuando abandonó su habitación, media hora más tarde, llevaba un vestido sin mangas de lino amarillo, zapatos blancos, guantes blancos y un bolso de plástico blanco. Sus cortos cabellos estaban firmemente peinados hacia atrás, sujetos por una cinta elástica blanca. El señor Serafino se había ido, pero su esposa estaba en la

cocina, aún en bata y zapatillas, bebiendo otra taza de café.

—Estás muy guapa, El —dijo—. ¿Algún plan especial para esta noche?

—No, sólo una película.

—Bueno, pues pásatelo bien. ¿Tienes tu llave?

La chica abrió su bolso para mostrarle la llave, unida al tirador de la cremallera del monedero interior. Luego, regresó a su habitación, recorrió un corto pasillo y salió por la puerta trasera. Llegó a la esquina justo cuando aparecía el autobús, y se instaló en uno de los asientos de atrás, junto a una ventanilla abierta. Cuando el autobús arrancó, se quitó los guantes y revolvió en su bolso hasta encontrar un anticuado anillo de matrimonio de oro macizo. Lo deslizo en su dedo y se puso otra vez los guantes.

Cuando Joe Serafino regresó a la cocina, estaba vestido y afeitado.

—¿Se ha ido ya la chica? —preguntó.

—¿Te refieres a Elspeth? Sí, se ha ido hace un momento. ¿Por qué?

—Había pensado que, si iba a Lynn, podía llevarla en el coche.

—¿Desde cuándo vas tú a Lynn?

—He de llevar el coche al garaje. El dispositivo de la capota no funciona bien. El otro día, se atascó en plena tormenta y no pude cerrarla del todo. Quedé empapado.

—¿Y por qué has esperado hasta hoy para llevarlo a arreglar?

—Supongo que el tiempo ha sido tan bueno que no he vuelto a pensar en ello —respondió sin turbarse—. Pero he oído el parte meteorológico mientras me afeitaba y hablaba de posibles chubascos. Oye, ¿a qué viene este tercer grado?

—Nada de tercer grado. ¿Es que no puedo hacerte unas preguntas? ¿A qué hora volverás a casa? ¿O tampoco puedo preguntártelo?

—Claro que sí. Venga, pregunta.

—¿Bien?

—No lo sé. Es posible que me quede en Lynn y coma algo en el club. —Parecía enfadado cuando salió de la cocina.

Su mujer oyó el ruido de la puerta delantera al abrirse y en seguida un portazo. Luego oyó arrancar el coche. Se quedó mirando

la puerta del cuarto de Elspeth y empezó a pensar. ¿Por qué su marido, que normalmente obraba como si la chica no existiera, se mostraba tan amable de pronto? Además, ¿por qué se había afeitado a esa hora? Normalmente, esperaba hasta el último momento antes de ir al club. Tenía la barba tan cerrada que, si se afeitaba antes, volvía a parecer mal afeitado antes de terminar la noche.

Cuanto más lo pensaba, más sospechoso le parecía todo el asunto. ¿Por qué, por ejemplo, había tardado tanto en irse la chica? Su día libre comenzaba a mediodía. ¿Por qué se había ofrecido a dar la comida a los niños y acompañarlos a la cama? Nadie se lo había pedido. Ninguna otra chica haría una cosa así en su día de fiesta. No se había marchado hasta casi las dos y media. ¿Acaso había estado esperando a Joe?

Y su costumbre de cerrar la puerta con pestillo. Hasta entonces, siempre le había parecido divertida. Cuando estaban en compañía y la conversación recaía sobre el servicio, como solía ocurrir a menudo, nunca dejaba de mencionarlo. «Elspeth siempre se encierra por dentro. A veces me pregunto si tiene miedo de que se presente mi Joe cuando está en la cama o desvestiéndose». Siempre se reía cuando lo decía, como si la idea de que su marido pudiera estar interesado en la criada fuese totalmente absurda. Pero entonces se preguntó por primera vez si realmente era una idea absurda. ¿Podía ser que Elspeth se encerrara para protegerse de ella, y no de su marido? Su habitación tenía otra entrada por la parte trasera. ¿Podía ser que Joe la visitara de vez en cuando, sabiendo que la puerta de la cocina estaba cerrada y que no serían molestados por su esposa?

Se le ocurrió otra idea. Aunque la chica llevaba más de tres meses con ellos, no parecía tener ningún amigo. Todas las demás chicas salían con alguien en su día libre. ¿Por qué no ella? Su única amiga era aquella muchacha caballuna, Celia, que trabajaba para la familia Hoskins. ¿Acaso Elspeth no tenía acompañantes porque le bastaba con su Joe?

Finalmente, estas locas sospechas la hicieron reír. Vaya, si prácticamente estaba todo el tiempo junto a Joe. Se veían en el club todas las noches. Todas las noches, naturalmente, salvo la del jueves. Y el jueves era el día libre de Elspeth.

Varias veces Melvin Bronstein había extendido su mano hacia el teléfono, y todas la había retirado sin descolgar el auricular. Ya eran más de las seis y todos los empleados se habían ido a sus casas. Al Becker aún seguía allí, pero estaba en su oficina y, a juzgar por los libros que tenía sobre su escritorio, permanecería en ella un buen rato.

Podía llamar a Rosalie sin ser molestado, pues. Durante toda la semana, ni siquiera pensaba en ella; pero los jueves, que era el día que solía verla, su necesidad de ella se hacía abrumadora. A lo largo del año transcurrido desde que la había conocido, su relación había adquirido una forma rutinaria. Todos los jueves por la tarde, ella le telefoneaba y quedaban citados en algún restaurante para cenar. Luego, salían en automóvil hacia el campo y se detenían en algún motel. Siempre la acompañaba a su casa hacia medianoche, pues la chica que se cuidaba de los niños no quería quedarse más allá de esta hora.

Pero últimamente se había producido un cambio. El jueves anterior no la había visto, ni el otro, debido a sus absurdos temores de que su marido, del que estaba separada, hubiera contratado detectives para vigilarla.

—No me telefonees, Mel —le había rogado.

—Pero ¿qué mal hay en telefonear? No creerás que te han intervenido el teléfono, ¿verdad?

—No, pero si me llamas sé que volverá a empezar todo de nuevo.

Él se había mostrado de acuerdo porque ella había insistido mucho, y porque le había contagiado parte de su miedo. Y otra vez volvía a ser jueves. Tenía que llamarla, aunque sólo fuese para ver si las cosas habían cambiado de alguna forma. Y, si podía hablar con ella, estaba seguro de que la necesidad que ella sentía, tan grande como la que sentía él, vencería a sus temores.

Becker entró en la habitación, esforzándose por parecer casual, y dijo:

—Oye, Mel, casi me olvidaba. Sally me ha pedido que te convenza para que vengas a cenar hoy con nosotros.

Bronstein sonrió para sí. Desde que Al y Sally le habían visto en compañía de la chica, un mes antes, no dejaban de intentar todo tipo de estratagemas para inducirle a pasar las veladas de los jueves

con ellos.

—Mira, Al, no quiero comprometerme. Me parece que hoy no tengo ganas de ver a nadie.

—¿Pensabas cenar en casa?

—Nooo... Debbie tiene hoy su club de *bridge*, como de costumbre. Pensaba tomar un bocado en cualquier parte y luego meterme en un cine.

—Podemos hacer una cosa, chico. Te vienes después de cenar y pasamos un rato juntos. Sally tiene unos discos nuevos, una cosa muy intelectual. Los escuchamos y luego bajamos al sótano y jugamos unas partidas de billar.

—Bueno, si paso por ahí es posible que me deje caer.

Becker lo intentó de nuevo.

—Escucha, tengo una idea mejor. Llamo a Sally para avisarla de que me quedo en la ciudad y nos vamos los dos de juerga. Cenamos en algún restaurante, tomamos un par de copas y luego nos vamos al cine o a la bolera.

Bronstein meneó la cabeza.

—No insistas, Al. Vete a tu casa, cena y descansa. No te preocupes por mí. Puede que venga más tarde.

Bordeó su escritorio y rodeó con un brazo los hombros de su socio.

—Vete a casa, ya está bien por hoy. Yo cerraré. —Acompañó a Becker hacia la puerta, con suavidad.

Luego, descolgó el teléfono y marcó un número. Oyó sonar el timbre al otro extremo de la línea, una vez y otra, y otra, y otra. Al cabo de un rato, colgó.

Ya era tarde, más de las seis, cuando el médico dio por terminado su examen. Elspeth le dio las gracias a la recepcionista por las fotocopias indicando el régimen que debía seguir y por el folleto sobre el embarazo, mientras plegaba cuidadosamente los papeles y los guardaba en su bolso. Estaba a punto de irse cuando preguntó si había algún teléfono público en el edificio.

—Hay uno abajo, en el vestíbulo, pero puede usted utilizar el nuestro si quiere.

Elspeth se ruborizó tímidamente y rehusó con la cabeza. La

repcionista creyó comprender, y sonrió.

A solas en la cabina, marcó el número mientras rezaba por encontrarle en casa.

—Hola, cariño. Soy yo, Elspeth —comenzó cuando oyó la voz al otro extremo—. Tengo que verte hoy mismo. Es muy importante.

Escuchó unos instantes y prosiguió:

—Pero es que no lo comprendes. Tengo que decirte una cosa... No, por teléfono no puedo... Ahora estoy en Lynn, pero vuelvo en seguida a

Barnard's

Crossing. Podríamos cenar juntos. Pensaba comer algo en el Surfside y luego ir a ver una película al Neptune.

Asintió con la cabeza mientras él respondía, como si pudiera verla.

—Ya sé que no puedes venir conmigo al cine esta noche, pero también has de cenar. ¿Por qué no cenamos juntos? Estaré en el Surfside sobre las siete... Bueno, por favor, intenta venir... Si a las siete y media no has venido, sabré que ya no vienes. Pero lo intentarás, ¿verdad?

Se detuvo en una cafetería antes de dirigirse a la parada del autobús. Mientras sorbía su café, abrió el folleto sobre el embarazo y lo leyó detenidamente por dos veces. Cuando estuvo segura de haber comprendido bien las sencillas instrucciones, lo ocultó bajo el asiento de cuero. Era demasiado peligroso conservarlo; la señora Serafino podía verlo.

## 6

A LAS SIETE Y MEDIA, Jacob Wasserman llamó al timbre de la casa del rabino. La señora Small le abrió la puerta. Era una mujer pequeña y vivaz, con una masa de cabellos rubios que parecía desequilibrarla. Tenía grandes ojos azules y un rostro franco y abierto que habría parecido ingenuo de no ser por su pequeña barbilla, firme y decidida.

—Pase, señor Wasserman, pase. Me alegro de verlo por aquí.

Al oír el nombre de su visitante, el rabino, que estaba enfrascado en la lectura de un libro, salió al recibidor.

—Caramba, señor Wasserman. Hemos cenado ya, pero tomará usted una taza de té, ¿verdad? Prepara el té, querida.

Condujo a su visitante hacia la sala de estar, mientras su esposa ponía el agua a calentar. El rabino dejó sobre la mesa el libro que estaba leyendo y contempló inquisitivamente al recién llegado.

Wasserman advirtió de pronto que la mirada del rabino, aunque benigna y suave, era también penetrante. Esbozó una sonrisa.

—Sabe, rabino, que cuando llegó aquí por primera vez, usted mismo sugirió que debería participar en las reuniones del consejo. A mí me pareció bien. Después de todo, si se contrata a un rabino para que ayude a dirigir el desarrollo de la comunidad, lo mejor es que participe en las reuniones donde se planifican y se discuten las distintas actividades. Pero el consejo votó en contra. ¿Sabe cuál era su motivo? Que el rabino es un empleado de la congregación. Supongamos que queremos hablar de su salario o de su contrato. ¿Cómo vamos a hacerlo si él está ahí delante, entre nosotros? Así

que, ¿cuál fue el resultado? Durante todo este año, el asunto ni siquiera se ha mencionado..., hasta la última reunión. En nuestra última reunión, propuse que habláramos del contrato para el próximo año, ya que solamente quedan un par de reuniones antes de que se suspendan por las vacaciones.

Llegó la señora Small con una bandeja. Después de servirles, tomó una taza para ella y se sentó.

—¿Y qué se decidió respecto al contrato? —preguntó el rabino.

—No decidimos nada —respondió Wasserman—. La cosa se aplazó hasta la próxima reunión, es decir, para este domingo que viene.

El rabino estudió su taza de té, la frente fruncida en intensa concentración. Luego, sin alzar la vista, como si pensara en voz alta, comentó:

—Hoy es jueves, de modo que faltan tres días para la reunión. Si la aprobación fuera segura, y el voto únicamente cuestión de forma, habría esperado hasta el domingo para decírmelo. Si la aprobación fuera probable, pero no absolutamente segura, pienso que me lo habría dicho en la próxima ocasión en que nos viéramos, o sea, el viernes por la noche durante el servicio. Pero si la votación fuera incierta, o pareciera ir a decantarse en mi contra, no me lo diría el viernes, por miedo a estropearme el *Sabbath*. Así pues, su visita de esta noche sólo puede significar que tiene motivos para pensar que no se me renovará el contrato. Estoy en lo cierto, ¿no es así?

Wasserman agitó la cabeza con admiración. A continuación, se volvió hacia la esposa del rabino y blandió un dedo con aire de advertencia.

—No intente nunca engañar a su marido, señora Small. La descubriría en un instante. —Se volvió de nuevo hacia el rabino—. No, rabino, no es así; al menos, exactamente. Déjeme que le explique. En el consejo de directores tenemos a cuarenta y cinco miembros. ¡Piénselo bien! Son más de los que hay en el consejo de administración de la General Electric o la United States Steel. Pero ya sabe cómo son las cosas: cualquiera que no sea un don nadie, ha de estar en el consejo. Cualquiera que realiza un pequeño trabajo para el templo, o que puede ser que quizá vaya a realizar algún pequeño trabajo para el templo, ha de estar en el consejo. Es un honor. Sin que nadie se lo proponga deliberadamente, al final suele

quedar un consejo compuesto por los miembros más ricos de la congregación. Lo mismo sucede en otros templos o sinagogas. Así que, de los cuarenta y cinco, tal vez quince acuden a todas las reuniones. Luego, puede que haya diez más que acuden de vez en cuando. Al resto, apenas si se los ve de un año para el siguiente. Si sólo se presentaran los quince de siempre, ganaríamos por una amplia mayoría, quizá como de cuatro a uno. Para la mayoría de nosotros, era una cuestión puramente formal. Habríamos votado la renovación en el mismo momento. Pero no podíamos oponernos a la moción de que se aplazara por una semana. Parecía razonable, y eso es lo que hacemos cuando se trata de decisiones importantes. Pero la oposición, Al Becker y su grupo, obviamente había pensado otra cosa. Usted no le gusta a Al Becker. Ayer mismo me enteré de que se había puesto a trabajar, telefoneando a los treinta o así que no suelen venir a las reuniones. Y, según lo veo, no se limitaron a discutir el asunto con ellos, sino que aplicaron toda la presión de que fueron capaces. Cuando me enteré, por Ben Schwarz, comencé a llamar a esas personas yo mismo, pero era demasiado tarde. Descubrí que la mayor parte de ellos ya se habían comprometido con Becker y sus amigos. Y así es como están las cosas ahora. Si celebramos una reunión como las de costumbre, con la gente de costumbre, ganaremos sin ningún problema. Pero si consiguen que asista todo el consejo... —Extendió sus manos con las palmas hacia arriba, en señal de impotencia.

—No puedo decir que esto me sorprenda del todo —respondió el rabino tristemente—. Mis raíces están en el judaísmo tradicional, y cuando decidí ser un rabino, quería ser un rabino del tipo que lo había sido mi padre, y mi abuelo antes que él, para llevar una vida de erudito, no en reclusión, no en una torre de marfil, sino como parte de la comunidad judía, para influir sobre ella de algún modo. Pero estoy comenzando a pensar que en las modernas comunidades judías de Norteamérica no hay lugar para la gente como yo. Las congregaciones parecen querer que el rabino actúe como una especie de secretario ejecutivo, que organice clubs, que dé charlas, que integre el templo con las demás iglesias. Tal vez esto sea bueno, tal vez yo esté irremisiblemente pasado de moda, pero esta función no es para mí. Actualmente, domina la tendencia a subrayar nuestras similitudes con las restantes denominaciones, mientras que

todo el peso de nuestra tradición tiende a subrayar las diferencias. No somos una secta más, con nuestras pequeñas diferencias; somos una nación de sacerdotes, dedicados al Señor porque Él nos eligió.

Wasserman asintió con impaciencia.

—Pero eso lleva tiempo, rabino. La gente que compone nuestra congregación creció durante el período entre ambas guerras mundiales. La mayor parte de ellos no asistieron nunca a un *cheder*, ni siquiera a una escuela dominical. ¿Cómo cree que eran las cosas cuando empecé a organizar el templo? Por entonces, aquí teníamos unas cincuenta familias judías, pero cuando murió el anciano señor Levy, conseguir un *minyán* para que la familia pudiera decir *Kaddish* fue como arrancarles los dientes. Cuando empezamos el templo, fui a ver a todas y cada una de las familias judías de Barnard's

Crossing. Algunas de ellas ponían los coches en común para llevar a los niños a la escuela dominical en Lynn; algunas tenían un profesor que venía de vez en cuando para dar clases a sus chicos durante unos meses, de modo que pudieran celebrar su *Bar Mitzvah*, y todo eran llamadas telefónicas para arreglar su transporte hasta la casa del siguiente alumno. Mi idea consistía en establecer primero una escuela hebrea, y utilizar el mismo edificio para los servicios en las fiestas. Algunos creían que eso costaría demasiado dinero, y otros no querían que sus hijos se sintieran distintos a los demás por el hecho de ir a una escuela especial por las tardes.

»Pero, poco a poco, los convencí. Preparé cálculos de costos, presupuestos, precios, planos, y, cuando por fin adquirimos el edificio, fue algo maravilloso. Todas las tardes y los domingos venía la gente, vestida con prendas viejas, y trabajábamos todos juntos, limpiando, reparando, pintando. No había camarillas entonces, ni grupitos. Todo el mundo estaba interesado, y todo el mundo trabajaba en común. Aquellos jóvenes no sabían gran cosa; la mayoría ni siquiera era capaz de decir sus oraciones en hebreo, pero el espíritu estaba ahí.

»Recuerdo nuestros primeros servicios de la Gran Fiesta. Tomé prestado un rollo de escrituras de la sinagoga de Lynn, y yo fui el director y el lector, y hasta pronuncié un pequeño sermón. Para el Día de la Expiación me ayudó el decano de la escuela hebrea, pero casi todo lo hice yo solo. Fue todo un día de trabajo, y con el

estómago vacío. Ya no soy joven, y sé que mi esposa estaba preocupada, pero en mi vida me había sentido mejor. Teníamos un espíritu maravilloso, en aquellos tiempos.

—¿Y qué ocurrió luego? —quiso saber la esposa del rabino.

Wasserman sonrió irónicamente.

—Luego fuimos creciendo. Empezaron a llegar más judíos a Barnard's

Crossing. Me agrada pensar que el hecho de que tuviéramos una escuela y un templo influyó en ello. Cuando sólo había cincuenta familias, todo el mundo se conocía y las diferencias de opinión se resolvían en discusiones personales. Pero cuando hay trescientas familias o más, como ahora, la cosa es muy distinta. Son grupos sociales separados, que ni siquiera se conocen. Fíjese en Becker y su grupo, los Pearlstein, los Korb, los Feingold... Los que viven en Grove Point. No se mezclan con los demás. Becker no es mala persona, compréndame. De hecho, es muy buena persona, como los demás que he mencionado. Todos son buenas personas, pero su punto de vista es distinto al suyo y al mío. Desde su punto de vista, cuanto más grande e influyente sea la organización del templo, tanto mejor.

—Pero ellos son quienes pagan al gaitero, conque supongo que pueden elegir la melodía —observó el rabino.

—El templo y la comunidad son más importantes que unos cuantos contribuyentes, por grandes que sean —protestó Wasserman—. Un templo...

Le interrumpió el timbre de la puerta, y el rabino fue a abrir. Era Stanley.

—Estaba tan interesado en esos libros, rabino —comenzó—, que he decidido pasarme por aquí de camino a casa para decirle que ya han llegado. Venían en una gran caja de madera, de manera que la he subido a su estudio y he desclavado la tapa.

El rabino le dio las gracias y regresó a la sala. Apenas si podía contener su excitación.

—Han llegado mis libros, Miriam.

—Me alegro mucho, David.

—Si no te importa, iré a echarles una ojeada. —Entonces se acordó de pronto de su invitado—. Son unos libros raros que me han enviado de la biblioteca de Dropsie College para un estudio que

estoy haciendo sobre Maimónides —le explicó.

—Yo ya me iba, rabino —contestó Wasserman, poniéndose en pie.

—Oh, no puede irse ahora, señor Wasserman. Si ni tan sólo ha terminado su té. Me hará sentir culpable si se va ahora. Dile que se quede, Miriam.

Wasserman sonrió con buen humor.

—Me doy cuenta, rabino, de que no puede esperar para ver sus libros, y no quiero entretenerle. ¿Por qué no se va usted, y yo le haré compañía un rato a la señora Small?

—¿Está seguro de que no le importa? —Pero ya iba camino del garaje.

Encontró su camino bloqueado por su esposa, la barbilla resueltamente alzada.

—No saldrás de esta casa, David Small —anunció—, sin ponerte el abrigo.

—Pero si hace buen tiempo —protestó él.

—Hará frío cuando vuelvas.

Resignado, el rabino buscó su abrigo en el armario, pero, en vez de ponérselo, se lo colgó del brazo con aire de desafío.

La señora Small regresó a la sala de estar.

—Es como un niño —observó, a modo de disculpa.

—No —objetó el señor Wasserman—. Creo que quería estar un rato a solas.

El Surfside estaba considerado como un restaurante razonable: los precios eran moderados; el servicio, aunque no de lujo, era rápido y eficiente y, a pesar de que la decoración era muy sencilla, la comida era buena, y los mariscos excelentes. Mel Bronstein no había comido nunca allí, pero cuando se acercaba vio marchar un automóvil aparcado frente a la puerta, y lo tomó como una señal. Recordó haber oído hablar favorablemente del establecimiento, de modo que encajó su gran Lincoln azul en el espacio que acababa de quedar libre.

En el interior no había mucha gente. Se dirigió a uno de los compartimientos y pidió un martini. Los muros estaban decorados con redes de pescar y otros objetos relacionados con el mar: un par

de remos, un timón de caoba, nasas para langostas y, ocupando toda una pared, un pez espada verdaderamente imponente montado sobre un panel de caoba.

Miró a su alrededor y, sin sorpresa por su parte, no vio a ningún conocido. El Surfside estaba en la parte baja de la ciudad, Old Town, y la gente de su barrio, Chilton, raramente venía por aquí.

La mayor parte de los compartimientos estaban ocupados por parejas, pero diagonalmente frente a él había una joven sola, como él. No era bonita, pero tenía un aspecto joven y agradable. Por su modo de consultar constantemente el reloj, dedujo que estaba esperando a alguien. Aún no había pedido su cena, pero de vez en cuando tomaba un sorbo de agua; no porque tuviera sed, sino porque todos los demás estaban comiendo.

La camarera se le acercó para preguntarle si ya se había decidido, pero ella simplemente le pidió otro vaso de agua.

La joven parecía cada vez más preocupada por la ausencia de su acompañante. Cada vez que oía abrirse la puerta, se volvía para ver quién entraba. Luego, de repente, cambió de actitud. Se enderezó en su asiento como si hubiera tomado una decisión. Se quitó los guantes blancos y los guardó en su bolso, como preparándose para pedir su cena. Bronstein vio que llevaba un anillo de matrimonio. Mientras él la contemplaba, ella se desprendió de la alianza, abrió el bolso y lo dejó caer en su interior.

Luego alzó la vista y vio que era observada. Ruborizándose, volvió la cara. Él consultó su reloj de pulsera: las ocho menos cuarto.

Vacilando apenas un instante, salió de su compartimiento y se encaminó al de ella.

—Me llamo Melvin Bronstein —anunció—, y soy completamente respetable. Detesto comer yo solo, y supongo que usted también. ¿Querría cenar conmigo?

Los ojos de la chica se abrieron como los de un chiquillo. En el primer momento, los bajó, pero en seguida los alzó de nuevo hacia él y asintió.

—Permítame que le sirva un poco más de té, señor Wasserman.

Wasserman inclinó su cabeza en señal de asentimiento.

—No sabe cuánto me disgusta todo este asunto, señora Small. Después de todo, yo fui quien eligió a su marido; fue una decisión personal mía.

—Sí, ya lo sé, señor Wasserman. David y yo lo comentamos en su momento. Por lo general, cuando una congregación quiere contratar a un rabino suele pedir a varios candidatos que se presenten en *Sabbaths* sucesivos para dirigir los servicios y entrevistarse con el consejo de directores o con el comité de ritual. Pero usted vino solo al seminario, y eligió a David bajo su exclusiva responsabilidad. —Ella le miró especulativamente y, de inmediato, bajó la vista hacia su taza—. Tal vez si el comité de ritual hubiera actuado conjuntamente ahora se sentirían más amistosos hacia él —añadió en voz más baja.

—¿Piensa usted que yo insistí en tomar la decisión por mí mismo? Créame, señora Small, yo no busqué tal responsabilidad. Personalmente, habría preferido dejar la decisión en manos del comité o del consejo, pero el edificio quedó terminado a comienzos del verano, y el consejo estaba decidido a comenzar el Año Nuevo en septiembre completamente organizado. Cuando propuse que el comité de ritual en pleno se desplazara a Nueva York —solamente somos tres: el señor Becker, el señor Reich y yo—, fue el mismo Becker quien insistió en que fuese yo solo. «A fin de cuentas, ¿qué sabemos Reich y yo de rabinos, Jacob?». Ésas fueron sus palabras. «Escógelo tú, que entiendes. El que tú elijas estará bien». Quizá estaba muy atareado y no podía ir a Nueva York en aquellos momentos, o quizá lo decía en serio. Al principio, yo no quería asumir toda la responsabilidad. Luego, tras reflexionar detenidamente, pensé que tal vez sería lo mejor. Después de todo, es verdad que Reich y Becker no saben nada de esto. Becker ni siquiera es capaz de rezar en hebreo, y Reich no es mucho mejor. Ya habíamos tenido una lección. Para la construcción del templo, contrataron a Christian Sorenson como arquitecto. Un arquitecto judío no servía. Si yo no me hubiese opuesto, el nombre de Christian Sorenson —Christian, fíjese— figuraría en una placa de bronce en la fachada del templo.

*El célebre arquitecto eclesiástico, Christian Sorenson, un exquisito que usaba corbata de lazo de seda negra y unos quevedos sujetos con cinta negra que utilizaba para gesticular, había preparado una maqueta*

que representaba un edificio en forma de caja alta y estrecha, con ventanas altas y estrechas intercaladas con columnas decorativas de acero inoxidable. «He pasado los últimos quince días familiarizándome con los dogmas básicos de su religión, caballeros, y mi diseño pretende expresar su naturaleza esencial». (Vaya gaon, había pensado Wasserman, que es capaz de comprender la naturaleza esencial del judaísmo en quince días). «Observarán que las esbeltas líneas verticales producen una sensación de espiritualidad, puesto que exigen un movimiento ascendente de la mirada; que la sencillez del diseño, severo y desprovisto de frivolidades decorativas —¿se refería acaso a los símbolos tradicionales judíos, como la Estrella de David, el candelabro de siete brazos y las Tablas de la Ley?— tipifica la práctica simplicidad, si me permiten decirlo así, caballeros, el básico sentido común de su religión. Las columnas de acero inoxidable sugieren al mismo tiempo la pureza de la religión y su resistencia a la erosión del tiempo».

La vista frontal mostraba una hilera de puertas de acero inoxidable, a ambos lados de la cual se extendía un largo muro de ladrillo blanco vidriado que comenzaba con la misma altura que las puertas y descendía formando una curva suave hasta el límite del terreno, «sirviendo no sólo para suavizar las líneas de la masa central, sino también para relacionarla con la tierra. Observarán que el efecto producido es el de un par de brazos abiertos en señal de bienvenida, brazos que llaman a la gente para que acuda a adorar. Desde un punto de vista práctico, estos dos muros, uno a cada lado de la entrada, separarán la zona asfaltada de aparcamiento, frente a las puertas, del jardín que rodea el resto del edificio».

—Por lo menos, pude lograr que sólo grabaran en la placa la inicial de su nombre. Y, a fin de cuentas, no es el edificio lo que da su carácter a la congregación. Pero el carácter del rabino sí que influye. Por eso acepté ir yo solo al seminario.

—¿Y por qué se decidió usted por David, señor Wasserman?

Hizo una pausa antes de contestar. Se daba cuenta de que estaba ante una joven resuelta e inteligente, y debía ser cuidadoso con sus respuestas. Trató de pensar en el motivo que le había hecho decidirse por su marido. Por una parte, demostraba un profundo conocimiento del Talmud. Sin duda, la información en su expediente indicando que descendía de una larga serie de rabinos y que su esposa era hija de un rabino también había influido. Podía

suponerse que una persona educada en un hogar de rabinos adoptaría puntos de vista tradicionales y conservadores. Pero su primera entrevista había sido decepcionante: la apariencia del joven rabino no infundía ningún respeto; parecía un joven de lo más corriente. Sin embargo, a medida que iban hablando, se iba sintiendo cada vez más atraído por las maneras de David Small, por su sentido común. Algo en sus ademanes y en su tono de voz le recordaba al barbado patriarca del que había aprendido el Talmud cuando era un muchacho, allá en el viejo país. La voz del joven tenía una cualidad suave e insistente, un cierto ritmo que no llegaba a convertirse del todo en el cántico tradicional de los talmudistas.

Tan pronto como Wasserman hubo zanjado la cuestión, empero, comenzó a sentir reparos. No porque él se sintiera personalmente insatisfecho, sino porque sospechaba que el rabino Small no era lo que la mayoría de la congregación seguramente esperaba. Algunos pensaban en un hombre alto y austero, de voz profunda y resonante, algo así como un obispo episcopalista; el rabino Small no era alto, y su voz era tranquila, suave y objetiva. Algunos esperaban a una especie de animoso joven graduado con ropa de franela gris, que se sintiera cómodo en los campos de golf o las pistas de tenis y que se adaptara al grupo de matrimonios jóvenes; el rabino Small era delgado y pálido y llevaba gafas, y, aunque su salud era excelente, resultaba obvio que no era un atleta. Otros imaginaban al rabino como un ejecutivo dinámico, un organizador, una persona capaz de montar comités y de engatusar o coaccionar a toda la congregación para realizar programas de servicios cada vez más ambiciosos; el rabino Small era más bien despistado, necesitaba que le recordaran constantemente sus citas y no sabía pensar en términos de tiempo o de dinero. Aunque en apariencia dócil a las sugerencias de otros, lo cierto era que las olvidaba con facilidad, sobre todo si ya no le habían interesado en un principio.

Wasserman eligió cuidadosamente sus palabras.

—Se lo diré, señora Small. En parte, lo elegí porque me gustó personalmente. Pero hubo algo más. Como ya sabe, me entrevisté con otros rabinos. Todos eran buenos muchachos, con una buena mentalidad judía. Pero el rabino de una comunidad ha de ser algo más que simplemente listo. Debe tener coraje y convicción. Estuve charlando un rato con cada uno de ellos. Hablamos acerca de la

función del rabino en la comunidad. Y todos estuvieron de acuerdo conmigo. Nos tanteábamos el uno al otro, como siempre ocurre en esta clase de conversaciones, y, tan pronto como creían saber cuáles eran mis opiniones en líneas generales, las expresaban como si fueran las suyas propias de un modo mucho más perfecto de lo que yo podría expresarlas. Ya le he dicho que eran listos. Pero su marido no parecía interesado en averiguar mis opiniones. Y, cuando se las expuse, se mostró en desacuerdo conmigo. Sin faltarme al respeto, pero con firmeza y tranquilidad. Una persona que solicita un empleo y le lleva la contraria a su posible patrono, o bien está loco o bien tiene fuertes convicciones. Y no vi ningún indicio de que su marido estuviera loco.

»Y ahora, señora Small, pregunta por pregunta: ¿Por qué solicitó este empleo su marido y lo aceptó cuando yo se lo ofrecí? Estoy seguro de que la oficina de colocación del seminario le dio explicaciones acerca del tipo de comunidad de que se trataba, y en mi reunión con su marido respondí francamente a todas sus preguntas.

—Está usted sugiriendo que habría debido optar por un empleo en una comunidad más establecida —contestó ella—; una comunidad más tradicional en sus prácticas y en su actitud hacia el rabino. —Dejó su taza vacía sobre la mesa—. David y yo hemos hablado de esto, y a él le parece que el futuro no va en esa dirección. Seguir las líneas ya trazadas, ir dejando pasar el tiempo; no es eso lo que quiere David. Es un hombre con convicciones, señor Wasserman, y creyó que podría transmitir las a su comunidad. El hecho de que enviaran a un hombre como usted, solo, para elegir al rabino, en lugar de mandar un comité con la gente de costumbre, como el señor Becker, le convenció de que aquí tendría una oportunidad. Y ahora parece que estaba equivocado. ¿Están ya decididos a no renovar el contrato?

Wasserman se encogió de hombros.

—Veintiuno admiten que votarán contra él. Dicen que lo sienten, pero que se lo han prometido a Al Becker, o al doctor Pearlstein o a algún otro. Veinte dicen que votarán por el rabino. Pero de éstos hay al menos cuatro de los que no estoy seguro. Podrían no acudir a la reunión. Me lo prometieron, pero... «Tengo que salir fuera el sábado, pero si regreso a tiempo puede contar

conmigo». Es decir, que puedo contar con que no van a presentarse el domingo por la mañana, y la próxima vez que los vea me dirán cuánto lo sienten y lo mucho que se esforzaron por llegar a tiempo a la reunión.

—Eso suma cuarenta y uno. ¿Qué piensan los otros cuatro?

—Lo pensarán. Eso significa que ya se han decidido a votar en contra pero no quieren discutir conmigo. ¿Qué puede uno responderle a una persona que le dice que va a pensarlo? ¿Que no piense?

—Bien, si es eso lo que quieren...

De pronto, Wasserman se mostró enfurecido.

—¿Y cómo saben ellos lo que quieren? —preguntó—. Cuando empezaron a venir aquí y yo traté de fundar una congregación, no, ni siquiera una congregación, sino un pequeño club para que si ocurría algo, Dios no lo quiera, pudiéramos al menos celebrar un *minyan*, éste decía que no tenía tiempo, y el otro que no le interesaba la religión organizada, y varios dijeron que no podían sufragar los gastos. Pero yo seguí en ello. Si hubiera propuesto una votación y actuado en consecuencia, ¿tendríamos ahora un templo con un cantor y un rabino, y una escuela con sus profesores?

—Pero, según sus cuentas, señor Wasserman, son veinticinco, quizá incluso veintinueve, sobre un total de cuarenta y cinco.

Sonrió cansadamente.

—Quizá lo estoy sumando con un lápiz negro. Quizá los que quieren pensarlo es porque verdaderamente no lo han decidido todavía. Y Al Becker, Irving Feingold y el doctor Pearlstein no pueden estar seguros de que asistan a la reunión todos los que se lo prometieron. La perspectiva no es muy halagüeña, pero existen posibilidades. Y, para ser franco con usted, señora Small, parte de la culpa le corresponde a su marido. Hay muchos en la congregación, y no me refiero únicamente a los amigos de Becker, que consideran al rabino como su representante personal ante el resto de la comunidad en general. Y estas personas no están de acuerdo con la actitud de su esposo. Dicen que es casi como si no le importase nada. Dicen que se muestra descuidado en sus citas, descuidado en su aspecto, incluso descuidado en sus modales en el púlpito. Sus ropas muestran tendencia a arrugarse. Cuando se pone en pie para dirigir la palabra a la congregación, o en las reuniones, su

apariencia no es correcta.

Ella asintió.

—Lo sé. Y quizá algunos de sus críticos me echen la culpa a mí. Una esposa debe cuidar de su marido. Pero ¿qué puedo hacer yo? Yo procuro que su vestimenta esté en orden cuando sale por la mañana, pero no puedo seguirle todo el día. Es un erudito. Cuando un libro le interesa, no piensa en nada más. Si tiene ganas de echarse a leer, no se molesta en quitarse la chaqueta. Cuando se concentra, se pasa las manos por la cabeza. Así, siempre va despeinado como si acabara de levantarse de la cama. Cuando estudia, toma apuntes en tarjetas y se las mete en el bolsillo, y al cabo de un rato le abultan los bolsillos. Es un erudito, señor Wasserman. Así es como son los rabinos: unos estudiosos. Ya sé a qué se refiere usted. Ya sé qué clase de hombre le gustaría a la congregación. En una reunión pública, se levanta para pronunciar la invocación. Inclina la cabeza como si Dios Todopoderoso estuviera justo enfrente de él. Cierra los ojos, para no ser cegado por Su Resplandor, y habla con voz grave y profunda... No la voz que utiliza para dirigirse a su esposa, sino una voz especial, como si fuera un actor. Mi David no es ningún actor. ¿Cree que a Dios le impresionan las voces graves y profundas, señor Wasserman?

—Querida señora Small, yo opino igual que usted. Pero estamos viviendo en el mundo. Esto es lo que le pide el mundo a un rabino, de modo que así es como han de ser los rabinos.

—David cambiará al mundo, señor Wasserman, antes de que el mundo lo cambie a él.

CUANDO

JOE

SERAFINO

llegó al club, encontró a una chica nueva en el guardarropa. Al momento, se dirigió al jefe de camareros, que actuaba como gerente en su ausencia.

—¿Quién es la nueva, Lennie?

—Ahora iba a decírtelo, Joe. El chico de Nellie vuelve a estar enfermo, así que he traído a esta muchacha para que la sustituya.

—¿Cómo se llama?

—Stella.

Joe la contempló apreciativamente.

—Llena bien el uniforme —admitió—. Muy bien, cuando no haya tanto trabajo, mándamela a la oficina.

—Nada de cosas raras, ¿eh, Joe? Nada de insinuaciones. Es como una prima lejana de mi mujer.

—Tranquilo, Lennie. Tengo que anotar su nombre y dirección, y su número de la seguridad social, ¿no te parece? —Joe sonrió—. ¿No querrás que baje aquí con el libro?

Se retiró para efectuar su ronda del comedor. Normalmente, dedicaba buena parte de la noche a pasear por entre los clientes, saludando a uno, sonriéndole a otro, sentándose de vez en cuando a la mesa de algún habitual para charlar unos minutos, al cabo de los cuales solía chasquear los dedos en dirección al camarero más próximo: «Oye, Paul, trae unas copas para los amigos». Pero los

jueves, el día libre de las criadas, el ambiente era distinto.

Siempre quedaban mesas desocupadas, y la gente hacía durar sus bebidas, conversaba en voz baja y parecía un tanto apagada. Hasta el servicio era distinto. Los camareros tendían a agruparse junto a la puerta de la cocina, en vez de circular entre las mesas anotando pedidos. Cuando Leonard los miraba enfadado, o chasqueaba los dedos para llamarles la atención, se separaban de mala gana, para volverse a agrupar tan pronto como les volvía la espalda.

Los jueves, Joe permanecía casi todo el tiempo en su despacho, repasando las cuentas. Esta noche había terminado temprano, y se disponía a echarse en el sofá para dormir un poco cuando sonó un golpe en la puerta. Se incorporó y volvió a sentarse tras su escritorio, con los libros de contabilidad abiertos ante él.

—Adelante —dijo con voz seca, de hombre de negocios.

Vio que la manija se movía en vano y, sonriendo, se levantó de la silla y descorrió el pestillo. Con un gesto, le señaló el sofá a la muchacha.

—Siéntate aquí —le pidió—. En un momento estoy contigo.

Cerró de nuevo la puerta, con aire despreocupado, regresó a su silla giratoria ante la mesa y examinó ceñudamente los libros. Durante uno o dos minutos se mostró muy atareado, tomando notas y haciendo comprobaciones en los libros de contabilidad. Luego, se volvió hacia ella y la contempló detenidamente, recorriéndola poco a poco con la mirada.

—¿Cómo te llamas?

—Stella, Stella Mastrangelo.

—¿Cómo se escribe eso? Da igual; toma, escríbelo tú misma en este papel.

La chica se aproximó al escritorio y se inclinó para escribir. Era joven y fresca, con una suave piel aceitunada y provocativos ojos oscuros. Las manos de Joe anhelaban palpar sus posaderas, tan tentadoramente enfundadas en los *shorts* de satén negro que constituían su uniforme. Pero tenía que conservar la cabeza, de modo que continuó hablando en el mismo tono serio y formal.

—Anota también tu dirección y el número de la seguridad social. Y el teléfono, por si hemos de llamarte con urgencia.

La joven terminó de escribir y se enderezó, pero no regresó

inmediatamente al sofá. Por el contrario, se apoyó sobre el borde del escritorio, de cara a él.

—¿No quiere nada más, señor Serafino? —preguntó.

—No. —Eché un vistazo al papel—. Sabes, es posible que te llamemos de vez en cuando. Nellie nos dio a entender que le gustaría tener otra noche libre. Así podría pasar más tiempo con su niño.

—Oh, señor Serafino, se lo agradecería mucho.

—Sí, bueno, ya veremos. Dime, ¿has venido en tu coche?

—No, en autobús.

—Entonces, ¿cómo pensabas volver a tu casa?

—El señor Leonard me dijo que podía irme justo antes de medianoche. Así tendría tiempo de tomar el último autobús.

—¿No te asusta volver tan tarde a casa tú sola? No me parece que sea buena idea. ¿Sabes qué? Esta noche te acompañaré yo en coche, y para la próxima ocasión ya te organizarás mejor. Pat, el del aparcamiento, seguramente podrá llegar a un acuerdo con alguno de los taxistas.

—Oh, no puedo aceptarlo, señor Serafino.

—¿Por qué no?

—Bueno, el señor Leonard me dijo...

Serafino alzó una mano.

—Nadie tiene por qué saberlo —sugirió, con voz melosa y seductora—. Esta puerta da directamente al aparcamiento. Te vas a las doce menos cuarto y me esperas en la parada del autobús. Yo iré a buscar el coche y te recogeré allí.

—Pero el señor Leonard...

—Si Lennie quiere verme, viene aquí. Si encuentra la puerta cerrada, sabe que estoy echando una siestecita. Y nunca se le ocurriría molestarme cuando estoy descansando. ¿De acuerdo? Además, tenemos que hablar de negocios, ¿no?

Ella asintió en silencio y le dedicó un revoloteo de pestañas.

—Muy bien. Ahora vete, chiquilla. Ya nos veremos luego. —Le dio unas palmaditas de despedida, de un modo paternal.

Cabin se servían emparedados, buñuelos y café durante el día. Por la noche ofrecían platos calientes —spaghetti y albóndigas, almejas fritas y patatas fritas, alubias y salchichas de Frankfurt— que se describían en unas cartulinas grasientas y manchadas sujetas al marco del espejo de la barra. A cada plato le correspondía un número, y los clientes habituales como Stanley los pedían por su numeración, seguramente para acelerar el servicio.

Ni de día ni de noche se bebía exageradamente. Los clientes que se dejaban caer al mediodía solían tomarse una o dos cervezas para acompañar el bocadillo. Los que llegaban más tarde a veces se tomaban un *whisky* antes de cenar. Pero los habituales, como Stanley, por lo general regresaban hacia las nueve. Entonces era cuando el

Ship's

Cabin se animaba de verdad.

Tras pasar por casa del rabino, Stanley fue al

Ship's

Cabin en su cacharro amarillo, tomó su cena de costumbre —uno de los tres platos calientes— y unos vasos de cerveza. Sentado ante la barra, comía flemáticamente, accionando rítmicamente las mandíbulas como si fuese una máquina. Dirigía su atención al plato el tiempo imprescindible para cargar el tenedor y, en seguida, volvía la cabeza hacia el televisor suspendido en una esquina, cerca del techo, mientras seguía mascando. De vez en cuando, tomaba el vaso y engullía un largo sorbo, sin apartar los ojos de la pantalla.

Exceptuando unas breves observaciones acerca del tiempo, intercambiadas con el encargado de la barra cuando éste le sirvió su plato, Stanley no habló con nadie. Terminado el programa, apuró los restos de su segundo vaso, se enjugó los labios con la servilleta de papel que había permanecido doblada a su lado a lo largo de toda la cena y se dirigió pausadamente a la caja para pagar su cuenta.

Despidiéndose del camarero con un gesto casual de la mano, salió de la taberna y recorrió en su coche las escasas manzanas de distancia hasta la casa de Mama Schofield. No valía la pena quedarse por allí; hasta dentro de una o dos horas no habría nada que hacer.

La señora Schofield estaba sentada en su salita cuando él metió

la cabeza para desearle buenas noches. Ya en su habitación, en el piso de arriba, se quitó los zapatos, los pantalones de faena de dril y la camisa, y se echó en la cama con los brazos cruzados en la nuca, mirando al cielorraso. Allí no había fotos como las que decoraban la pared del sótano del templo; Mama Schofield no lo habría consentido. La única decoración era un calendario con la foto de un niñito con un cachorro, foto que de algún modo se suponía que debía inducir cálidos sentimientos hacia la Compañía Carbonera de Barnard's

Crossing.

Normalmente, dormía durante una o dos horas, pero esta noche se sentía inquieto sin saber por qué. Comprendió que estaba sufriendo uno de sus frecuentes ataques de soledad. En el círculo de sus conocidos, su soltería se tenía como una prueba de que era demasiado listo para dejarse atrapar. Pero en aquellos momentos se preguntaba intranquilo si no se habría pasado de listo. ¿Qué clase de vida era la suya? Para cenar, un plato grasiento consumido en un taburete de bar; luego, un cuarto amueblado, sin otra cosa que esperar que un rato de alcohólica camaradería con la pandilla del Ship's

Cabin. Si estuviera casado... Su mente se perdió en una agradable ensoñación acerca de la vida matrimonial. Pronto se quedó dormido.

Cuando despertó, ya eran casi las diez. Se levantó y se vistió con la ropa buena para ir al Ship's

Cabin. La ensoñación persistía. Bebió más de lo acostumbrado, en un intento de ahogarla, pero cada vez que la conversación se apagaba o disminuía momentáneamente el ruido, su ensueño volvía a estar ahí.

Hacia medianoche, la concurrencia empezó a disminuir y Stanley se levantó para retirarse. La sensación de soledad era más fuerte que nunca. Pensó que era jueves, y que probablemente bajaría alguna chica del último autobús en la parada de Oak y Vine. Tal vez una chica cansada, que agradecería la oferta de ser acompañada en automóvil el resto del camino hasta su casa.

Elsbeth estaba sentada en el asiento posterior del coche. La lluvia había amainado un poco, pero todavía caían gruesos goterones sobre el asfalto, convirtiéndolo en un brillante charco negro. Ahora estaba calmada, y para demostrarlo aspiraba lentas y elegantes bocanadas de su cigarrillo, como una actriz. Cuando hablaba, miraba al frente, y sólo ocasionalmente lanzaba un rápido vistazo a su acompañante, para ver cómo reaccionaba.

Él estaba sentado muy tieso, con los ojos abiertos y sin parpadear, la mandíbula tensa y los labios apretados. ¿Cólera? ¿Frustración? ¿Desespero? Elspeth no lo sabía. Se inclinó hacia adelante para apagar su cigarrillo en el cenicero atornillado a la parte posterior del asiento delantero. Con gran deliberación, como si quisiera subrayar sus palabras, aplastó la colilla sobre la plaquita de metal.

Sintió, más que vio, la mano que se tendía hacia ella. Notó que se posaba en su cuello, y estaba a punto de volverse hacia él con una sonrisa cuando los dedos se cerraron en torno a su gargantilla de plata. Iba a quejarse de que la apretaba demasiado, pero los dedos retorcieron bruscamente la gruesa cadena y ya no tuvo tiempo. Ya no tuvo tiempo de protestar; ya no tuvo tiempo de gritar. El grito quedó ahogado en su garganta, y una niebla rojiza la envolvió. Luego todo fue negrura.

Él permaneció sentado, con el brazo todavía extendido y la mano sujeta a la gargantilla de plata, del modo en que se sujetaría un perro agresivo. Al cabo de un rato aflojó su presa, y cuando la chica comenzó a desplomarse hacia adelante la tomó por el hombro y volvió a enderezarla en el asiento. Esperó. Después, con precaución, abrió la portezuela del coche y miró al exterior. Seguro de que no había nadie a la vista, salió fuera e inclinándose otra vez hacia el interior del coche, arrastró a la chica hacia él y la tomó en sus brazos. La cabeza de la joven cayó hacia atrás.

No la miró. Con un golpe de cadera, cerró la portezuela. La llevó hasta el punto en que el muro era más bajo, apenas de un metro de altura. Se agachó para depositarla suavemente sobre la hierba del otro lado, pero pesaba demasiado y se le escapó de las manos. Extendió el brazo en la oscuridad para cerrarle los ojos, pero sólo palpó cabellos. No parecía valer la pena darle la vuelta al cuerpo.

# 8

EL DESPERTADOR de la mesita de noche junto a la cama del rabino Small sonó a las siete menos cuarto. Tenía tiempo suficiente para ducharse, afeitarse y vestirse para los servicios matutinos en el templo, a las siete y media.

Alargó un brazo y desconectó el despertador, pero en vez de levantarse emitió unos felices gruñidos animales y se acurrucó de nuevo. Su esposa le sacudió.

—Vas a llegar tarde a los servicios, David.

—Esta mañana no asistiré.

Ella creyó comprenderle, y no insistió. Además, sabía que la noche anterior había llegado muy tarde, mucho después de que ella se hubiera acostado.

Luego, en su estudio, el rabino Small se dispuso a recitar la plegaria matinal mientras Miriam, en la cocina, le preparaba el desayuno. Cuando oyó que su voz se alzaba exultante en la *Shema* —Escucha, oh Israel, el Señor es nuestro Dios, el Señor es Uno—, puso el agua a calentar; cuando oyó el zumbido del *Amidah*, echó los huevos, dejándolos hervir hasta que le oyó cantar el *Alenu*, y entonces los sacó del agua.

El rabino salió del estudio a los pocos minutos, bajándose la manga izquierda de la camisa y abrochándose el gemelo. Como siempre, contempló desanimado la mesa dispuesta para él.

—¿Tanto?

—Es bueno para ti, cariño. Todo el mundo dice que el desayuno es la comida más importante del día. —Su suegra había sido muy

explícita al respecto: «Procura hacerlo comer, Miriam. No le preguntes qué quiere, porque, si tiene un libro delante o alguna idea en la cabeza, es capaz de conformarse con un mendrugo. Has de procurar que siga una dieta regular y equilibrada, con muchas vitaminas».

Miriam ya había desayunado —una tostada, un café y un cigarrillo—, de modo que permaneció a su lado, vigilando que terminara el zumo de pomelo y, colocando los cereales ante él con un aire que indicaba que no se admitían réplicas. En cuanto hubo terminado la última cucharada, le sirvió los huevos y una tostada ya cubierta de mantequilla. El truco consistía en evitar cualquier interrupción durante la cual pudiera dejar vagar la mente y perdiera el interés por la comida. Hasta que no vio que atacaba los huevos y la tostada no se sirvió ella otra taza de café y se permitió sentarse frente a él.

—¿Se quedó mucho tiempo el señor Wasserman después de que yo me fuera? —quiso saber.

—Una media hora. Me parece que piensa que habría de cuidarme más de ti: vigilar que tu ropa esté bien planchada, que vayas bien peinado y cosas así.

—Debería prestar más atención a mi apariencia. ¿Estoy bien ahora? ¿No llevo manchas de huevo en la corbata? —preguntó nerviosamente.

—Estás muy bien, David. El problema es que no sueles durar mucho así. —Le observó críticamente—. Tal vez si usaras una de esas agujas la corbata se quedaría en su lugar.

—Para eso hay que llevar una camisa con un cuello especial —respondió—. Ya lo probé una vez, y me asfixiaba.

—¿Y no podrías ponerte esa pasta que mantiene el pelo en su sitio?

—¿Quieres que las mujeres empiecen a perseguirme? ¿Te gustaría eso?

—No me digas que el hecho de resultar atractivo a las mujeres es algo que te deja frío.

—¿Y tú crees que así lo conseguiría? —preguntó con fingido interés—. ¿Una camisa con cuello de lengüeta y fijador en el pelo?

—En serio, David, es importante. El señor Wasserman parecía considerarlo muy importante. ¿Crees que rescindirán tu contrato?

Él asintió.

—Es muy probable. Estoy seguro de que el señor Wasserman vino anoche porque lo cree así.

—¿Qué vamos a hacer?

Se encogió de hombros.

—Notificar al seminario que estoy en libertad y pedirles que me busquen otra congregación.

—¿Y si ocurre otra vez lo mismo?

—Se les notificará otra vez. —Se echó a reír—. ¿Te acuerdas de Manny Katz? El rabino Emmanuel Katz, casado con aquella muchachota. Perdió tres empleos, uno detrás de otro, por culpa de ella. En verano solía ir en *shorts* por la casa, y cuando iban a la playa se ponía un bikini, exactamente igual que las demás mujeres de su edad de la congregación. Pero lo que les parecía bien para sus mujeres no les parecía bien para la *rebbitzin*. Y Manny se negaba a pedirle a su mujer que cambiara. Finalmente consiguió un empleo en una congregación de Florida, donde todo el mundo debe de vestir así. Y todavía siguen allí.

—Tuvo suerte —observó ella—. ¿Acaso tienes la esperanza de dar con una congregación cuyos dirigentes vistan desastradamente, sean despistados y no acudan a las citas?

—Oh, no lo creo. Pero cuando nos cansemos de ir de un lado a otro siempre puedo conseguir empleo en la enseñanza. A nadie le preocupa cómo visten los profesores.

—¿Por qué no lo hacemos ahora mismo, en lugar de esperar a que nos despidan de media docena de congregaciones? Me gustaría ser la esposa de un profesor. Podrías dar clases de semítica en alguna universidad, quizá incluso en el seminario. Piénsalo, David. Y yo no tendría que preocuparme de si a la presidenta de la Hermandad le parece bien cómo llevo la casa o si la presidenta de la *Hadassah* local cree que tengo buen gusto para vestir.

El rabino sonrió.

—Solamente la esposa del decano. Y yo no tendría que asistir a los desayunos de comunidad.

—Y yo no tendría que sonreír cada vez que un miembro de la congregación vuelve la vista hacia mí.

—¿Eso haces?

—Pues claro. Hasta que me duelen los músculos de la cara. ¡Oh,

David! ¡Hagámoslo!

Él la miró con sorpresa.

—No hablas en serio. —Su rostro adoptó una expresión sobria—. No creas que no lamento mi fracaso aquí. Me molesta, no por el hecho de fracasar en algo que me había propuesto, sino sobre todo porque sé que la congregación me necesita. Ellos aún no lo saben, pero yo sí lo sé. Sin mí, o sin una persona como yo, ¿sabes qué les ocurre a estas congregaciones? En tanto que instituciones religiosas, es decir, instituciones religiosas judías, se les seca la savia. No quiero decir que no sean activas. De hecho, se convierten en verdaderas colmenas de actividad, con docenas de clubs y grupos y comités de toda clase. Grupos sociales, de arte, grupos de estudio, grupos filantrópicos y centro atléticos, todos ellos ostensiblemente judíos. El grupo de danza organiza un baile representativo llamado «El espíritu de los pioneros israelitas», y la coral añade «Navidades blancas» a su repertorio para poder cantarla en las iglesias cristianas durante la Semana de la Hermandad, dando así pie al tenor de la iglesia para que responda con su versión de «Eli, Eli». El rabino dirige los servicios de las fiestas con gran decoro, y exceptuando alguna lectura ocasional por parte de los fieles, el cantor y él realizan todo el servicio entre ellos dos. Nunca podrías suponer que este es el hogar espiritual de un pueblo que durante tres mil años o más se consideró a sí mismo como una nación de sacerdotes consagrados al servicio de Dios, porque toda la energía de la congregación y del rabino va destinada a demostrar que esta iglesia judía no es distinta a cualquier otra iglesia de la comunidad.

Sonó el timbre de la puerta. Miriam abrió y se encontró con un hombre fornido, de agradable rostro irlandés y cabellos blancos como la nieve.

—¿El rabino David Small?

—¿Sí? —El rabino lo miró inquisitivamente, y luego leyó la tarjeta que indicaba que se trataba de Hugh Lanigan, jefe de policía de

Barnard's

Crossing.

—¿Puedo hablar con usted en privado? —preguntó.

—Desde luego. —El rabino le condujo a su estudio. Cerró la puerta, tras pedirle a su esposa que cuidara de que nadie les

interrumpiera.

Señalando un asiento a su visitante, el rabino se sentó y quedó a la expectativa.

—Su coche quedó aparcado delante del templo toda la noche, rabino.

—¿No está permitido?

—Por supuesto. El aparcamiento es propiedad particular, y supongo que si hay alguien que tenga derecho, ése es usted. En realidad, no nos importa demasiado que un coche permanezca aparcado en la calle toda la noche, a menos que sea en invierno y haya nevado y pueda estorbar a las máquinas quitanieves.

—¿Entonces?

—Sencillamente, nos preguntábamos por qué lo dejó ahí en vez de guardarlo en su propio garaje.

—¿Acaso pensaba que alguien podría robarlo? La cosa es muy sencilla. Lo dejé en el templo porque no tenía las llaves y no podía ponerlo en marcha. —Sonrió, un tanto azorado—. Me parece que la explicación no ha quedado muy clara. Verá, anoche fui al templo y pasé un buen rato en mi estudio. Habían llegado unos libros que esperaba con impaciencia. Luego, cuando salí, cerré la puerta del estudio con todas las llaves dentro. ¿Comprende?

Lanigan asintió.

—Una cerradura automática.

—Todas las llaves, incluso la del propio estudio, quedaron en mi llavero encima de la mesa. No podía abrir la puerta del estudio para recuperarlas, conque tuve que volver a pie hasta mi casa. ¿Queda explicado el misterio?

Lanigan volvió a asentir reflexivamente.

—Tengo entendido que se reúnen ustedes para orar todas las mañanas. Hoy no se le ha visto a usted, rabino.

—Cierto. Hay algunos miembros de mi congregación a los que les parece mal que el rabino se salte un servicio, pero jamás había supuesto que pudieran denunciarme a la policía.

Lanigan emitió una risa seca.

—Oh, no se ha quejado nadie. Al menos, no a mí, en mi calidad de jefe de policía...

—Vamos, señor Lanigan. Es evidente que ha ocurrido algo, un asunto de interés policial con el que mi automóvil tiene algo que

ver... No, yo mismo he de tener algo que ver, pues de lo contrario no le interesaría saber por qué no he asistido a las plegarias de la mañana. Si me cuenta de qué se trata, quizá pueda decirle lo que quiere saber, o al menos ayudarle un poco más inteligentemente.

—Tiene toda la razón, rabino. Por supuesto, usted entiende que debemos seguir las normas. Mi sentido común me dice que usted, como miembro del clero, no puede estar implicado en modo alguno, pero en mi calidad de policía...

—En su calidad de policía no debe utilizar el sentido común. ¿Era esto lo que iba a decir?

—¡No se aleja mucho de la verdad! Pero hay buenas razones para ello. Estamos obligados a investigar a todos los que pudieron haber tenido algo que ver con el asunto, y, aunque sé que un rabino no es más capaz de cometer un delito como el que estamos investigando de lo que lo sería un sacerdote, nuestro deber es tener a todos en cuenta.

—No me atrevería a sugerir lo que un sacerdote es capaz de hacer o no, jefe, pero todo lo que cualquier hombre puede hacer, también puede hacerlo un rabino. No somos distintos a los hombres corrientes. De hecho, ni siquiera somos miembros del clero, como usted dice. No tengo deberes ni privilegios que no tenga cualquier otro miembro de mi congregación. Únicamente se me supone un mayor conocimiento de la Ley por la que debemos regir nuestras vidas.

—Me alegra que se lo tome así, rabino. Seré franco con usted. Esta mañana se ha encontrado el cuerpo de una joven de diecinueve o veinte años en los terrenos del templo, justo detrás del muro que separa el aparcamiento del jardín. Es evidente que murió durante la noche. En cuanto el laboratorio termine sus análisis, sabremos aproximadamente a qué hora.

—¿Muerta? ¿Por accidente?

—No, rabino; no por accidente. La estrangularon con una gargantilla de plata que llevaba puesta, una de esas cadenas gruesas con un medallón. No pudo ser accidental.

—¡Pero esto es terrible! ¿Era... Era un miembro de mi congregación? ¿Alguien a quien conocía?

—¿Conocía usted a Elspeth Bleech? —preguntó el jefe.

El rabino sacudió la cabeza.

—Elsbeth... Es un nombre poco corriente.

—Se trata de una variante de Elizabeth, por supuesto. Es un nombre inglés. La chica procedía de Nueva Escocia.

—¿De Nueva Escocia? ¿Era una turista?

Lanigan sonrió.

—No era una turista, rabino, sino una criada. Vea usted: durante la revolución, algunos de los más ricos e importantes ciudadanos de las colonias, y sobre todo de aquí, Massachusetts, huyeron al Canadá. Casi todos a Nueva Escocia. Los llamaban legitimistas. Ahora, sus descendientes regresan para ocuparse del servicio doméstico. No tuvieron mucha vista sus antepasados. Esta chica trabajaba para los Serafino. ¿Conoce a los Serafino, rabino?

—Parece un apellido italiano. —Sonrió—. Si hay italianos en mi congregación, nunca me he dado cuenta.

Lanigan le devolvió la sonrisa.

—Son italianos, desde luego. Pero estoy seguro de que no van a su iglesia, porque sé que asisten a la mía, la Estrella del Mar.

—¿Es usted católico? Me sorprende. No creía que Barnard's

Crossing fuera el tipo de población en que un católico puede llegar a jefe de policía.

—Ha habido familias católicas aquí desde los tiempos de la revolución. La mía es una de ellas. Si conociera la historia de la ciudad, sabría que ésta es una de las contadas comunidades de la puritana Massachusetts en que los católicos han podido vivir siempre en paz. La población fue fundada por un grupo al que no le preocupaba mucho el puritanismo.

—Esto es muy interesante. Habré de investigarlo algún día. Vaciló, y luego prosiguió—: La chica..., ¿fue atacada o molestada antes de morir?

Lanigan extendió las manos en un gesto de ignorancia.

—No lo parece, pero el examen médico podría descubrir algo. No había señales de lucha, ni arañazos o ropa desgarrada. Por otra parte, la chica no llevaba vestido. Solamente unas braguitas, con un abrigo ligero y uno de esos impermeables transparentes por encima. La pobre no tuvo la menor oportunidad. La gargantilla era de ésas que se ajustan estrechamente al cuello. El asesino sólo tuvo que asirla por detrás y retorcer.

—Terrible —murmuró el rabino—, terrible. ¿Y cree usted que lo hicieron en los terrenos del templo?

Lanigan frunció los labios.

—No sabemos con certeza dónde ocurrió. Tal y como están las cosas, el crimen pudo producirse en cualquier otro lugar.

—Entonces, ¿por qué la llevaron allí? —inquirió el rabino, avergonzándose al ver que su mente automáticamente comenzaba a pensar en planes para desacreditar a la comunidad judía con fantásticas acusaciones de asesinato ritual.

—Porque, pensándolo bien, no es un mal sitio para dejarla. A primera vista, parece que haya de haber un montón de sitios a propósito para abandonar un cadáver, pero en realidad no hay tantos. Los lugares más probables están expuestos a la vista de alguien. Los lugares donde no hay casas tienden a convertirse en refugio de parejas. No, yo diría que las proximidades del templo son uno de los mejores sitios. Está oscuro, no hay casas cercanas y no es probable que haya nadie por ahí. —Hizo una pausa antes de continuar—. Ya que hablamos de ello, ¿entre qué horas estuvo usted allí anoche?

—¿Quiere saber si vi u oí algo?

—Este... Sí.

El rabino sonrió.

—Y también le gustaría saber en qué estaba ocupado durante el momento crítico. Muy bien. Salí de casa hacia las siete y media o las ocho. No estoy seguro de la hora porque no suelo consultar mi reloj. Además, casi nunca lo llevo. Estaba tomando té con mi esposa y con el señor Wasserman, el presidente de nuestra congregación, cuando Stanley, nuestro conserje, vino a decirme que acababa de llegar una caja de libros que yo estaba esperando y que los había dejado en mi estudio. Me disculpé y me fui al templo en mi coche. Salí unos minutos después de que se fuera Stanley, de modo que entre mi esposa, el señor Wasserman y Stanley podrá averiguar la hora con bastante exactitud. Aparqué el coche, entré al templo y subí directamente a mi estudio, en el segundo piso. Me quedé hasta pasadas las doce. Estoy seguro de ello porque vi que eran las doce en el reloj de mi escritorio y decidí volver a casa. Sin embargo, como estaba en mitad de un capítulo, no me fui inmediatamente. —De repente tuvo una idea—. Esto le ayudará a fijar la hora con

mayor precisión: justo antes de llegar a casa, hubo un chaparrón repentino y tuve que echarme a correr. Supongo que alguien llevará un control exacto del tiempo, tal vez la oficina meteorológica.

—Eso fue a las 12.45. Fue lo primero que comprobamos, porque la chica llevaba un impermeable.

—Ya veo. Bueno, normalmente tardo unos veinte minutos en ir del templo a mi casa andando. Lo sé porque lo hago todos los viernes por la noche y los sábados. Pero creo que anoche anduve algo más despacio. Iba pensando en los libros que acababa de leer.

—Pero también corrió para llegar a su casa.

—Oh, eso fue solamente en los últimos cien metros o así. Digamos que tardé unos veinticinco minutos. Eso significa que salí del templo a las doce y veinte.

—¿Encontró a alguien por el camino?

—No, solamente al agente de policía. Supongo que me conocería, porque me dijo buenas noches.

—Debió de ser el agente Norman. —Sonrió—. No necesitaría conocerle para desearle las buenas noches. A la una llama desde el teléfono de la calle Vine, justo detrás del templo. Le preguntaré la hora exacta cuando lo vea.

—¿Quiere decir que anota este tipo de cosas?

—No lo creo, pero sin duda lo recordará. Es un buen agente. Ahora, dígame: cuando entró en el templo encendería la luz, supongo.

—No, todavía no era oscuro.

—Pero encendió la luz de su estudio, naturalmente.

—Naturalmente.

—Y cualquiera que pasara pudo verla.

El rabino reflexionó. Luego sacudió la cabeza.

—No. Encendí solamente la luz del escritorio, no la del techo. Abrí la ventana, pero también bajé la persiana.

—¿Por qué?

—Francamente, para no ser interrumpido. Pensé que podía pasar algún miembro de la congregación y, si veía la luz encendida, quizá entrara a charlar un rato.

—De modo que, desde el exterior, nadie podía saber que había alguien en el templo. ¿No es eso, rabino?

El rabino lo pensó unos instantes y asintió.

El jefe de policía sonrió.

—¿Acaso esto significa algo para usted?

—Bien, podría ayudarme a concretar el elemento tiempo. Supongamos que se viera la luz desde el exterior. Eso, además de su coche en el aparcamiento, indicaría que en el edificio había alguien que podía salir en cualquier momento. En tal caso, sería razonable concluir que el cuerpo fue depositado detrás de la pared después de que usted se fuera. Pero, si no se veía ninguna luz, podría suponerse que el coche estaba ahí para toda la noche, tal vez porque no había logrado ponerlo en marcha. En tales circunstancias, el cuerpo pudo ser abandonado mientras usted todavía permanecía en su estudio. Según las primeras impresiones del médico, a la chica la mataron alrededor de la una. A falta de un examen más detenido, esto es sólo una suposición. Si su luz hubiera sido visible, tendería a confirmar esta suposición, pero puesto que no lo era, la chica pudo ser arrojada detrás del muro mientras usted estaba en el edificio, lo cual significa que pudo suceder en cualquier momento a partir del anochecer.

—Ya veo.

—Ahora piénselo bien, rabino. ¿No vio ni oyó nada desacostumbrado? ¿Un grito? ¿El ruido de un coche en el aparcamiento?

El rabino negó con la cabeza.

—Y tampoco vio usted a nadie mientras estaba en el templo o en el camino de vuelta.

—Solamente al agente de policía.

—Dice usted que no conocía a Elspeth Bleech. ¿Podría ser que la conociera sólo de vista, pero no de nombre? Después de todo, vivía con los Serafino, a escasa distancia del templo.

—Es posible.

—Una chica de diecinueve o veinte años, rubia, un metro sesenta de estatura, un poco rolliza pero no sin atractivo. Quizá pueda mostrarle una fotografía más adelante.

El rabino meneó otra vez la cabeza.

—Su descripción no me dice nada. Concuerda con muchas chicas que he visto, pero no la asocio con ninguna en particular.

—Bien, veámoslo de otra forma: ¿Ha llevado usted a alguien en su coche, en estos últimos días, que corresponda con la descripción?

El rabino sonrió y negó con la cabeza.

—Un rabino, al igual que un sacerdote o un ministro protestante, debe mostrarse discreto en estas cosas. No es probable que ninguno de los tres se ofreciera a llevar en su automóvil a una joven desconocida. La congregación podría interpretarlo erróneamente. No, no he llevado a nadie en mi coche.

—¿Tal vez su esposa?

—Mi esposa no conduce.

Lanigan se incorporó y le tendió la mano.

—Ha sido usted muy comprensivo, rabino, y se lo agradezco.

—No vale la pena.

Ya en la puerta, Lanigan se detuvo.

—Espero que pueda arreglárselas sin el coche por algún tiempo.

Mis muchachos están revisándolo a fondo.

El rabino manifestó su desconcierto.

—Compréndalo: encontramos el bolso de la chica en su interior.

# 9

HUGH

LANIGAN

conocía a Stanley, al igual que conocía a todos los residentes de Old Town. Lo encontró trabajando en la sacristía, preparando una larga mesa donde, más tarde, la Hermandad serviría los pastelillos y el té que constituían la colación habitual tras el servicio vespertino de los viernes.

—Venía a hablarte de este asunto, Stanley.

—Claro, Hugh, pero ya le he contado a Eban Jennings todo lo que sé.

—Bueno, si tú quieres podrías contármelo a mí otra vez. Anoche fuiste a casa del rabino a decirle que habían llegado unos libros. ¿A qué hora, aproximadamente, llegaron los libros?

—Los trajo el recadero de Robinson's

Express hacia las seis. Quizá fuera un poco más tarde. Era su última entrega.

—¿Y cuándo fuiste a casa del rabino?

—A las siete y media o así. Llegó la caja para el rabino, una caja grande de madera, pero al principio no pensé que fueran los libros. Quiero decir, el rabino me avisó de que estaba esperando unos libros, pero no imaginaba que fueran a llegar en un embalaje de madera. Pero entonces me di cuenta de que la caja venía de Dropsie College, y el rabino me dijo que los libros los mandaban de Dropsie College. Es un nombre curioso, y lo recordaba bien porque mi tía

Mattie, ya sabes quién digo, era eso lo que tenía; hidropesía, quiero decir.<sup>[1]</sup>

—Olvida eso y hálame de la caja, por favor.

—Oh, sí. Bueno, pues vi el nombre y me acordé de lo que me había dicho el rabino sobre los libros, conque supuse que debía de ser esa caja. No te lo creerás, Hugh, pero el rabino es un tipo espléndido y todo eso, pero ni siquiera sabe con qué extremo del martillo se ha de golpear. Así que pensé, no importa lo que haya en la caja porque voy a tener que abrirla yo de todos modos. ¿Verdad? O sea que decidí hacerlo en seguida. Subí la caja a su estudio, y no veas cómo pesaba la hija de perra, Hugh, y se la dejé allí bien abierta. Luego terminé los demás trabajos y, como sabía que estaba impaciente y de todas formas me pillaba de camino, pasé por su casa a avisarle.

—¿Dónde vives ahora, Stanley?

—Tengo una habitación en casa de Mama Schofield.

—¿No vivías en el templo?

—Antes sí. En el antiguo edificio tenía una habitación estupenda en el ático. Me gustaba eso de vivir en el mismo sitio del trabajo, ¿sabes? Pero la cosa se, acabó. Me dieron unos cuantos dólares más cada mes para pagar el alquiler, y desde entonces vivo con Mama Schofield.

—¿Por qué se acabó? —quiso saber Lanigan.

—Te diré la verdad, Hugh. Se enteraron de que de vez en cuando venía gente a verme. Nada de fiestas, ya me entiendes, Hugh. Yo no haría una cosa así, y menos cuando el templo era utilizado. Solamente un par de amigos para charlar un rato y tomar unas cervezas. Pero supongo que se les ocurrió que quizá me diera por traer alguna chica, quizá en alguno de sus días de fiesta. —Emitió una fuerte risotada y se palmeó el muslo—. Supongo que tenían miedo de que pudiera estar pasándomelo bien con una chica mientras ellos rezaban abajo, y que eso fuera a cortocircuitar sus oraciones, ¿no crees?

—Continúa.

—Nada, que me pidieron que me buscara otro alojamiento. Y eso hice. Sin enfados.

—¿Y aquí, en el nuevo edificio? ¿No te quedas nunca a dormir?

—A veces, en invierno, si cae una buena nevada y he de limpiar

las aceras por la mañana temprano. Tengo un catre en el cuarto de la caldera.

—Vamos a echarle un vistazo.

—Claro, Hugh. —Stanley marchó en cabeza mientras descendían un breve tramo de escaleras metálicas y luego se echó a un lado para que Lanigan abriera la puerta contra incendios chapada de acero. El cuarto de la caldera estaba inmaculado, excepto por el rincón en el que Stanley había instalado su catre. Lanigan observó que las mantas estaban revueltas.

—¿Está así desde la última nevada? —preguntó.

—Suelo echar una siesta casi todas las tardes —respondió Stanley con naturalidad. Miró a Lanigan mientras éste inspeccionaba las colillas del cenicero.

—Ya te he dicho que aquí nunca baja nadie.

Lanigan tomó asiento en la silla de mimbre y paseó la mirada por la galería de arte Stanley. Stanley sonrió vergonzosamente.

El jefe de policía le indicó con un gesto que se sentara, y él se acomodó obedientemente en el borde del catre.

—Bueno, vamos al grano. Alrededor de las siete y media pasaste por casa del rabino para decirle lo de la caja. ¿Por qué no esperaste a la mañana siguiente? ¿Acaso pensabas que el rabino saldría de casa por la noche?

Stanley se sorprendió de la pregunta.

—¡Pues claro! El rabino se queda muchas noches en su estudio, leyendo y estudiando.

—¿Qué hiciste luego?

—Me fui a casa.

—¿Te detuviste en algún lugar por el camino?

—Sí, claro, me paré en el

Ship's

Cabin para cenar algo y tomarme un par de cervezas. Luego seguí hasta mi cuarto.

—¿Y te quedaste allí?

—Sí, me quedé un buen rato.

—¿Luego te metiste en la cama?

—Bueno, salí a tomarme una cerveza antes de acostarme. Volví

al

Ship's

Cabin.

—¿Y a qué hora lo dejaste, esta vez?

—Sería hacia medianoche, más o menos. Quizá un poco más tarde.

—Y fuiste directamente a casa de Mama Schofield, ¿no es así?

Vaciló un instante. Luego respondió:

—Uh-huh.

—¿Alguien te vio llegar?

—No. Tengo mi propia llave.

—Muy bien. ¿A qué hora has empezado a trabajar esta mañana?

—Como siempre. Un poco antes de las siete.

—¿Qué has hecho?

—A las siete y media celebran un servicio en la capilla. Yo enciendo antes las luces y abro un par de ventanas para airear el sitio. Luego me dedico a mi trabajo habitual, que en esta época del año consiste mayormente en cuidar del jardín. He estado casi todo el tiempo rastrillando los recortes de césped. Empecé ayer por el lado que da a la calle Maple. Hoy he seguido desde donde lo dejé, comenzando por la parte de atrás del edificio y avanzando poco a poco hacia el otro lado. Entonces he visto a la chica. Estaban saliendo de la capilla y metiéndose en sus coches cuando la he visto tirada junto al muro. Me he acercado y he visto que estaba muerta. He mirado hacia el aparcamiento, y el señor Musinsky —es un habitual, quiero decir que viene cada mañana— todavía no se había metido en su coche. Le he hecho señas. Cuando ha visto a la chica, ha vuelto al templo y os ha llamado a vosotros.

—Al llegar esta mañana, ¿has visto el coche del rabino?

—Sí, claro.

—¿Sorprendido?

—No especialmente. He supuesto que habría llegado temprano para la oración matutina. Al no verlo en la capilla, he pensado que estaría en el estudio.

—¿No has subido a comprobarlo?

—No. ¿Por qué habría de hacer tal cosa?

—Muy bien. —Lanigan se puso en pie, y Stanley hizo lo mismo. El jefe de policía salió al pasillo, con Stanley detrás de él. Volvió la cabeza y, sin darle importancia, observó:

—Conocías a la chica, claro.

—No —contestó Stanley de inmediato.

Lanigan se volvió para darle la cara.

—¿Quieres decir que no la habías visto nunca?

—¿Te refieres a la chica que...?

—¿De qué otra chica estamos hablando? —preguntó fríamente Lanigan.

—Bueno, con este trabajo en el templo es natural que vea a mucha gente. Sí, la había visto antes. Quiero decir que la había visto paseando con esos dos niños inmigrados que tenía a su cargo.

—¿La conocías?

—Acabo de decirte que la tenía vista. —Stanley parecía exasperado.

—¿Te insinuaste alguna vez con ella?

—¿Por qué habría yo de hacer tal cosa? —preguntó Stanley.

—Porque todo lo que lleva faldas te vuelve loco.

—Bueno, pues no lo hice.

—¿Hablaste alguna vez con ella?

Stanley sacó un pañuelo mugriento del bolsillo de su mono de trabajo y comenzó a enjugarse la frente.

—¿Qué te pasa? ¿Tienes calor?

Stanley estalló.

—¡Maldita sea, Hugh! ¡Estás tratando de complicarme en esta historia! Claro que había hablado con ella. Si estoy en el jardín y viene una chica joven con un par de niños, y uno de ellos empieza a manosear los arbustos, claro que voy a hablarle.

—Claro.

—Pero nunca salí con ella ni nada por el estilo.

—¿No le enseñaste nunca la madriguera que te has montado en el sótano?

—Nada más que «hola» o «hace una mañana muy agradable, ¿verdad?» —respondió Stanley tercamente—. Y la mitad de las veces ni siquiera me contestaba.

—Lo comprendo. Muy bien, ¿cómo sabías que los chicos eran italianos?

—Porque los he visto con su padre, Serafino, y a él lo conozco porque una vez hice unos trabajos en su casa.

—¿Cuándo fue eso?

—¿Cuándo le vi, quieres decir? Pues hará dos o tres días. Pasaba

en su descapotable y al ver a la chica y los niños les preguntó si querían que su papaíto les comprara unos helados. Y se metieron todos en el asiento delantero, la chica y luego los niños peleándose por ver quién se sentaba junto a la ventanilla, y la chica meneándose para hacer sitio y el viejo tocándole el culo. Un asco.

—¿Un asco porque no eras tú quien se lo tocaba?

—Bien, por lo menos yo estoy libre y no tengo una esposa y un par de niños.

## 10

PARA LOS  
SERAFINO

fue una mañana de locura. Aunque la señora Serafino se acostaba temprano los jueves por la noche, los viernes no solía levantarse mucho antes de las diez. Pero esta mañana la habían despertado los niños, que, tras llamar en vano a la puerta de Elspeth, irrumpieron en su dormitorio pidiéndole que los vistiera.

Furiosa con la criada por estar durmiendo a esas horas, se enfundó en una bata y bajó a despertarla. Golpeó en su puerta y la llamó por su nombre. Al no obtener respuesta, se le ocurrió que tal vez Elspeth no estuviera en su cuarto, y eso sólo podía significar que había pasado toda la noche fuera. Para una criada, tal cosa constituía un pecado capital, sancionable con el despido inmediato. Iba a salir fuera, para atisbar por la ventana y confirmar así sus sospechas, cuando sonó el timbre de la puerta.

Estaba tan segura de que sería Elspeth, probablemente con alguna historia inverosímil acerca de haber perdido las llaves, que se abalanzó corriendo hacia la puerta y la abrió de par en par. Era un policía de uniforme. Se le había abierto la bata, y por unos instantes se quedó paralizada, contemplándolo con una mirada estúpida. El rubor que apareció en las mejillas del agente le hizo comprender de pronto que estaba exhibiéndose, y cerró la bata a toda prisa.

Luego siguió una mañana de pesadilla. Llegaron más policías, con y sin uniforme. El teléfono sonó incesantemente, siempre por

cuestiones policiales. Le pidieron que despertara a su marido para que acompañara a uno de los agentes para identificar formalmente el cadáver.

—¿No podría identificarlo yo misma? —preguntó—. Mi marido necesita dormir.

—Ha de ser un hombre excepcional, si puede dormir con todo esto —observó el policía. Luego, no sin amabilidad, añadió—: Créame, señora, vale más que lo haga él. No es una visión muy agradable.

De un modo u otro, los niños fueron alimentados y vestidos, e incluso logró prepararse algo de desayuno para ella. Y mientras lo tomaba no cesaron las preguntas: un interrogatorio formal, con un policía sentado al otro lado de la mesa y otro policía tomando notas; preguntas mientras medían y fotografiaban el cuarto de la chica; preguntas a bocajarro, como para cogerla desprevenida.

Al cabo de un rato se retiraron. Los niños estaban en el patio trasero, y ella había decidido echarse unos minutos a descansar cuando volvió a sonar el timbre. Era Joe.

Estudió su rostro nerviosamente.

—¿Era ella?

—Pues claro que era ella. ¿Quién iba a ser si no? ¿Piensas que los policías no sabían ya quién era antes de venir aquí?

—Entonces, ¿por qué te han hecho ir a ti?

—Porque lo dice la ley, por eso me han hecho ir. Es como una rutina que hay que cumplir.

—¿Te han hecho preguntas, Joe?

—La policía siempre hace preguntas.

—¿Qué preguntas? ¿Qué querían saber?

—¿Tenía algún enemigo la chica? ¿Cómo se llama su novio? ¿Qué amigos tenía? ¿Estaba preocupada últimamente? ¿Cuándo la vio por última vez?

—¿Y tú qué les has dicho?

—¿Qué crees que les he dicho? Les he dicho que no sabía de ningún novio; que esa chica Celia, que trabaja para los Hoskins, es su única amiga que yo sepa; que a mí no me parecía preocupada.

—¿Les has dicho cuándo la viste por última vez?

—Desde luego. Fue ayer, sobre la una o las dos. ¡Dios mío! ¿A qué viene tanta pregunta? Me interroga la policía y luego me

interrogas tú cuando llego a casa. Y en toda la mañana aún no he podido tomar ni una taza de café.

—Yo te prepararé el café, Joe. ¿Quieres también unas tostadas? ¿Huevos? ¿Cereales?

—No, solamente café. Estoy agotado. Tengo un nudo en el estómago.

La mujer empezó a calentar el café. Sin volverse, prosiguió:

—¿Cuándo la viste por última vez, Joe? ¿A la una o a las dos?

Él alzó la vista hacia el techo.

—Veamos. Bajé a desayunar..., hacia las doce, ¿no? Entonces la vi. Me parece que la vi, vaya —añadió con inseguridad—. De todos modos, la oí mientras daba el almuerzo a los niños y los metía en la cama para la siesta. Luego subí a vestirme y cuando volví a bajar ya se había ido.

—¿No volviste a verla luego?

—¿Qué quieres decir? ¿Qué estás insinuando?

—Bueno, querías llevarla en coche a Lynn, ¿te acuerdas?

—¿Y bien?

—Pensaba que quizá la encontraste antes de que subiera al autobús. O quizá la viste por casualidad en Lynn.

Un tinte rojizo cubrió su atezado rostro. Se incorporó lentamente en su silla ante la mesa.

—Muy bien, sigue. Oigámoslo. ¿Qué insinúas?

La mujer empezaba a sentirse un poco asustada, pero había llegado demasiado lejos para detenerse.

—¿Crees que no he visto cómo la mirabas? ¿Cómo sé yo que no os citabais en su día libre? ¿O quizá incluso aquí mismo, cuando no estaba yo?

—¡Conque ésas tenemos! Miro a una chica y eso significa que me la estoy llevando a la cama. Y cuando me canso de ella, la mato. ¿Es ahí a dónde quieres llegar? Y supongo que, como buena ciudadana, irás a contárselo a la policía.

—Tú sabes que yo nunca haría eso, Joe. Solamente pensaba que tal vez alguien os vio juntos, y en tal caso yo podría decir que la mandé a Lynn con un encargo, para cubrirte.

—Tendría que romperte esto en la cabeza —respondió él, haciendo el azucarero.

—¿Ah, sí? ¡No te hagas el inocente conmigo, Joe Serafino! —

gritó su mujer—. No me digas que no eres capaz de insinuarle a una chica que está viviendo en esta misma casa. Te he visto cuando la llevabas con los niños en el coche, y cómo te arrimabas para ayudarla a bajar. ¿Cómo es que a mí no me ayudas nunca a bajar del coche? Lo vi desde aquí mismo, por la ventana de la cocina. ¿Y qué me dices de la otra chica, Gladys? No me digas que no había nada entre tú y ella, cuando andaba prácticamente desnuda por su cuarto mientras tú estabas aquí en la cocina, con la puerta entreabierta. Y cuántas veces...

Sonó el timbre de la puerta. Era Hugh Lanigan.

—¿Señora Serafino? Me gustaría hacerle unas preguntas.

## 11

ALICE

HOSKINS

, graduada en Bryn Mawr en 1957, madre de dos hijos y con un tercero evidentemente en camino, hizo pasar al jefe de policía a la sala. El piso estaba cubierto con una alfombra de pared a pared de un blanco lechoso. El mobiliario era danés de estilo moderno, piezas de extraña forma hechas a base de madera de teca sumamente pulimentada y lona negra que parecían curvarse o inclinarse de forma incorrecta pero que resultaban asombrosamente cómodas para sentarse. Había una mesa de café, una plancha de castaño oscuro sostenida por cuatro patas de vidrio. De una pared colgaba una gran pintura abstracta, que sugería vagamente una cabeza femenina; de otra, una grotesca máscara de ébano, de rasgos crudamente grabados y realzados con pintura blanca. Había ceniceros repartidos por todas partes, bloques de cristal con agudas aristas, la mayoría llenos de colillas hasta rebosar. Era el tipo de habitación que solamente puede resultar atractiva si se mantiene escrupulosamente arreglada, con cada cosa en el lugar adecuado, pero aquella era un desastre. El suelo estaba lleno de juguetes; abandonado con descuido sobre una silla de hierro forjado y cuero blanco había un jersey rojo de niño; en la repisa de la chimenea se veía un vaso en el que aún quedaba algo de leche; en el sofá había un periódico arrugado.

La señora Hoskins, ojerosa y delgada —salvo por su abultado vientre— se aproximó dificultosamente al sofá, arrojó el periódico

al suelo y tomó asiento. Invitó a Lanigan a sentarse a su lado dando unas palmaditas en el sofá, le ofreció un cigarrillo del recipiente de cristal que había sobre la mesa de café y tomó otro para ella. Había un encendedor de sobremesa a juego, pero cuando Lanigan extendió su mano hacia él, le advirtió:

—No funciona. —Y le ofreció una cerilla encendida—. Celia ha salido con los niños, pero ha de volver en seguida —añadió.

—Está bien —respondió. Luego, yendo directamente al grano, preguntó—: ¿Era muy amiga de Elspeth?

—Celia es amiga de todo el mundo, señor Lanigan. Es una de esas chicas sencillas que se complacen en ser amistosas. Ya sabe, una chica sencilla ha de tener algo más. Algunas eligen la inteligencia, otras eligen una causa y otras prefieren ser amistosas y buenas compañeras. Así es Celia. Es alegre, una buena compañera, y se toma un interés bárbaro por los niños. Y ellos están locos por ella. Yo me limito a parirlos; a partir de ahí, ella se encarga de todo.

—¿Lleva mucho tiempo con usted?

—Desde antes de que naciera el primero. Vino con nosotros cuando estaba en el último mes del embarazo.

—Entonces ha de ser mayor que Elspeth, ¿no?

—Sí, desde luego. Celia tiene veintiocho o veintinueve años.

—¿Le habló alguna vez de Elspeth?

—Oh, sí. Hablamos sobre toda clase de temas. Somos la mar de amigas, ¿sabe? Quiero decir que Celia tiene mucho sentido común, a pesar de que no ha estudiado demasiado. Me parece que dejó la escuela en el segundo año de secundaria, pero sabe cómo es el mundo y conoce a la gente. Sentía un poco de lástima por Elspeth. Celia siempre siente lástima por la gente. En este caso, supongo, con cierta justificación, ya que Elspeth era una forastera y todo eso. Y muy tímida, además. No le gustaba ir a los sitios y hacer cosas. Celia suele ir a la bolera y a los bailes, y a fiestas playeras en verano y a patinar en invierno, pero nunca consiguió que Elspeth la acompañase. De vez en cuando iban las dos al cine, y, por supuesto, pasaban casi todas las tardes juntas cuando salían con los niños, pero Celia jamás logró que la acompañara al baile o a la bolera..., ya sabe, sitios donde una chica puede conocer hombres.

—Imagino que hablarían acerca de las causas de esta actitud.

—Naturalmente. Celia creía que, en parte, se debía a una

timidez natural y a que quizá no tuviera ropa apropiada para ir a bailar. Además, tengo la impresión de que los amigos de Celia eran demasiado viejos para Elspeth.

Lanigan buscó en sus bolsillos y extrajo una instantánea de la chica con los dos niños de los Serafino.

—La señora Serafino me ha dado esta foto de la chica. Es la única que tenía. ¿Le parece una buena fotografía?

—Sí, se la reconoce bien.

—Quiero decir, ¿le parece una expresión característica, señora Hoskins? Pensamos dársela a la prensa y...

—¿Con los niños y todo?

—¡Oh, no! Los eliminaríamos de la foto.

—Supongo que hay que satisfacer la curiosidad del público, pero no sabía que la policía diera tantas facilidades —observó ella con frialdad.

Lanigan se rió.

—La cosa es al revés, señora Hoskins. Esperamos que la prensa tenga la amabilidad de cooperar con nosotros y publique esta foto. Quizá así podamos averiguar qué estuvo haciendo ayer.

—Oh, lo siento.

—¿Diría usted que esta expresión es característica? —insistió.

La mujer estudió de nuevo la instantánea.

—Sí, es muy propia de ella. Era una chica bastante atractiva. Un poco rolliza, pero no gorda. Lo que diríamos bien alimentada. Tal vez robusta sea una buena descripción. Claro que yo siempre la veía acompañando a los niños, sin maquillar y con el cabello recogido, pero ¿qué mujer parece hermosa cuando está haciendo las faenas de la casa o cuidando a los chiquillos? La vi arreglada una vez, con tacones altos, vestido de fiesta y peinado en rizos, y estaba encantadora. Eso fue a los pocos días de que empezara a trabajar con los Serafino. Oh, ya me acuerdo: fue en febrero, el día del cumpleaños de Washington. Habíamos comprado un par de entradas para el baile anual de la policía y los bomberos. Se las dimos a Celia, por supuesto...

—Por supuesto —murmuró Lanigan.

—Bien... —Vaciló, sonrojándose—. Oh, lo siento —exclamó.

—No se disculpe, señora Hoskins. Todo el mundo las regala, normalmente a la criada.

—Bien —prosiguió—, lo que quería decir es que me pareció muy propio de Celia que invitara a Elspeth en lugar de a uno de sus amigos. Elspeth vino aquí porque mi marido se había ofrecido a acompañarlas en coche a las dos.

Se oyó el ruido de la puerta.

—Ah, ya llega Celia con los niños —anunció la señora Hoskins.

Más que abrirse, la puerta estalló hacia el interior y un instante después Hugh Lanigan se halló en el vórtice de dos criaturas, la señora Hoskins y la alta y sencilla Celia. Las dos mujeres intentaban despojar a los niños de sus jerséis y gorras.

—Ya les daré yo el almuerzo, Celia —anunció la señora Hoskins —, mientras tú hablas con este caballero. Ha venido por lo de la pobre Elspeth.

—Soy Hugh Lanigan, el jefe del departamento de policía de Barnard's

Crossing —comenzó en cuanto estuvieron a solas.

—Ya lo sabía. Le vi en el baile de la policía, en el último cumpleaños de Washington. Usted abrió la Gran Marcha con su esposa. Me pareció muy bonita.

—Gracias.

—E inteligente, además. Quiero decir, se ve que tiene algo en el piso de arriba.

—¿El piso de arriba? Ah, sí. Comprendo. Tiene toda la razón. Ya veo que sabe usted juzgar a la gente, Celia. Dígame, ¿cuál era su impresión acerca de Elspeth?

Celia se detuvo a reflexionar sobre la cuestión antes de responder.

—Bueno, casi todo el mundo la consideraba una chica callada, del tipo mosquita muerta, pero creo que eso podría ser únicamente en la superficie.

—¿Qué quiere decir?

—Solía mostrarse fría con la gente... No engreída, comprenda, sino más bien así como reservada. Yo pensé que la pobre debía de sentirse muy sola y, siendo la más antigua del vecindario, decidí que era mi deber hacerla salir de su concha. La señora Hoskins me había regalado un par de entradas para el baile anual de la policía y los bomberos, de modo que la invité a venir conmigo, y ella aceptó y se lo pasó estupendamente. Bailó en todos los bailes, y en los

descansos estuvo con un acompañante.

—¿Estaba contenta?

—Bueno, no se pasó la noche riendo, pero se notaba que estaba a gusto, a su manera discreta y callada.

—Fue un comienzo prometedor, ¿no?

—Pero también fue el final. La invité a otras fiestas y bailes, pero ya no volvió a aceptar nunca más. Tengo montones de amigos, y habría podido buscarle algo que hacer rápidamente todos los jueves por la noche, pero siempre se negó.

—¿Le preguntó alguna vez por qué?

—Claro que se lo pregunté, pero siempre me contestaba que no tenía ganas, o que estaba cansada y quería volver temprano a casa, o que le dolía la cabeza.

—Quizá no tuviera buena salud —sugirió Lanigan.

Celia meneó la cabeza.

—Nada de eso. Ninguna chica se pierde una cita por un dolor de cabeza. Yo pensaba que quizá no tuviera ropa adecuada, y tímida como era, además..., pero luego se me ocurrió que podía haber otra explicación. —Bajó el tono de su voz—. Una vez que teníamos que ir juntas al cine estuve esperándola en su habitación mientras se vestía. Mientras se iba arreglando el pelo, me entretuve mirando lo que tenía sobre la cómoda, y había una especie de caja, como un joyero, llena de bisutería y pinzas para el cabello y cosas así. Yo me puse a mirarlas, nada de fisgar, ya me entiende, y vi que dentro de la caja guardaba un anillo de matrimonio. Medio en broma, le pregunté: «Vaya, El, ¿es que vas a casarte?». —Bueno, pues ella se puso toda roja y cerró la caja, y me contó una historia de que pertenecía a su madre.

—¿Acaso piensa que estaba casada en secreto?

—Eso explicaría sus negativas a salir con chicos, ¿no cree?

—Sí, tal vez sí. ¿Qué le pareció a la señora Hoskins?

—No le dije nada. Pensé que era un secreto de El. Si se lo contaba a la señora Hoskins, ella podía comentarlo con alguien y podía ser que los Serafino se enterasen y Elspeth perdiera su empleo. Tampoco habría sido tan malo, después de todo; más de una vez le había dicho que debería buscarse otra colocación.

—¿No la trataba bien la señora Serafino?

—Supongo que la trataba correctamente. Claro que no eran

amigas del modo en que lo somos la señora Hoskins y yo, pero eso es lógico. Lo que no me gustaba es que tuviera que quedarse sola en la casa noche tras noche, sin más compañía que los niños y con el dormitorio en la planta baja, además.

—¿Tenía miedo?

—Sé que al principio lo tenía, y supongo que con el tiempo llegó a acostumbrarse. Después de todo, es un vecindario tranquilo y agradable, y supongo que debía de sentirse segura.

—Ya veo. Dígame, ¿sabe cuáles eran sus planes para ayer?

Celia meneó lentamente la cabeza.

—No la vi en toda la semana; desde el martes, cuando sacamos a los niños a pasear. —Su rostro se iluminó—. Recuerdo que me dijo que no se encontraba muy bien y que pensaba ir a que la viera un médico. Luego dijo algo acerca de ir al cine. Pensándolo bien, dijo que quería ir a Elysium, y recuerdo que le contesté que hacían una película larguísima. Ella respondió que aún tendría tiempo de tomar el último autobús de regreso y que no le importaba volver andando desde la parada aunque fuera muy tarde. Y ha tenido que ocurrir precisamente lo que yo temía... —Los ojos de Celia se inundaron de lágrimas, y se los enjugó con un pañuelo.

Los niños habían vuelto a la sala y contemplaban a los dos adultos con mirada de asombro. Cuando Celia empezó a llorar, uno de ellos corrió a abrazarla y el otro comenzó a golpear a Lanigan con su minúsculo puño.

Lanigan mantuvo al niño a distancia.

—Tranquilo, chico —le dijo, riendo.

La señora Hoskins apareció en el umbral.

—¿Ha creído que Celia llora por culpa de usted? ¿No es una preciosidad? Ven aquí, Stephen. Ven con mamá.

Transcurrieron algunos minutos antes de que los niños se apaciguaran y su madre volviera a llevárselos.

—Dígame, Celia —le rogó Lanigan cuando estuvieron de nuevo a solas—, ¿que temía usted exactamente?

Celia le miró con expresión vacua hasta que, de repente, recordó el rumbo de la conversación.

—Tenía miedo de que fuera sola por la calle a esas horas de la noche. Le dije que yo, en su lugar, no lo haría. Las dos manzanas que hay desde la parada a su casa son muy oscuras, con tantos

árboles y todo eso.

—¿Pero no temía nada en particular?

—Bueno, a mí me parece que esto es algo en particular.

Volvieron a acudir lágrimas a sus ojos.

—Era una chica joven e inocente. La que estuvo en su empleo antes que ella, Gladys, no era mucho mayor que ella, pero nunca llegué a ser verdaderamente amiga suya, a pesar de que íbamos a todas partes juntas. Era una chica espabilada que ya sabía todas las respuestas, pero Elspeth... —Se interrumpió y luego, impulsivamente, añadió—: Dígame, ¿estaba bien cuando la encontraron? Quiero decir, ¿la habían... usted ya me entiende..., manoseado? He oído decir que cuando la encontraron iba desnuda.

El policía negó con la cabeza.

—No. No había ninguna señal de que hubiera sido atacada sexualmente. Y estaba decentemente vestida.

—Me alegro de que me lo haya dicho —respondió llanamente.

—De todos modos, saldrá en los periódicos de la tarde. —Se incorporó—. Ha sido usted muy amable. Estoy seguro de que si recuerda algo más nos lo hará saber inmediatamente.

—Lo haré, lo haré —contestó, e impulsivamente le tendió la mano. Lanigan se la estrechó y quedó un tanto sor— prendido al constatar que su apretón era firme como el de un hombre. Se dirigió hacia la puerta, pero, de pronto, se detuvo como si acabara de ocurrírsele otra cosa.

—Una última pregunta. ¿Cómo trataba a Elspeth el señor Serafino? ¿Era correcto con ella?

Celia le dedicó una mirada de aprobación, de admiración incluso.

—Eso es hablar.

—¿Sí?

Ella asintió.

—Le gustaba. Hacía ver que no se fijaba en ella, y apenas si le hablaba, pero cuando creía que no lo veía nadie estaba siempre mirándola. Y es del tipo de los que desnudan a las mujeres con la mirada. Eso solía decir Gladys, pero a ella le parecía divertido y hasta lo alentaba.

—¿Y qué le ocurrió?

—Oh, la señora Serafino se puso celosa y la despidió. Y le digo

que cuando una esposa tiene celos siempre es por algo.

—Entonces, es extraño que no contrataran a una mujer de más edad.

—¿Y dónde iba a encontrar una mujer mayor que quisiera aceptar una colocación como ésta, seis días a la semana y pendiente de los niños hasta las dos o las tres de la madrugada?

—Comprendo.

—Además, ¿no cree que él también tiene algo que ver con lo que de a quién contratan?

# 12

EL TENIENTE

EBAN

JENNINGS

, de la policía de  
Barnard's

Crossing, era un hombre de rostro anguloso ya casi en la sesentena, con lacrimosos ojos azules que se secaba constantemente con un pañuelo.

—Estos malditos ojos me empiezan a llorar en junio y no paran hasta septiembre —protestó, mientras Hugh Lanigan entraba en la oficina de la comisaría.

—Debe de ser una alergia, Eban. Tendrías que hacerte las pruebas.

—Ya pasé por eso hace un par de años. Descubrieron que era sensible a muchas cosas, pero ninguna de ellas es propia de este tiempo. Supongo que debo de ser alérgico a los veraneantes.

—Podría ser, pero no suelen llegar hasta finales de junio.

—Sí, pero yo empiezo a pensar en ellos antes. ¿Has averiguado algo sobre la chica?

Lanigan dejó caer sobre el escritorio la fotografía que le había entregado la señora Serafino.

—Se la daremos a la prensa. Tal vez así nos enteraremos de algo. Jennings examinó cuidadosamente la foto.

—No tenía mal aspecto. Mucho mejor que el de esta mañana, desde luego. A mí me gustan así, un poco llenitas. Esas damitas

esqueléticas que se ven hoy en día no me dicen nada. Me gustan las chicas bien acolchadas, ¿comprendes?

—Comprendo, Eban.

—Tengo una cosa para ti, Hugh. Ha llegado el informe médico.

—Le tendió un documento a su jefe—. Fíjate en el último párrafo.

Lanigan emitió un silbido.

—La chica estaba embarazada de dos meses.

—¿Qué te parece? Alguien había camelado a la niña.

—Eso le da otro sesgo al asunto, ¿no crees? La gente que la conocía, la señora Serafino, su amiga Celia y la señora Hoskins, coinciden en afirmar que era bastante tímida y que no tenía amistades masculinas.

En aquel momento, un patrullero pasó junto a la puerta y Hugh lo hizo entrar.

—Quería hablar un momento contigo, Bill.

—Sí, señor. —El patrullero William Norman era un joven de cabello oscuro y actitud seria y profesional. Aunque conocía a Hugh Lanigan de toda la vida y se habían tuteado siempre, en el trabajo le llamaba de usted y se ponía firmes cuando el jefe le hablaba.

—Siéntate, Bill.

Norman se instaló en uno de los asientos de la oficina, consiguiendo dar la impresión de que aún seguía en posición de firmes.

—Lamento que tuvieras que hacer la ronda anoche, pero no tenía a nadie que pudiera sustituirte. No está bien que un hombre haya de salir a trabajar la noche en que celebra su compromiso.

—Oh, no importa, señor. Alice se hizo cargo.

—Es una chica estupenda, y será una estupenda esposa. Y también los Ramsay son buena gente.

—Sí, señor, gracias.

—Conozco a Bud Ramsay de toda la vida, y recuerdo a Peggy cuando llevaba trenzas. Conservadores y un poco chapados a la antigua, sí, pero son la sal de la tierra. Y te diré que no les molestó en absoluto que tuvieras que hacer tu ronda habitual; al contrario.

—Alice me dijo que la fiesta terminó al poco de irme yo, conque supongo que no me perdí gran cosa. Me parece que a los Ramsay no les gusta mucho trasnochar, de todas formas. —Enrojeció levemente.

Lanigan regresó a su escritorio para consultar la lista de servicios.

—Veamos... Tú entraste de servicio anoche a las once, ¿no es cierto?

—Sí, señor. Dejé a los Ramsay a las diez y media para tener tiempo de ponerme el uniforme. El coche patrulla vino a buscarme y me dejó en Elm Square un par de minutos antes de las once.

—¿Y subiste por la calle Maple en dirección a Vine?

—Sí, señor.

—Tenías que llamar desde la cabina de la calle Vine a la una de la madrugada.

—Sí, señor, y eso hice. —Extrajo una pequeña libreta del bolsillo del pecho—. Llamé a la una y tres minutos.

—¿Algo fuera de lo normal entre Maple y Vine?

—Nada, señor.

—Por el camino, ¿te encontraste con alguien?

—¿Encontrarme con alguien?

—Sí. ¿Viste a alguien andando por la calle Maple abajo mientras tú subías?

—No, señor.

—¿Conoces al rabino David Small?

—Me lo señalaron una vez, y lo he visto en varios sitios.

—¿No lo viste anoche? Él me ha dicho que se cruzó contigo cuando volvía del templo. Debió de ser poco después de las doce y media.

—No, señor. Desde que terminé de comprobar las puertas del bloque Gordon, sobre las doce y cuarto, hasta que llamé aquí, no vi a nadie.

—Es curioso. El rabino dice que te vio, y que tú le diste las buenas noches.

—No, señor; anoche, no. Hace un par de noches me crucé con él cuando iba del templo hacia su casa, ya tarde, y le saludé. Pero ayer, no.

—De acuerdo. ¿Qué hiciste cuando llegaste al templo?

—Probé la puerta para ver si estaba bien cerrada. Había un coche en el aparcamiento y le eché un vistazo a la luz de la linterna. Luego llamé aquí.

—Y no viste nada extraño ni oíste nada extraño.

—No, señor; sólo el coche en el aparcamiento, y eso no es tan extraño.

—Muy bien, Bill. Gracias. —Lanigan dio la conversación por terminada.

—¿Te dijo el rabino que Bill lo había visto? —preguntó Jennings, una vez se hubo marchado Norman.

Lanigan asintió.

—Así que te mintió, ¿eh? ¿Qué significa eso, Hugh? ¿Crees que ha podido hacerlo él?

Lanigan sacudió lentamente la cabeza.

—¿Un rabino? No es muy probable.

—¿Por qué no? Te ha mentido en lo de Bill. Eso significa que no estaba donde él dice que estaba, de modo que quizá estuviera donde no debería estar.

—¿Por qué habría de mentirme acerca de una cosa que puedo comprobar tan fácilmente? No es lógico. Es más probable que se haya confundido. Es un intelectual; casi todo el tiempo está pensando en sus libros. Fíjate, el presidente del templo estaba de visita en su casa cuando llegó Stanley para decirle que ya habían recibido unos libros que estaba esperando. ¿Y qué hizo? Marcharse a toda prisa hacia el templo para examinarlos y quedarse en su estudio hasta pasada la medianoche. Un hombre así es muy capaz de confundirse a propósito de un encuentro casual con un policía un par de noches antes. Seguramente mezcló las dos noches y creyó que había sido ayer cuando, en realidad, pudo haber sido una semana antes.

—Me parece a mí que dejar abandonado a su huésped de esta forma ya es bastante extraño, sobre todo si el huésped era el presidente de la congregación. Dice que se pasó la noche estudiando. ¿Cómo sabemos nosotros que no estaba citado con la chica en su estudio? Fíjate en las pruebas, Hugh. El forense ha determinado que la chica murió hacia la una, veinte minutos más o menos. El rabino admite que a esa hora todavía andaba por allí.

—No. La una menos veinte es la hora que él calcula que llegó a casa.

—Pero supón que haya variado ligeramente la hora, nada más que cinco o diez minutos. Nadie le vio. El bolso de la chica estaba en su coche. Y otra cosa... —Jennings alzó un dedo severamente—.

Esta mañana no ha acudido a los servicios que celebran cada día. ¿A qué se debe? ¿Acaso a que no quería estar presente cuando hallaran el cadáver?

—¡Dios mío! Estás hablando de un rabino, un religioso...

—¿Y qué? Es un hombre, ¿no? ¿No te acuerdas de aquel sacerdote de Salem, hará un par de años? El padre Damatopoulos, ¿no es cierto? ¿No anduvo en líos con una chica?

Lanigan mostró su desagrado.

—Fue un caso completamente distinto. En primer lugar, no estaba tonteando con la chica. Y, en segundo lugar, era un sacerdote griego, y éstos tienen permitido casarse. Es más, tengo entendido que casi se les exige. El problema fue que los padres de la chica trataron de forzar el compromiso.

—Es posible; no recuerdo bien los detalles —insistió Eban con terquedad—. Lo único que recuerdo es que hubo un escándalo.

—El único escándalo fue que mucha gente creía que, como sacerdote, no podía casarse. Igual que los sacerdotes católicos. Les pareció escandaloso que un sacerdote estuviera cortejando a una chica. Pero el caso es que un sacerdote griego ortodoxo tiene todo el derecho a hacerlo.

—Lo que yo quería decir es que cualquier hombre puede tener líos de mujeres, religioso o no. —Jennings seguía en sus trece—. En mi opinión, eso es algo de lo que su vocación no le protege. Mira, si estuviéramos hablando de cualquier otro delito del código penal, robo, allanamiento de morada, falsificación, asalto, te concedería que es probable que el autor no fuera un sacerdote, ministro o rabino. No se preocupan mucho por el dinero, o son capaces de controlarse mejor, pero un lío de mujeres es cosa que puede ocurrirle a cualquier hombre, incluso a un sacerdote católico. Así es como lo veo yo.

—No dejas de tener razón, Eban —admitió Lanigan.

—Y otra cosa: si no es el rabino, ¿quién nos queda?

—En cuanto a eso, apenas acabamos de empezar. Pero, aun así, si quieres pensar en posibles sospechosos, hay un puñado. Stanley, por ejemplo. Tiene una llave del templo. Tiene un catre en el sótano. Y la pared de enfrente está cubierta de fotos de chicas desnudas.

—Ese Stanley es un puerco lujurioso —asintió Eban.

—¿Y qué me dices del trabajo de llevarla hasta el sitio en que fue hallada? Esa chica no era ningún peso pluma, y el rabino tampoco es un atleta. Pero para Stanley sería cosa fácil.

—Uh-huh. Pero ¿por qué habría de dejar luego su bolso en el coche del rabino?

—Quizá lo hiciera. O quizá se metieron en el coche para protegerse de la lluvia. Recuerda que su cacharro no tiene capota. Sí, y otra cosa, supongamos que el hombre que mató a la chica llevaba algún tiempo saliendo con ella, el suficiente para dejarla embarazada. De las dos posibilidades, el rabino y la chica en su estudio o Stanley y la chica en el sótano, ¿cuál te parece la más probable? Si el rabino estaba citándose con la chica, Stanley se habría enterado antes de una semana, sobre todo si pensamos que va todas las mañanas a limpiar. Mientras que si fuera Stanley, el rabino no se enteraría ni en un año.

—Sí, puede que tengas razón. ¿Qué te dijo Stanley cuando lo interrogaste?

Lanigan se encogió de hombros.

—Dice que estuvo tomándose unas cervezas en el

Ship's

Cabin y que luego se fue a casa. Está viviendo en una habitación en casa de Mama Schofield, pero dice que nadie le vio llegar. Habría podido encontrarse con la chica al salir del

Ship's

Cabin y nadie lo sabría.

—Es lo mismo que me contó a mí —asintió Jennings—. ¿Por qué no lo traemos aquí y le hacemos unas cuantas preguntas?

—Porque no tenemos nada en contra suya. Me has preguntado quién podía ser, si no el rabino, y te he contestado con un posible autor. Ahora te diré otro. ¿Qué me dices de Joe Serafino? Habría podido estar liado con la chica en su propia casa. La señora Serafino iba a comprar y se cuidaba de la casa. La chica solamente se encargaba de los niños. Eso significa que Joe debía quedarse muchas veces a solas con la chica. Si su esposa llegaba inesperadamente, bien, hay un pestillo en el cuarto de la chica. La señora Serafino no podía entrar desde la cocina, y Joe podía irse silenciosamente por la puerta de atrás. Eso explicaría por qué la chica no tenía amigos. Si tenía a su amante en la misma casa en que

vivía, no le hacían falta amigos. Más aún, eso explicaría también por qué la chica iba vestida de ese modo cuando la encontraron. Sin duda ya había llegado a casa, porque se había quitado el vestido y lo había colgado en el armario. Supongamos que Joe se presentó en su habitación poco después y la convenció para que salieran a dar un paseíto. Ya que estaba lloviendo y de todas formas tendría que ponerse un abrigo, no se tomaría la molestia de volver a vestirse. Además, si las cosas estaban así, él sin duda la había visto con menos ropa todavía. La señora Serafino debía de estar durmiendo y no se habría enterado de nada.

—Todo esto me parece muy posible, Hugh —declaró Eban, entusiasmado—. Pudieron salir a dar un paseo y la lluvia fuerte los pilló en las cercanías del templo. Es natural que se refugiaran en el coche del rabino.

—Más aún: tanto Stanley como Celia, la amiga más íntima de Elspeth, dieron a entender que existía alguna relación entre Serafino y la chica. Y tengo la impresión de que la señora Serafino estaba un poco asustada de que su marido pudiera tener algo que ver con el caso. Lástima que no pudiera hablar con él a primera hora de esta mañana.

—Yo sí he hablado con él. Lo he sacado de la cama para que identificara el cuerpo. Estaba preocupado, pero no más de lo normal en estas circunstancias.

—¿Qué clase de automóvil conduce?

—Un Buick descapotable.

—No lo he visto.

—Podríamos hacerle unas cuantas preguntas.

Lanigan se rió.

—Y descubrirías que estuvo en ese club que tiene desde las ocho de la tarde del jueves hasta las dos de la madrugada del viernes, y probablemente a la vista de media docena de empleados y varias docenas de clientes durante todo este tiempo. Lo que pretendo decirte, Eban, es que si vamos a pensar quién puede haberlo hecho el número de sospechosos es ilimitado. Aquí va otro: Celia. Al parecer es la única amiga que tenía la muerta. Es una mujer joven, fuerte y robusta.

—Olvidas que Elspeth estaba preñada. Celia no puede ser la causante de eso, por fuerte y robusta que sea.

—No olvido nada. Eres tú quien da por supuesto que el responsable de su embarazo es también el asesino. Pero no tiene por qué ser así necesariamente. Supongamos que Celia estaba enamorada de un hombre y Elspeth se lo quitó. Supongamos que éste fue el responsable del embarazo y que Celia se enteró. Ella misma me dijo que Elspeth había comentado algo acerca de ir al médico para un chequeo. Bueno, supongamos que Celia se imaginaba la verdadera causa de su malestar, o que Elspeth se lo confesó. Eso también sería lógico, ya que no conocía a nadie más aquí. No sería de extrañar que se confiara a una mujer mayor que ella, y esa nada más podía ser Celia. Hasta puede que le dijera el nombre del padre, sin saber lo que sentía Celia por ese hombre.

—Pero Elspeth no conocía a ningún hombre.

—Eso es lo que dice Celia. La señora Serafino creía que no conocía a ningún hombre, pero mencionó algo acerca de unas cartas que le llegaban regularmente del Canadá. También podría señalar que Celia tuvo la tarde libre y seguramente llegó tarde a casa. La señora Hoskins debía de estar durmiendo, conque no es fácil que sepa a qué hora llegó Celia. Supongamos que Celia vio luz en el cuarto de Elspeth. Sabía que había ido a ver al médico, de modo que se acercó para averiguar qué le había dicho éste. La chica acababa de ver confirmados sus temores y se alegró de poder hablar de ello con alguien. Celia la convenció para que se echara un abrigo por encima —su vestimenta también es lógica si estaba con una amiga— y saliera con ella a dar un paseo. Cuando llegaron cerca del templo empezó a llover a cántaros y se metieron en el coche del rabino. Entonces Elspeth le dice quién es el hombre y Celia, rabiosa, la estrangula.

—¿Tienes más sospechosos?

Hugh sonrió.

—Para empezar, ya hay bastantes.

—Pues yo sigo votando por el rabino —declaró Eban.

Tan pronto como Lanigan se hubo ido, el rabino se marchó al templo. Lo hizo porque le pareció lo correcto, no porque creyera que su presencia allí podía servir de algo. Lamentablemente, ya no podía ayudar en nada a la pobre chica. Y en lo tocante a asuntos

policiales, era impotente. Pensándolo bien, ¿qué podría hacer él yendo al templo? Pero como el asunto afectaba al templo, consideraba que debía estar presente.

Desde su estudio contempló a los policías que se afanaban tomando medidas, fotografiando y buscando pistas. Un grupo de curiosos, hombres casi todos, seguía a los policías por el aparcamiento, aproximándoseles todo lo posible cada vez que hablaban. Se preguntó cómo podía haber tanta gente desocupada a aquellas horas, pero en seguida se dio cuenta de que el grupito se iba renovando constantemente. Alguien detenía su automóvil y preguntaba qué estaba ocurriendo. Cuando se lo decían, se unía un rato al grupo y luego se iba. El número de curiosos se mantenía más o menos estable.

De hecho, no había mucho que ver, pero el rabino no conseguía apartarse de la ventana. Había corrido la persiana de forma que pudiera observar sin ser visto desde el exterior. Un agente de uniforme montaba guardia junto a su automóvil, haciendo circular a los que se acercaban demasiado. Habían llegado periodistas y fotógrafos de prensa, y el rabino se preguntó cuánto tiempo transcurriría antes de que se enteraran de que estaba en su estudio y subieran a entrevistarle. No tenía idea de qué les diría, ni siquiera de si debía hablar con ellos en absoluto. Tal vez lo mejor fuese enviarlos al señor Wasserman, quien a su vez los dirigiría al abogado que se ocupaba de las cuestiones legales del templo. Pero, por otra parte, ¿no resultaría sospechosa su negativa a hablar del caso?

Cuando finalmente llamaron a la puerta no era la prensa, sino la policía. Un hombre alto y de ojos lacrimosos, que se presentó como teniente Jennings.

—Stanley me ha dicho que estaba usted aquí —añadió.

El rabino le señaló una silla.

—Nos gustaría llevarnos su coche al garaje de la policía, rabino. Queremos examinarlo a fondo, y podemos hacerlo mejor allí.

—Naturalmente, teniente.

—¿Tiene algún abogado, rabino?

El rabino meneó la cabeza.

—¿Cree que me hace falta uno?

—Bien, tal vez no me corresponda a mí decírselo, pero nos gusta

hacer las cosas a las buenas. Es posible que si tuviera un abogado le dijera que no está obligado a dejarnos el coche si no quiere. Claro que entonces nos resultaría fácil conseguir una orden judicial...

—No será necesaria, teniente. Si creen ustedes que llevarse mi coche al centro puede ayudarles de algún modo a resolver este horrible asunto, adelante. Lléveselo.

—¿Tiene las llaves a mano?

—Desde luego. —El rabino las separó del llavero que aún seguía sobre su escritorio—. Ésta es la del arranque y la guantera, y ésta otra la del portaequipajes.

—Le extenderé un recibo por el coche.

—No hace falta.

Desde su ventana, vio como el teniente se introducía en el coche y se lo llevaba, y le complació ver que una buena parte del gentío se iba con él.

En el transcurso del día, el rabino intentó varias veces telefonear a su esposa, pero su número estaba comunicando en todas las ocasiones. Llamó al despacho del señor Wasserman, pero le dijeron que había salido y no esperaban que volviera.

Abrió uno de los libros de su escritorio, para hojearlo. Al poco rato, hizo una anotación en una hoja de papel. Luego buscó cierto pasaje en otro libro y tomó otra nota. Pronto se halló completamente enfrascado en sus estudios.

Sonó el teléfono. Era Miriam.

—He intentado llamarte tres o cuatro veces, pero siempre comunicaba —explicó.

—He dejado descolgado el aparato —respondió ella—. Nada más irte tú ha empezado a llamar un montón de gente para ver si nos habíamos enterado de la noticia y por si podían sernos útiles en alguna cosa. Incluso ha llamado alguien diciendo que te habían detenido. Ha sido entonces cuando he descolgado el auricular. Lo que pasa es que entonces comienza a hacer unos ruiditos espantosos, y no puedo dejar de pensar en que haya una llamada importante. ¿Te ha telefonado alguien?

—Ni una sola llamada. —Se rió entre dientes—. Supongo que nadie quiere admitir que se habla con el enemigo público número uno de Barnard's

Crossing.

—¡No hables así, por favor! Esto no es gracioso. ¿Qué vamos a hacer, David?

—¿Hacer? ¿Qué hemos de hacer?

—Bueno, con todo lo que está ocurriendo... La señora Wasserman ha llamado para invitarnos a pasar unos días en su casa...

—Pero eso es absurdo, Miriam. Esta noche empieza el *Sabbath*, y tengo la intención de recibirlo en mi propia casa, sentado ante mi propia mesa. No te preocupes, todo irá bien. Llegaré a tiempo para cenar y luego iremos a los servicios, como siempre.

—¿Qué estás haciendo ahora?

—¿Ahora? Estoy trabajando en mi estudio sobre Maimónides.

—¿Es preciso que lo hagas ahora?

El rabino advirtió el contenido nerviosismo de la voz de su esposa.

—¿Qué otra cosa quieres que haga? —preguntó llanamente.

## 13

LA ASISTENCIA A los servicios vespertinos fue cuatro o cinco veces mayor de lo acostumbrado, para gran consternación de las componentes de la Hermandad que habían preparado té con pastas para la habitual colación en la sacristía después de la ceremonia.

Considerando los motivos a que se debía la inesperada concurrencia, tampoco el rabino se sentía muy complacido. Tomando asiento en el estrado, junto al Arca Sagrada, resolvió malhumoradamente no hacer la menor referencia a la tragedia. Mientras fingía hallarse sumido en el estudio de su libro de oraciones, lanzaba miradas furibundas a aquellos miembros de la congregación que nunca antes habían asistido a los servicios del viernes por la noche, sonriendo únicamente cuando entraba alguno de los fieles de siempre, como si quisiera demostrar que sabía que habían acudido a rezar y no movidos por una vulgar curiosidad.

Siendo Myra la presidenta de la Hermandad, los Schwarz se contaban entre los asistentes habituales, aunque por lo general se sentaban hacia la parte de atrás, en la sexta o la séptima fila. Esta noche, en cambio, aunque Ben ocupó su sitio de costumbre, Myra siguió avanzando hasta la segunda fila, donde estaba sentada la esposa del rabino. Tomó asiento junto a ella y, acercándosele, le dio unas palmaditas en la mano y le musitó algo al oído. Miriam se puso en tensión, pero en seguida logró componer una sonrisa.

El rabino se fijó en lo ocurrido y se sintió conmovido por tal muestra de consideración por parte de la presidenta de la Hermandad, tanto más cuanto que no la esperaba. Pero, al

reflexionar sobre ella, comenzó a apreciar su pleno significado. Era un gesto de ánimo, la simpatía que se expresa a la esposa de alguien que es objeto de sospechas. Eso le daba otra explicación del porqué de tanta concurrencia. Aunque algunos habían venido con la esperanza de oírle hablar del crimen, habría otros que querrían ver si daba muestras de culpabilidad. Permanecer en silencio y no mencionar el asunto podría producir la errónea impresión de que no se atrevía a hablar.

No se refirió para nada al asunto en su sermón, pero luego, a punto ya de terminar el servicio, dijo:

—Antes de que aquellos miembros de la congregación que están de luto se levanten para recitar el *Kaddish*, me gustaría recordarles a todos el auténtico significado de esta plegaria.

La congregación escuchaba atentamente. Aquí venía lo que habían estado esperando.

—Existe la creencia —prosiguió el rabino— de que recitar el *Kaddish* es un deber hacia los seres queridos que nos han dejado. Pero si leen bien la oración, o su traducción al inglés en la página siguiente, verán que no hace mención de la muerte ni contiene ninguna súplica por el alma del difunto. Se trata más bien de una profesión de fe en el Señor en Su poder y en Su gloria. ¿Cuál es entonces el significado de esta oración? ¿Por qué se reserva especialmente para los que están de luto? ¿Y por qué, si casi todas nuestras plegarias se dicen en susurros, se pronuncia ésta en voz alta?

»Quizá la misma forma de pronunciarla pueda darnos una pista en cuanto a su significado. No es una oración para los muertos, sino para los vivos. Es una declaración franca de que la persona que ha sufrido la pérdida de un ser querido sigue teniendo fe en Dios. Nuestra gente, no obstante, sigue pensando en el *Kaddish* como una obligación hacia sus muertos, y, puesto que en nuestra tradición la costumbre cobra la fuerza de ley, hoy voy a recitar el *Kaddish* junto con los que están de luto, por una persona que no era miembro de la congregación, que ni siquiera compartía nuestra fe, una persona de la que sabemos muy poco, pero cuya vida, por un trágico accidente, se ha visto relacionada con nuestra congregación...

El rabino y su esposa apenas si hablaron mientras regresaban a casa desde el templo. Finalmente, él rompió el silencio.

—Ya he visto que la señora Schwarz ha cambiado sus costumbres para poder expresarte su simpatía.

—Es una buena persona, David, y lo ha hecho con buena intención. —Tras una pausa, añadió—: ¡Oh, David! Este asunto puede hacerse muy desagradable.

—Estoy empezando a pensarlo yo también —admitió el rabino.

Cuando llegaron a la casa, oyeron sonar el teléfono desde la calle.

## 14

LA OLEADA DE FERVOR religioso no se mantuvo en los servicios matutinos del sábado, a los que no acudieron sino la veintena de fieles de siempre. Cuando el rabino llegó a su casa, halló al jefe Lanigan esperándole.

—No me gusta interrumpir su *Sabbath* —se excusó el jefe—, pero menos me gustaría tener que interrumpir las investigaciones. Los policías no tenemos días de fiesta.

—No se preocupe, me hago cargo. En nuestra religión, las emergencias siempre tienen prioridad sobre el ritual.

—Ya casi hemos terminado con su coche. Haré que se lo traiga uno de los muchachos, mañana, no sé a qué hora. O, si baja al centro, puede recogerlo usted mismo.

—Muy bien.

—Me gustaría que le echara un vistazo a lo que hemos encontrado. —Extrajo de su maletín varias bolsas de plástico marcadas con tinta negra—. Veamos, esta contiene lo que encontramos bajo el asiento delantero. —Vació su contenido sobre el escritorio: algunas monedas, el recibo de un taller de reparaciones de varios meses atrás, el envoltorio de un caramelo de cinco centavos, un pequeño calendario con las fechas en hebreo y en inglés, y una pinza de plástico de las que usan las mujeres para sujetarse el cabello.

El rabino lo miró superficialmente.

—Es nuestro. Por lo menos, reconozco esa pinza para el cabello. Es de mi mujer, pero puede preguntárselo a ella para asegurarse.

—Ya lo hemos hecho —respondió Lanigan.

—No podría jurar que el envoltorio del caramelo y las monedas sean nuestros, pero yo he comido caramelos de esta marca. Es *kosher*. El calendario es de esos que muchas instituciones y empresas comerciales distribuyen para el Año Nuevo judío. Debo de recibir docenas de ellos cada año. —Abrió un cajón de su escritorio—. Mire, aquí hay otro.

—Muy bien. —Lanigan devolvió los diversos objetos al interior de la bolsa y vació otra sobre la mesa—. Esto es lo que había debajo del salpicadero.

El contenido de esta segunda bolsa consistía en varios pañuelos de papel, arrugados y manchados de lápiz de labios, el palito de un helado Eskimo Pie cubierto de chocolate y un paquete de cigarrillos vacío y aplastado.

—Sí, lo veo normal —dijo el rabino.

—¿Le parece el lápiz de labios que usa su esposa?

El rabino sonrió.

—¿Por qué no se lo pregunta a ella?

—Ya lo hemos hecho —respondió Lanigan—. Es el suyo. —A continuación, le mostró el contenido de la siguiente bolsa, la correspondiente a la guanterera. Había una caja de pañuelos, vacía, un lápiz de labios, varios mapas de carreteras, un libro de oraciones, un lápiz, un bolígrafo de plástico, media docena de tarjetas, una linterna y un paquete de cigarrillos arrugado.

—Me parece correcto —asintió el rabino—. Incluso creo que puedo estar seguro acerca de la barra de lápiz de labios, porque recuerdo que cuando mi esposa la compró hice algún comentario en el sentido de que si todas esas piedras preciosas fuesen auténticas tendría que costar el rescate de un rey. Creo que mi esposa pagó un dólar o un dólar y medio, pero fíjese qué magníficas gemas lleva incrustadas.

—Los venden a miles, de modo que no puede usted saber con certeza si este lápiz en particular es el de su esposa.

—No, naturalmente, pero sería una gran coincidencia si no lo fuese.

—A veces ocurren coincidencias, rabino. La chica utilizaba el mismo tipo de lápiz de labios. Y, después de todo, no es una coincidencia tan asombrosa, pues tengo entendido que es una marca

muy corriente y un color muy utilizado por las rubias.

—Entonces, ¿era rubia?

—Sí, era rubia. La linterna, rabino, no tiene huellas digitales.

El rabino reflexionó unos instantes.

—Recuerdo que la última vez que la usé se manchó de pintura de labios, y la limpié con un pañuelo.

—Ya sólo nos queda el contenido de los ceniceros. El de la parte de atrás tenía un cigarrillo, manchado de carmín. En el cenicero delantero había diez colillas, todas de la misma marca y todas manchadas de lápiz de labios. De su esposa, supongo. Usted no fuma.

—Y si fumara, no creo que mis colillas estuvieran manchadas de pintura de labios.

—Eso es todo, entonces. Conservaremos estos objetos por algún tiempo.

—Tómense todo el tiempo que les haga falta. ¿Cómo marcha la investigación?

—Bien, sabemos algunas cosas más que ayer, cuando hablé con usted. El forense no ha encontrado señales de que fuera atacada sexualmente, pero ha descubierto algo curioso: la chica estaba embarazada.

—¿Podría ser que estuviera casada?

—No estamos seguros. Entre los efectos que tenía en su cuarto no hay ningún certificado de matrimonio, pero en su bolso, el que hallamos en el coche, había un anillo de compromiso. La señora Serafino cree que estaba soltera, pero, si se había casado en secreto, lo más lógico es que no se lo hubiera dicho, por miedo a perder el empleo.

—Eso explicaría, entonces, que guardara el anillo en su bolso en vez de llevarlo puesto —sugirió el rabino—. Podría llevarlo mientras estaba con su marido y quitárselo antes de volver a casa.

—Es una posibilidad.

—¿Tiene alguna teoría acerca de cómo llegó a mi coche el bolso de la chica?

—El asesino pudo dejarlo allí deliberadamente para dirigir las sospechas hacia usted. ¿Conoce a alguien que pudiera hacer una cosa así, rabino?

El rabino negó con la cabeza.

—Hay algunos miembros en mi congregación que no sienten mucho aprecio por mí, pero ninguno que me deteste tanto como para desear verme involucrado en este tipo de cosas. Y, aparte de los miembros de la congregación, casi no conozco a nadie más por aquí.

—No, no parece muy probable, ¿verdad? Pero si no lo puso nadie ahí, eso sólo puede querer decir que la chica estuvo en su coche en un momento u otro. Luego, por alguna razón —quizá el asesino viera luz en su estudio— el cuerpo fue trasladado al lugar en que lo hallaron.

—Supongo que tiene razón.

Lanigan sonrió.

—Aún hay otra teoría, rabino, que me veo obligado a tener en cuenta porque encaja con los hechos tal y como los conocemos.

—Creo que sé cuál es. Cuando Stanley vino a decirme que habían llegado los libros, lo utilicé como una excusa para salir de casa y encontrarme con la chica. Estábamos manteniendo una relación y nos citábamos en mi estudio. Esa noche la esperé hasta que me cansé, o hasta que creí que ya no iba a venir, pero finalmente apareció justo cuando acababa de cerrar la puerta del estudio. Así pues, nos sentamos en el coche y fue entonces cuando ella me dijo que estaba embarazada y me pidió que me divorciara de mi esposa y me casara con ella para darle apellidó al niño. Enfurecido, la estrangulé y arrojé su cuerpo sobre el césped, al otro lado del muro. Y me fui tranquilamente a mi casa.

—Dicho así parece absurdo, rabino, pero no deja de ser posible en cuanto al tiempo y al espacio se refiere. Si tuviera que calcular las posibilidades, diría que son de un millón contra una. No obstante, si estuviera usted planeando irse de viaje le rogaría que no lo hiciera.

—Entiendo —contestó el rabino.

Lanigan abrió la puerta para marcharse, pero se detuvo.

—Ah, otra cosa. El agente Norman no recuerda haberle visto a usted, ni a nadie, durante esa noche. —La expresión de asombro del rabino le hizo sonreír.

## 15

LA FOTO DE  
ELSPETH  
BLEECH

apareció en los periódicos del sábado, y hacia las seis de la tarde Hugh Lanigan empezó a cosechar resultados. Eso no le sorprendió demasiado. La chica había salido de casa de los Serafino a primeras horas de la tarde y había permanecido fuera todo el día. Sin duda debió de ser vista por mucha gente. Algunos telefonarían al momento, pero otros preferirían pensárselo bien antes de tener tratos con la policía.

La primera llamada la hizo un médico de Lynn, quien afirmó que creía haber visto a la joven en cuestión el jueves por la tarde, con el nombre de Elizabeth Brown. Le había dejado una dirección y un número de teléfono. La calle era la de los Serafino, pero el número de la casa estaba invertido. El teléfono era el de los Hoskins.

El doctor indicó que la había examinado y que la había encontrado en excelente estado de salud y en las primeras semanas de gestación. ¿Se había mostrado nerviosa o preocupada? No más que muchas de sus pacientes en similares circunstancias. Muchas se alegraban al enterarse de que estaban embarazadas, pero también había otras que manifestaban inquietud ante la noticia, aun estando legalmente casadas.

¿Había hablado de sus planes para el resto del día? No, estaba seguro de que no lo había hecho. Tal vez hubiera hablado con su

secretaria, que ya había terminado su horario de trabajo. Si a la policía le parecía importante, podía ponerse en contacto con ella y preguntárselo. A la policía le parecía importante, conque dijo que lo haría.

Casi inmediatamente se recibió otra llamada, esta vez de la secretaria, que había visto la foto de la chica en los periódicos y recordaba que había visitado la consulta el jueves por la tarde. No, no había advertido nada extraño. No, la chica no había dicho qué planes tenía para la tarde o para la noche. Oh, sí, justo antes de irse le había preguntado dónde había un teléfono. La secretaria le había ofrecido el teléfono de la oficina, pero ella había preferido llamar desde una cabina pública.

A continuación se produjo un aluvión de llamadas de gente que estaba segura de haber visto a la chica, algunos en comercios de Lynn, en los que pudo haber estado, y otros en poblaciones vecinas, lo que resultaba menos probable. El dependiente de una gasolinera llamó para anunciar que la había visto en el asiento trasero de una motocicleta que se había detenido a preguntarle una dirección. Llamó incluso el gerente de un parque de atracciones de New Hampshire asegurando que la chica había estado allí sobre las tres de la tarde para solicitar un empleo.

Lanigan permaneció sentado ante su escritorio hasta las siete, cuando se fue a su casa a cenar, no sin dejar órdenes estrictas de que le pasaran todas las llamadas relativas a Elspeth Bleech. Por suerte, no se recibió ninguna y pudo tomar su cena en paz. Apenas había terminado, no obstante, cuando sonó el timbre de su puerta. Al abrir, encontró a la señora Agnes Gresham, propietaria y gerente del restaurante Surfside.

La señora Gresham era una mujer de agradable aspecto, en torno a los sesenta años, con una cabellera blanquísima y cuidadosamente peinada. Se conducía con la dignidad que correspondía a una de las más importantes mujeres de negocios de la ciudad.

—He llamado a la comisaría y me han dicho que te habías ido a casa, Hugh. —Su voz contenía un leve matiz de desaprobación.

—Pasa, Aggie, por favor. ¿Quieres una taza de café?

—He venido por cuestión de trabajo.

—No hay ninguna ley que nos impida ponernos cómodos mientras hablamos de trabajo. ¿Te preparo una bebida?

Esta vez la rechazó más cortésmente, y se acomodó en el asiento que él le indicó.

—Muy bien, Aggie. ¿Se trata de tu trabajo o del mío?

—De tu trabajo, Hugh Lanigan. La chica que ha salido en el periódico estuvo cenando en mi restaurante el jueves por la noche.

—¿Hacia qué hora?

—Desde un poco antes de las siete y media, cuando me hice cargo de la caja para que Mary Trumbull pudiera ir a cenar, hasta las ocho, aproximadamente.

—¿Estás segura, Aggie?

—Totalmente segura. Me fijé especialmente en la chica.

—¿Por qué?

—A causa del hombre que la acompañaba.

—Oh. ¿Puedes describírmelo?

—Unos cuarenta años de edad, moreno, apuesto. Cuando terminaron de cenar, salieron del restaurante y se metieron en un gran Lincoln azul aparcado justo enfrente de la puerta.

—¿Por qué le prestaste tanta atención? ¿Estaban discutiendo o peleándose?

Ella negó con impaciencia.

—Me fijé en él porque lo conocía.

—¿Quién era?

—No sé cómo se llama, pero sé dónde trabaja. Compré mi coche en la agencia Ford de Becker, y le vi una vez allí sentado detrás de una mesa.

—Has sido muy útil, Aggie, y te lo agradezco.

—Siempre cumplo con mi deber.

—No lo dudo.

En cuanto se marchó la mujer, llamó a casa de Becker.

—El señor Becker no está en casa. Soy su esposa. ¿Puedo servirle en algo?

—Es posible, señora Becker. —Lanigan se presentó—. ¿Podría decirme el nombre de un empleado de su marido que conduce un Lincoln azul?

—Bien, mi marido lleva un Lincoln negro.

—No, el que yo digo es azul.

—Ah, debe de referirse al socio de mi marido, Melvin Bronstein. Él tiene un Lincoln azul. ¿Ocurre algo malo?

—Nada en absoluto, señora.

A continuación, llamó al teniente Jennings.

—¿Ha habido suerte con los Serafino?

—No mucha, pero he conseguido algo. Los Simpson, que viven enfrente, vieron un coche aparcado ante la casa de los Serafino el jueves por la noche ya muy tarde, a las doce o más.

—¿Un Lincoln azul?

—¿Cómo lo has sabido?

—Ya te contaré, Eban. Vamos a la comisaría ahora mismo. Tenemos trabajo que hacer.

Eban Jennings ya estaba esperándole cuando llegó él. Hugh le contó su conversación con Aggie Gresham.

—Ahora, Eban, quiero una foto de este Melvin Bronstein. Ve a las oficinas del *Lynn Examiner* y pídesela.

—¿Por qué estás tan seguro de que tendrán una?

—Porque este Bronstein vive en Grove Point y tiene una agencia de venta de automóviles. Eso le convierte en una persona importante, y todos los que son importantes participan en alguna clase de comité o son responsables de alguna organización, y lo primero que hacen es cuidar que el *Examiner* publique su fotografía. Averigua todo lo que sepan de él y consigue una buena foto en la que se le vea claramente la cara. Luego encárgate de hacer una media docena de copias.

—¿Quieres dárselas a los periódicos?

—No. En cuanto tengas las copias, te vas con Smith y con Henderson —bueno, ya miraré las listas de guardia y elegiré a dos o tres hombres—, y sigues las carreteras 14, 69 y 119. Os detendréis en todos los moteles, con la foto de Bronstein, y averiguáis si ha estado en alguno de ellos durante los últimos meses. No vale la pena comprobar los registros, porque lo más probable es que no utilizaran sus verdaderos nombres.

—No lo entiendo.

—¿Qué es lo que no entiendes? Si tú quisieras acostarte con una chica, ¿a dónde te la llevarías?

—A la parte de atrás del cobertizo de Chisholm.

—Bah. Te irías por ahí y te meterías en algún motel. Esa chica estaba embarazada. Quizá le hicieron el niño en el asiento trasero de un coche, pero también pudieron habérselo hecho en algún

motel no muy lejos de aquí.

## 16

LA MAÑANA DEL DOMINGO fue brillante y soleada; el firmamento estaba despejado y soplabla una suave brisa marina. Era un tiempo ideal para jugar al golf, y cuando los miembros del consejo de directores del templo empezaron a congregarse en la sala de reuniones, sus atuendos indicaban que muchos de ellos pensaban dirigirse a las pistas en cuanto finalizara la reunión.

Jacob Wasserman vio cómo iban llegando, en grupitos de dos o tres personas, y supo que había sido derrotado. Lo supo por el número de miembros que finalmente acudieron, casi los cuarenta y cinco al completo. Lo supo por su manera de saludar amistosamente a Al Becker y por el modo en que le evitaban aquellos que le habían prometido pensarlo. Lo supo cuando se dio cuenta, de pronto, que la inmensa mayoría pertenecía al mismo tipo: jóvenes profesionales y prósperos hombres de negocios que se tomaban su papel en el templo básicamente como una obligación social, que estaban acostumbrados a lo mejor y no se conformaban con menos, que sin duda reaccionarían igual ante un rabino despreocupado y pasado de moda que ante uno de sus jóvenes empleados que no demostrase la eficacia requerida. Wasserman vio todo esto en su mal disimulada impaciencia por zanjar aquel desagradable asunto y poder dedicarse de una vez a sus placeres, y se reprochó el haber consentido que tantos individuos de esta clase accedieran al consejo. Se había plegado a las demandas del comité de construcción, que había recomendado a tales candidatos por la razón de que les iban muy bien las cosas. «Si lo aceptamos en el consejo, es muy probable que

contribuya con una aportación sustancial».

Llegó el momento de abrir la sesión, y Wasserman leyó las actas de la anterior y los informes de los diversos comités. Cuando terminó por fin esta lectura y comenzó a explicar los distintos aspectos de la cuestión del contrato del rabino, se oyó un suspiro general de alivio.

—Antes de dar comienzo a la discusión —concluyó—, me gustaría hacer constar que el rabino Small está dispuesto a quedarse, aunque imagina que podría conseguir mejores condiciones en otro lugar. —Pura especulación, por supuesto—. Yo he mantenido una relación más estrecha con el rabino que ningún otro miembro de la congregación. Es lógico, ya que soy el presidente del comité de ritual. Y debo decirles que me hallo más que satisfecho de la forma en que ha cumplido con sus deberes.

»La mayoría de ustedes únicamente ven al rabino en el ejercicio de sus funciones públicas, cuando dirige los servicios de las fiestas o cuando habla ante una reunión. Pero su trabajo conlleva una gran cantidad de obligaciones de una naturaleza menos evidente. Fíjense en las bodas, por ejemplo. En una de las bodas que se han realizado este año, la novia no era judía. Hubo que mantener largas conversaciones con los padres de ambos contrayentes y, finalmente, cuando la chica decidió aceptar el judaísmo, el rabino le dio un curso de instrucción en nuestra religión. Por otra parte, se reúne individualmente con todos y cada uno de los muchachos del *Bar Mitzvah*. Como presidente del comité de ritual, puedo decirles que preparamos conjuntamente todos los servicios. Y se mantiene constantemente en contacto con el director de la escuela religiosa. Además, se reciben docenas —cientos, incluso— de llamadas, tanto de judíos como de gentiles, de individuos y de organizaciones, algunas de las cuales no tienen nada que ver con el templo, y todas ellas con preguntas, solicitudes, proyectos, que hay que estudiar y resolver. Podría seguir así toda la mañana, pero entonces no les daría tiempo de jugar hoy al golf.

Hubo algunas risas entre el auditorio.

—Para muchos de ustedes —prosiguió—, estas y otras facetas del trabajo del rabino les resultan desconocidas. Pero yo sí las conozco. Y quiero decirles que el rabino ha cumplido con su trabajo mejor aún de lo que esperaba cuando lo contraté.

Al Becker alzó la mano y le fue concedida la palabra.

—No estoy seguro de que me complazca la idea de que el rabino al que empleamos y cuyo salario pagamos se ocupe de tareas que no guardan relación con el templo. Pero tal vez nuestro buen presidente esté exagerando un poco las cosas. —Se inclinó hacia adelante y, apoyándose sobre la mesa con sus dos puños cerrados, fue mirando a todos los asistentes. Luego prosiguió con voz potente —. No creo que haya nadie aquí que sienta más respeto que yo hacia nuestro presidente, Jake Wasserman. Le respeto como hombre y respeto el trabajo que ha hecho por el templo. Respeto su integridad y respeto su juicio. Normalmente, si me dijera que un individuo es bueno, estaría dispuesto a apostar que lo era. Y si dice que el rabino es un buen hombre, no me cabe duda de que lo es. — Su mandíbula se alzó agresivamente—. Pero yo creo que no es el hombre adecuado para este puesto en particular. Es posible que sea un excelente rabino, pero no es el que esta congregación necesita. Tengo entendido que es un notable erudito, pero no es eso lo que ahora queremos aquí. Nosotros formamos parte de una comunidad más amplia. A los ojos de nuestros amigos y vecinos no judíos, somos una organización religiosa más de las varias que hay en la comunidad. Y necesitamos a alguien que nos represente adecuadamente ante nuestros amigos y vecinos gentiles. Necesitamos a alguien que dé una buena imagen a la vista del público, que sea capaz de desempeñar la faceta de relaciones públicas que su cargo exige. El director de la escuela secundaria me ha comunicado que, para el próximo año, tiene la intención de conferir el honor de pronunciar el discurso de graduación al jefe espiritual de nuestro templo. Francamente, amigos, la visión de nuestro rabino en el estrado, con sus pantalones demasiado holgados y su chaqueta sin planchar, despeinado, con la corbata torcida, contando sus habituales historietas del Talmud..., bueno, francamente, lo encuentro embarazoso.

Abe Reich pidió la palabra.

—Solamente quería decir una cosa: sé exactamente a qué se refiere el señor Wasserman cuando dice que el rabino se ocupa de muchas actividades que pasan desapercibidas para la mayoría de nosotros. Yo tuve el privilegio de conocer este aspecto del rabino, y permítanme decirles que se trataba de una cuestión importante para

mí, y desde entonces no he dejado de admirarle. Puede que no sea un brillante orador, pero cuando nos habla desde el púlpito sabe lo que está diciendo. Prefiero un hombre así antes que un actor muy impresionante y capaz de usar palabras de a diez dólares. Cuando el rabino habla, se siente que es sincero, y eso es mucho más de lo que puede decirse de otros rabinos de gran categoría que yo he oído.

El doctor Pearlstein se levantó para apoyar a su amigo, Al Becker.

—Una docena de veces por semana, cuando he de recetarle algo a un paciente, me preguntan si no podrían utilizar el mismo remedio que les receté el año pasado, o el que receté a alguno de sus amigos que presentaba los mismos síntomas. Una y otra vez, he de explicarles que un médico ético solamente receta para una persona en concreto y una enfermedad en concreto.

—Haría mejor tapándose los oídos, Doc —gritó alguien, y el doctor se unió a las risas.

—Lo que pretendo decir es lo que ha dicho antes Al Becker. Nadie afirma que el rabino sea incapaz o que no sea sincero. La cuestión es si se trata del rabino que necesita esta congregación en estos momentos. ¿Es lo qué recetaría el médico para este paciente en concreto en esta situación en concreto?

—Sí, pero puede que haya más de un médico.

Unos cuantos comenzaron a hablar al mismo tiempo, y Wasserman dio unos golpes en la mesa para imponer el orden.

Uno de los que nunca habían participado antes en una reunión del consejo alzó la mano y tomó la palabra.

—Miren, amigos —comenzó—, ¿qué sentido tiene discutir esto? Cuando se habla acerca de una idea o de un proyecto, de acuerdo; cuanto más se hable, más claro quedará todo. Pero cuando se habla acerca de una persona, no se llega a ninguna parte. Lo único que lograremos será molestarnos entre nosotros. Todos conocemos al rabino, y todos sabemos si lo queremos o no. Propongo que dejemos de darle más vueltas al asunto y lo pongamos a votación inmediatamente.

—¡Muy bien!

—¡Votemos!

—¡Que se acepte la propuesta!

—¡Un momento! —Fue un rugido que todos reconocieron como

la voz de Abe Casson, que había conseguido su ronquera y su volumen en un millar de mítines políticos—. Antes de que se acepte la propuesta, me gustaría pronunciar unas palabras sobre la situación en general. —Abandonó su asiento y recorrió el pasillo hasta el frente de la sala, para quedar de cara a los demás miembros—. No voy a discutir si el rabino está haciendo un buen trabajo o no. Pero voy a decir unas palabras sobre la cuestión de las relaciones públicas, a las que se ha referido antes mi buen amigo Al Becker. Como todos saben, un sacerdote católico es asignado a su parroquia por el obispo, y se queda en ella hasta que el obispo lo traslada. Si a algún miembro de la parroquia no le gusta el sacerdote..., puede cambiar de parroquia. Las diversas iglesias protestantes utilizan sistemas distintos. Todas ellas tienen diferentes formas de contratar a sus ministros y de despedirlos, pero, por lo general, no despiden a un ministro a menos que haya cometido alguna falta grave, y la cosa ha de estar muy, muy clara.

Bajó el volumen de su voz hasta un tono más de conversación.

—Yo he sido presidente del comité republicano del condado durante casi diez años, por tanto me parece que puedo afirmar que sé cómo piensan nuestros vecinos y amigos no judíos. No comprenden nuestros métodos para contratar a un rabino o para despedirlo. No comprenden que a los veinte minutos de la llegada del rabino a la ciudad ya se haya formado un partido en su favor y otro en su contra. No comprenden cómo algunos miembros de la congregación pueden oponerse al rabino por la sencilla razón de que no les gustan los sombreros que usa su esposa. Para nosotros, es cosa de rutina. Estoy al corriente de todo lo que se cuece en todos los templos y sinagogas de Lynn y de Salem, sí, y también en muchos de Boston. Cuando un rabino nuevo llega a una congregación, siempre hay un grupo de amigos del antiguo rabino que se le opone automáticamente. Así somos los judíos. Pero, como digo, esto los gentiles no lo comprenden. Así que, si despedimos al rabino, lo primero que van a pensar es que tenemos alguna razón de peso. ¿Y qué razón van a pensar que es ésa? Pensemos en ello. Hace apenas unos días se halló en nuestro jardín el cuerpo de una joven asesinada. Ya saben que en aquellos momentos nuestro rabino se encontraba a solas en el templo, en su estudio. Su coche estaba en el aparcamiento, y en él se halló el bolso de la chica. Ustedes y yo

sabemos, y la policía también lo sabe, que el rabino no ha podido ser el autor...

—¿Por qué no ha podido ser el rabino? —preguntó un miembro.

Un silencio mortal acogió esta expresión de un pensamiento que a muchos de ellos les había pasado por la cabeza.

Pero Casson se volvió contra ellos.

—Quien haya dicho eso debería avergonzarse. Conozco a todos los presentes, y sé que ninguno de nosotros cree verdaderamente que el rabino haya podido cometer este horrible crimen. Como director de la campaña del actual fiscal del distrito, puedo decirles que tengo cierta idea de lo que piensa el mismo fiscal y de lo que piensa la policía. Y les aseguro que no han pensado ni por un momento que el rabino sea el asesino. Pero —prosiguió, agitando un dedo hacia su auditorio para dar mayor énfasis a sus palabras— tampoco se le puede descartar. Si no fuera un rabino, sería el sospechoso número uno. —Alzó una mano y utilizó los dedos para ir contando los distintos puntos a medida que los iba enumerando—. El bolso de la víctima estaba en su coche. Él estaba en las cercanías en el momento del crimen. Es el único del que podemos decir con certeza que estaba allí. Únicamente tenemos su palabra de que permaneció todo el tiempo encerrado en su estudio. No hay ningún otro sospechoso.

Paseó la vista en torno suyo.

—Y ahora, dos días después del suceso, quieren despedir al rabino. ¿Qué clase de relaciones públicas son éstas, Al? ¿Qué van a pensar tus amigos gentiles cuando se enteren de que la congregación despidió al rabino dos días después de que se convirtiera en sospechoso de un asesinato? ¿Qué explicación les darás, Al? Oh, no; no lo hemos despedido por eso. Lo despedimos porque llevaba los pantalones mal planchados. ¿Eso vas a decirles?

Al Becker se puso en pie. Ya no parecía tan seguro de sí mismo como en su anterior intervención.

—Mira, yo no tengo nada personal contra el rabino. Quiero que esto quede bien claro. Solamente pensaba en lo que sería mejor para el templo. Si creyera lo que nuestro amigo Abe Casson acaba de decirnos, que el hecho de ser despedido ahora podría complicarle las cosas al rabino, yo sería el primero en oponerme. Pero todos sabemos que la policía no puede relacionarle seriamente

con este crimen. Todos sabemos que no van a cargárselo a él aunque lo despedamos. Y, si no lo hacemos, habremos de tenerlo con nosotros todo el año próximo.

—Un momento, Al. —Era Casson de nuevo—. Creo que no me has entendido bien. No me preocupan las consecuencias para el rabino. Lo que me preocupa son las consecuencias para el templo, para la congregación. No faltará quien diga que lo despedimos porque sospechábamos que era culpable. Y dirán que menudos rabinos debemos de tener si tan poco nos cuesta empezar a sospechar que uno de ellos es un asesino. Y habrá otros a los que les parecerá absurdo que podamos sospechar del rabino, y lo primero que pensarán es que los judíos no nos tenemos confianza entre nosotros mismos, y que somos capaces de despedir a nuestro jefe espiritual por una mera sospecha. En este país en el que un hombre es considerado inocente hasta que se demuestra su culpabilidad, eso no va a sentar muy bien. ¿Lo ves ahora, Al? Es lo que van a decir de nosotros lo que me preocupa.

—Bueno, pues yo no voy a votar que se prorrogue el contrato del rabino —replicó Becker, y se sentó con los brazos cruzados como para dar a entender que no quería seguir tomando parte en la discusión.

—¿Por qué nos peleamos? —preguntó otro miembro, al que Becker había inducido a votar en contra del rabino—. Comprendo las razones de Abe Casson y comprendo las razones de Al Becker. Pero no comprendo por qué hemos de tomar una decisión hoy mismo. La semana que viene habrá otra reunión. La policía trabaja deprisa actualmente. Es posible que antes de la próxima reunión ya esté solucionado todo. Propongo que aplacemos la votación hasta entonces. Y, en el peor de los casos, siempre podemos celebrar otra reunión.

—En el peor de los casos, no tendremos que preocuparnos de reuniones —apostilló Abe Casson, inexorablemente.

## 17

WASSERMAN había estado tan seguro de que el rabino iba a perder que no pudo contener el alivio que se reflejaba en su rostro.

—Créame, rabino —dijo—, el futuro se presenta más claro. ¿Quién sabe qué puede ocurrir dentro de una o dos semanas? Supongamos que la policía no ha podido dar con el culpable. ¿Cree que consentiríamos entonces un nuevo aplazamiento? No, se lo aseguro. Les diré que no es justo tenerle a usted pendiente de nuestra decisión cuando podría estar buscando otro empleo. Estoy seguro de que lo comprenderán. Y, aunque la policía detenga a quien lo hizo, ¿cree que Al Becker podrá volver a reunir a tanta gente por segunda vez? Créame, los conozco bien. He tratado de convencerlos para que asistan a las reuniones. Becker lo ha conseguido una vez, pero no podrá repetirlo. Y, si acuden los de siempre, no hay duda de que ganaremos.

El rabino estaba preocupado.

—Tengo la impresión de imponer mi presencia por la fuerza. Tal vez sería mejor que dimitiera. No es agradable aferrarse al púlpito contra los deseos de la congregación. Resulta poco digno.

—Rabino, rabino. Tenemos más de trescientos miembros. Si pudieran participar todos en la votación, no le quepa duda de que la mayoría estaría con usted. Le aseguro que la inmensa mayoría de la congregación está a favor suyo. Los miembros del consejo no representan a la congregación. Han sido designados. Yo los he designado, o al menos he designado al comité que confeccionó la lista, y ya sabe cómo son estas cosas: los restantes miembros han de

aprobar la lista en pleno. Los miembros del consejo lo son porque pensamos que podrían rendir algún servicio al templo, o porque son algo más ricos que los demás. Pero solamente se representan a sí mismos. Becker se dirigió a ellos en primer lugar, de modo que le prometieron votar a favor suyo. Pero si les pide que asistan a la próxima reunión, descubrirá que todos tienen compromisos ineludibles.

El rabino se rió.

—Sabe usted, señor Wasserman, uno de los temas favoritos en los debates de los estudiantes del seminario era el de cómo puede un rabino asegurarse el empleo. La mejor forma es casándose con una chica muy rica. Así, la congregación cree que al rabino le da igual quedarse en el puesto que marcharse, y eso le proporciona a uno una gran ventaja psicológica. Además, si la chica es verdaderamente rica, eso le da una buena posición social en la congregación, lo cual también es muy importante de cara a las esposas de los miembros. Otro método consiste en escribir y publicar un libro de éxito. De este modo, la congregación se beneficia del prestigio del rabino. Un tercer sistema es el de intervenir en la política local para que los gentiles hablen bien de uno. Si un rabino se gana la reputación de «hombre con redaños», es prácticamente imposible despedirlo. Pero ahora he descubierto un sistema nuevo: convertirse en el principal sospechoso de un asesinato. Para un rabino, es una bonita forma de asegurarse el puesto.

Cuando terminó su conversación con Wasserman y éste regresó a su automóvil, sin embargo, el rabino no se sentía de muy buen humor. Después de la comida del domingo, contempló con pesimismo a Miriam mientras ésta repetía los gestos de rutina: arreglar el frutero sobre la mesita de café de la sala, dar unas palmaditas a los cojines del sofá y de las butacas, quitar las últimas motas de polvo de las lámparas y los muebles.

—¿Estás esperando a alguien? —inquirió.

—A nadie en particular, pero los domingos por la tarde siempre suele venir alguien, sobre todo si hace tan buen día como hoy. ¿No crees que deberías ponerte la chaqueta?

—Francamente, en estos momentos estoy un poco harto de mi congregación y de mis deberes pastorales. ¿Te das cuenta, Miriam,

de que llevamos casi un año aquí en

Barnard's

Crossing y todavía no hemos explorado la ciudad? Tomémonos un día de fiesta. ¿Por qué no te pones un calzado cómodo y nos vamos a pasear por el centro?

—¿A hacer qué?

—A no hacer nada, esperó. Si te parece que necesitamos una excusa, podemos pasar por el garaje de la policía a recoger el coche. Pero lo que me gustaría es vagar como un turista por las callejuelas de Old Town. Es un lugar fascinante, y está cargado de historia.

¿Sabías que

Barnard's

Crossing fue fundado por un grupo de gente ruda, principalmente marinos y pescadores, que no querían vivir bajo la represión de la teocracia puritana? Desde que Hugh Lanigan me habló de ello, he investigado un poco por mi cuenta. Aquí nunca se ha observado el *Sabbath* demasiado escrupulosamente, y ni siquiera hubo una iglesia ni un ministro hasta bastantes años después de la fundación. Y nosotros que creíamos que se trataba de una rígida y severa comunidad ultraconservadora. En

Barnard's

Crossing se da un tipo especial de independencia que no suele hallarse en las demás ciudades de Nueva Inglaterra. Casi todas las poblaciones de Nueva Inglaterra cuentan con una tradición de independencia, pero eso solamente quiere decir que tomaron una parte activa en la revolución. Aquí hay también una tradición de independencia frente al resto de Nueva Inglaterra. Esto es el fin del mundo, conque los nativos tienden a mostrarse suspicaces ante todo lo de fuera. ¿Por qué no vamos a ver la ciudad de cerca?

Bajaron del autobús en el límite de Old Town y empezaron a deambular con mucha calma, deteniéndose cuando veían alguna cosa que les llamaba la atención. Visitaron el ayuntamiento, admirando las viejas banderas de guerra conservadas en vitrinas a lo largo de las paredes. Leyeron las placas de bronce que marcaban los edificios de interés histórico. En un momento dado, se mezclaron con un grupo de turistas que escuchaba las explicaciones de su guía, y siguieron a su lado hasta que el grupo regresó al autocar. Luego pasearon por la calle mayor, contemplando los

escaparates de los anticuarios y las tiendas de regalos, y el maravilloso escaparate de un comercio de artículos náuticos, con sus adujadas de cuerda, sus accesorios de latón, brújulas y áncoras. Descubrieron un minúsculo parque que dominaba el puerto y se acomodaron en uno de los bancos, mirando los barcos de vela que se deslizaban graciosamente y las motoras que cortaban la superficie del agua. Permanecieron allí sin hablar, admirando la pacífica escena.

Finalmente, se dispusieron a buscar el garaje de la policía para recuperar su coche, y no tardaron en perderse. Durante una hora, más o menos, anduvieron recorriendo estrechos callejones sin salida, con aceras tan angostas que no podían caminar el uno junto al otro. A ambos lados se alzaban casas independientes, pero a veces separadas por menos de un palmo, y mirando por estas rendijas distinguían al fondo pequeños jardines a la vieja usanza, con flores alpestres, malvas locas y girasoles y diminutas pérgolas emparradas. Volvieron sobre sus pasos y salieron a otra callejuela particular donde las escasas viviendas eran de ladrillo pintado y tenían jardines rodeados con empalizadas de color blanco; más allá, de vez en cuándo podía vislumbrarse un retazo de océano y algún bote que cabecaba junto a un desvencijado embarcadero al que el menor movimiento de las olas hacía tambalearse. Ocasionalmente, distinguían alguna persona en traje de baño tendida en un embarcadero, tomando el sol, y rápidamente apartaron la mirada, sintiéndose intrusos. Sin darse cuenta, empezaron a hablar en voz baja.

El día era caluroso y comenzaban a sentirse cansados. No había nadie a quien preguntarle el camino de vuelta a la calle mayor. Los porches delanteros de las casas frente a las que pasaban quedaban retirados por la calle y protegidos por la inevitable valla blanca. Abrir el portón de la verja y recorrer quince metros por un camino de losas para llamar a la puerta de la casa les parecía una auténtica invasión. Todo el ambiente daba la impresión de estar calculado para mantener al vecino a distancia, no por hosquedad, sino porque cada uno se contentaba con cultivar su propio jardín. Luego, de repente, se encontraron en una calle que bordeaba el muelle y, una manzana más adelante, vieron la calle mayor con sus numerosos comercios. Avivaron el paso, como temiendo perderse de nuevo si

se demoraban demasiado, pero justo cuando iban a llegar a la calle principal les saludó Hugh Lanigan desde el porche de su casa, donde estaba descansando.

—Pasen y siéntense un rato —les invitó. No tuvo que repetir su ofrecimiento.

—Creía que estaría usted trabajando —comentó el rabino con una sonrisa—. ¿O acaso ya ha resuelto la cuestión?

Lanigan le devolvió la sonrisa.

—He decidido tomarme un pequeño descanso, rabino. Igual que usted. Pero mi trabajo no queda más lejos que el teléfono más próximo.

Era un porche amplio y confortable, con butacones de mimbre. Apenas acababan de tomar asiento cuando se les unió la señora Lanigan, una esbelta mujer de cabellos grises, vestida con un jersey y pantalones.

—¿Puede usted beber algo, rabino? —inquirió Lanigan, preocupado—. Quiero decir, ¿no va contra su religión?

—No, no somos prohibicionistas. Supongo que está ofreciéndome un combinado como el suyo.

—Exactamente. Y nadie prepara los Tom Collins mejor que Amy, aquí presente.

—¿Cómo anda la investigación? —preguntó el rabino; después de que regresara la señora Lanigan con una bandeja.

—Hacemos progresos —respondió el jefe alegremente—. ¿Cómo anda su congregación?

—Hacemos progresos —dijo el rabino, con una sonrisa.

—He oído decir que están dándole problemas.

El rabino le miró inquisitivamente, pero no contestó nada. Lanigan se rió.

—Mire, rabino, deje que le explique algo acerca del trabajo policial. En una gran ciudad existe lo que podríamos llamar una población delincuente estable que es la responsable de casi todos los delitos a los que ha de enfrentarse la policía. ¿Y cómo la controlan? Principalmente, por medio de informadores. En una ciudad como ésta no hay una población delincuente. Tenemos, es cierto, algunos elementos perturbadores crónicos, y la forma en que controlamos la situación es la misma: por medio de informadores. Sólo que en nuestro caso no se trata de confidentes habituales, sino de rumores

que oímos y que escuchamos cuidadosamente. Yo sé lo que ocurre en su templo casi tan bien como usted. En la reunión de hoy había unas cuarenta personas. Y todos, cuando volvieron a sus casas, hablaron con sus esposas. ¿Cree usted que ochenta personas pueden guardar un secreto en una población como ésta, sobre todo si el asunto no se considera secreto, para empezar? Ah, rabino; en nuestra iglesia, hacemos estas cosas mucho mejor. Entre nosotros, lo que dice el sacerdote es lo que vale.

—¿Tan superior es al resto de ustedes? —quiso saber el rabino.

—Por lo general, es un buen hombre —asintió Lanigan—, porque el proceso de selección elimina a casi todos los incompetentes. Naturalmente, tenemos algunos idiotas rematados entre el clero, pero no es ésa la cuestión. La cuestión es que si se quiere que haya disciplina, hace falta alguien cuya autoridad no pueda ponerse en tela de juicio.

—Supongo que ahí radica la diferencia entre los dos sistemas —observó el rabino—. Nosotros admitimos que se cuestione todo.

—¿Aun los puntos de fe?

—No se nos exige gran cosa en cuestiones de fe. Y las escasas cuestiones de fe, como la existencia de un Dios Todopoderoso, Omnisciente y Omnipresente, es lícito ponerlas en duda. Sencillamente, nos limitamos a reconocer que la duda no conduce a ninguna parte. Pero no tenemos artículos de fe que hay que respetar. Por ejemplo, cuando recibí mi

*S'michah*

, lo que usted llamaría ordenación, no se me interrogó acerca de mis creencias y no pronuncié votos de ninguna clase.

—¿Quiere decir que no está usted consagrado, entonces?

—Solamente en la medida en que yo mismo me siento consagrado —contestó el rabino.

—Entonces, ¿qué le hace diferente de los demás miembros de su rebaño?

El rabino se rió.

—En primer lugar, no es mi rebaño; al menos, no en el sentido de que se hallan bajo mi custodia y de que yo soy responsable ante Dios por su seguridad y su comportamiento. De hecho, no tengo ninguna responsabilidad, y tampoco ningún privilegio, que no tenga cualquier miembro varón de la congregación que pase de los trece

años. Creo que la única diferencia con los demás miembros de mi congregación consiste en que, teóricamente, yo tengo un mayor conocimiento de la Ley y de nuestra tradición. Eso es todo.

—Pero usted dirige las oraciones... —Se interrumpió al ver que su invitado meneaba la cabeza.

—Cualquier varón adulto puede hacerlo. En nuestro servicio cotidiano, se acostumbra a ofrecer el honor de dirigir las oraciones a cualquier forastero que se halle casualmente entre nosotros, o a cualquiera que no suela hallarse presente normalmente.

—Pero usted los bendice, y visita a los enfermos, y realiza matrimonios y funerales...

—Realizo matrimonios porque las autoridades civiles me han concedido poderes para hacerlo; visito a los enfermos porque se trata de una bendición que nos incumbe a todos, y lo hago como cosa de rutina, en gran medida a causa del ejemplo sentado por sus sacerdotes y ministros. Incluso el bendecir la congregación es oficialmente función de aquellos miembros de la misma que sean descendientes de Aaron, como se hace en las congregaciones ortodoxas. En los templos conservadores, como el nuestro, se trata en realidad de una usurpación por parte del rabino.

—Comprendo entonces lo que quiere decir con eso de que no es usted miembro del clero —dijo Lanigan, con aire pensativo—. Pero ¿cómo se las arregla para mantenerlos a raya?

El rabino sonrió con tristeza.

—No parece que lo haga muy bien, ¿verdad?

—No me refería a eso. No estaba pensando en sus dificultades actuales. Lo que quería decir es ¿cómo logra evitar que pequen?

—¿Quiere decir que cómo funciona el sistema? Supongo que haciendo que cada uno sea responsable de sus propios actos.

—¿El libre albedrío? También nosotros tenemos eso.

—Desde luego, pero el nuestro es un tanto diferente. Sus correligionarios tienen el libre albedrío, pero también tienen una mano a la que asirse si tropiezan. Tienen sacerdotes capaces de oír su confesión y perdonarlos. Tienen una jerarquía de santos que pueden interceder por el pecador y, finalmente, tienen un Purgatorio, que viene a ser una especie de segunda oportunidad. Podría añadir que tienen también un Cielo y un Infierno, que ayudan a reparar los errores de esta vida. Nuestra gente sólo tiene

una oportunidad. Nuestras buenas acciones han de llevarse a cabo en esta vida, en la tierra. Y, ya que no hay nadie que pueda ayudarles a llevar su carga ni que interceda por ellos, deben hacerlo por sí solos.

—¿No creen ustedes en el Cielo ni en la vida después de la muerte?

—En realidad, no —contestó el rabino—. Nuestras creencias se han visto influidas por las de los que nos rodeaban, por supuesto, al igual que las de usted. En algunos momentos de nuestra historia han surgido ideas acerca de una vida después de la muerte, pero aun entonces las concebimos a nuestra manera. Para nosotros, la vida después de la muerte es aquella parte de nuestra vida que continúa viviendo en nuestros hijos, en la influencia que dejamos atrás y en los recuerdos que la gente conserva de nosotros.

—En tal caso, si alguien hace el mal en esta vida pero es próspero y feliz, ¿se escapa tan frescamente? —Fue la señora Lanigan quien hizo esta pregunta.

El rabino se volvió hacia ella. Se preguntó si su curiosidad se debería quizá a alguna experiencia personal.

—Resulta discutible —comenzó lentamente— el que un organismo pensante como el ser humano pueda jamás «escaparse tan frescamente» de algo que haya hecho. Sin embargo, es un problema, y todas las religiones se han enfrentado a él: ¿Cómo es recompensado el bueno que sufre y castigado el malo que prospera? Las religiones orientales lo explican por medio de la reencarnación. El malvado que es próspero merece su prosperidad por las virtudes que practicó en una encarnación anterior, y su maldad será castigada en una encarnación posterior. La iglesia cristiana responde a esta pregunta con los conceptos del Cielo y del Infierno. —Pareció reflexionar unos instantes, y luego agitó vigorosamente la cabeza—. Son dos buenas soluciones, si es que uno puede creer en ellas. Nosotros no podemos. Nuestra opinión se refleja en el libro de Job, que por eso mismo se incluye en la Biblia. Job se ve sometido a penalidades sin motivo, pero no dice en modo alguno que luego haya de ser recompensado en la otra vida. El sufrimiento de los virtuosos es una de las desgracias de la vida. El fuego quema al bueno tan grave y dolorosamente como al malvado.

—Entonces, ¿por qué molestarse en ser buenos? —preguntó la

señora Lanigan.

—Porque la virtud conlleva su propia recompensa y el mal su propio castigo. Porque el mal es esencialmente algo mezquino, bajo y depravado, y en una vida limitada representa una porción desperdiciada, mal empleada, que jamás podrá recuperarse.

Mientras hablaba con Hugh Lanigan, su voz había mantenido un tono normal de conversación, pero al hablarle a la señora Lanigan fue haciéndose cada vez más solemne, casi como si estuviera pronunciando un sermón. Miriam carraspeó en señal de advertencia.

—Tendríamos que volver a casa, David —le hizo notar.

El rabino consultó su reloj de pulsera.

—Vaya, qué tarde se ha hecho. No quería extenderme tanto. Sospecho que habrá sido el Tom Collins.

—Me alegra que lo haya hecho, rabino —respondió Lanigan—. Quizá no lo supiera, pero me interesa mucho la religión. Leo libros sobre el tema siempre que puedo. Pero no tengo muchas ocasiones de hablar de religión con nadie. Parece que a la gente no le gusta hablar de estas cosas.

—Puede que ya no sea muy importante para ellos.

—Bueno, sí, eso es muy posible, rabino. Pero he disfrutado con su compañía, y me gustaría que lo repitiéramos alguna vez.

Sonó el teléfono. La señora Lanigan fue a atender la llamada y regresó casi inmediatamente.

—Es Eban. Quiere hablar contigo, Hugh.

Su marido, que estaba explicándole al rabino el camino más breve para llegar al garaje de la policía, respondió:

—Dile que ya le llamaré yo en seguida.

—No está en su casa —explicó ella—. Llama desde una cabina.

—Oh, muy bien, voy ahora mismo.

—Ya encontraremos el camino —dijo el rabino. Lanigan asintió con aire ausente y se precipitó hacia el interior. Mientras descendía los peldaños del porche, el rabino se sintió vagamente preocupado.

# 18

A LA MAÑANA SIGUIENTE, Melvin Bronstein fue arrestado. Poco después de las siete, cuando los Bronstein estaban todavía desayunando, Eban Jennings y un sargento, los dos de paisano, se presentaron en la casa.

—¿Melvin Bronstein? —preguntó Jennings al hombre que les abrió la puerta.

—Yo mismo.

El policía le mostró su placa.

—Soy el teniente Jennings, del departamento de policía de Barnard's

Crossing. Tengo una orden de arresto contra usted.

—¿Por qué?

—Para ser interrogado en relación con el asesinato de Elspeth Bleech.

—¿Está acusándome de asesinato?

—Mis instrucciones son las de llevarle conmigo para ser interrogado —respondió Jennings.

La señora Bronstein le llamó desde el comedor.

—¿Quién es, Mel?

—Un momento, cariño —contestó él.

—Tendrá que decírselo —observó Jennings, no sin amabilidad.

—¿Quiere venir conmigo? —le pidió Bronstein en voz baja, y se dirigió hacia el comedor.

—Estos señores son del departamento de policía, cariño —explicó—. Quieren que los acompañe para darles cierta información

y responder algunas preguntas. —Tragó saliva—. Es respecto a la pobre chica que encontraron en los terrenos del templo.

Una mancha de color apareció en la cara naturalmente pálida de la señora Bronstein, pero ella no perdió la compostura.

—¿Sabes algo sobre la muerte de la chica, Mel?

—Sobre su muerte, no —respondió Bronstein con la mayor seriedad—. Pero sé algo sobre la chica, y estos señores creen que tal vez pueda serles útil para sus investigaciones.

—¿Volverás a la hora de comer? —quiso saber su esposa.

Bronstein miró al policía esperando su respuesta.

Jennings se aclaró la garganta.

—Yo no contaría con ello, señora.

La señora Bronstein apoyó sus manos sobre el borde de la mesa y empujó suavemente. Se deslizó algunos centímetros hacia atrás, y el policía advirtió entonces que iba en una silla de ruedas.

—Si puedes ayudar en algo a la policía para que resuelva este terrible asunto, Mel, por supuesto que has de hacer todo lo que esté en tu mano.

Él asintió.

—Será mejor que llames a Al y le pidas que se ponga en contacto con Nate Greenspan.

—Desde luego.

—¿Quieres que te acompañe a la cama —preguntó— o prefieres quedarte sentada?

—Creo que prefiero volver a la cama.

Bronstein se agachó y la tomó en sus brazos. Por un momento permaneció inmóvil, sujetándola. Ella le miró a los ojos.

—Todo está bien, querida —susurró él.

—Pues claro —musitó ella.

La sacó en volandas de la habitación.

La noticia se extendió como un incendio en el bosque. El rabino acababa de regresar a casa después de una atareada mañana en el templo y estaba a punto de sentarse a la mesa para almorzar cuando Ben Schwarz llamó para comunicársela.

—¿Está seguro? —preguntó el rabino.

—No es ningún secreto, rabino. Probablemente lo mencionarán en el próximo noticiario de la radio.

—¿Conoce los detalles?

—No, solamente sé que la policía se lo llevó para interrogarlo.  
—Vaciló, y luego dijo—: Ah..., rabino, no sé qué piensa usted hacer, pero creo que debería saber que no es miembro de nuestro templo.

—Entiendo. Bien, gracias.

Le contó esta conversación a Miriam.

—El señor Schwarz parecía pensar que podía ignorar todo el asunto, si así lo prefería. Por lo menos, así es como interpreto su comentario acerca de que el señor Bronstein no es miembro de nuestro templo.

—¿Le harás caso?

—¡Miriam!

—Bien, entonces, ¿qué piensas hacer?

—No estoy seguro. En todo caso, iré a verlo. Supongo que tendré que pedir permiso a las autoridades, y seguramente también a su abogado. Puede que sea más urgente visitar a la señora Bronstein.

—¿Por qué no hablas con el jefe Lanigan?

El rabino meneó la cabeza.

—¿Y qué voy a decirle? No sé nada del asunto. Apenas si conozco a los Bronstein. No, antes llamaré a la señora Bronstein.

Le contestó una mujer, diciéndole que la señora Bronstein no podía ponerse al aparato.

—Soy el rabino Small. ¿Quiere usted preguntarle si podría recibirme hoy, a la hora que más le convenga?

—Espere un momento, por favor. —Al poco rato, la mujer le anunció que la señora Bronstein agradecía su llamada y con mucho gusto le recibiría a primera hora de la tarde.

—Dígale que vendré a las tres en punto.

Terminaba de colgar cuando sonó el timbre de la puerta. Era Hugh Lanigan.

—Vengo ahora mismo del templo y pasaba por aquí delante —explicó—. Ya tenemos algo concreto en lo que basarnos. ¿Se ha enterado de lo de Bronstein?

—Sí, me he enterado, y la idea de que pueda ser él el culpable me parece completamente absurda.

—¿Lo conoce bien, rabino?

—No.

—Bien, pues antes de que salte a conclusiones injustificadas,

déjeme decirle algo: el señor Bronstein estuvo con la chica la noche en que la mataron. No se trata de uno de esos errores fantásticos que a veces comete la policía. Él admite que estuvo con ella. Cenaron juntos y pasó con ella toda la velada. Él mismo lo admite, rabino.

—¿Por su propia voluntad?

Lanigan sonrió.

—¿Piensa usted en terceros grados y coacciones? Le aseguro que aquí no hacemos tales cosas.

—No, más bien pensaba en interrogatorios interminables, y en pequeños deslices que luego son interpretados como una confesión de culpabilidad.

—Anda usted muy equivocado, rabino. Nada más llegar, hizo una declaración. Habría podido negarse a hablar hasta que llegara su abogado, pero no lo hizo. Dijo que había ido al restaurante Surfside y que había conocido allí a la chica. Asegura que nunca la había visto anteriormente. Después de cenar, fueron a un cine de Boston y luego se detuvieron a tomar un bocado. Finalmente, la acompañó a casa de los Serafino y la dejó allí. Todo muy claro y sencillo, ¿no cree? Pero el cuerpo de la chica fue encontrado el viernes por la mañana. Hoy es lunes. Han pasado cuatro días. Si no tuvo nada que ver, ¿por qué no se presentó voluntariamente para contarnos lo que sabía?

—Porque es un hombre casado. Cometió una indiscreción que de pronto adquirió proporciones monstruosas. Ha hecho mal no yendo a verles, ha sido una cobardía y un error de juicio, pero eso no le convierte en culpable de un asesinato.

—Esto es sólo el primer punto, rabino, pero tendrá que admitir que había motivos más que justificados para interrogarle. Ahora viene el punto número dos. La chica estaba en estado. La señora Serafino, para quien trabajaba la chica, se sorprendió muchísimo al enterarse; en primer lugar, porque era una chica tranquila que nunca salía por ahí y, en segundo lugar, porque no iba con hombres. Durante todo el tiempo que pasó en su casa, la señora Serafino no oyó nunca que la telefonara un hombre, y nunca dijo ni dio a entender que hubiera salido con uno. En sus tardes libres, los jueves, solía ir al cine, bien sola, bien con una amiga que vivía unas cuantas casas más abajo. Hablamos con esa amiga, Celia, y nos

dijo que varias veces le había ofrecido a Elspeth presentarle a algún hombre, pero siempre rechazaba estas ofertas. Al poco de llegar Elspeth aquí, Celia la convenció para que la acompañara al baile anual de la policía y los bomberos. Todas las criadas van. Ésa fue la única ocasión en que acudió a un baile. Celia creía que tal vez Elspeth tuviera novio en el Canadá, ya que de vez en cuando recibía carta desde allí, y eso habría explicado su actitud. Celia era su única amiga en la ciudad, y por cierto no fue Celia precisamente quien la dejó embarazada. De modo que comenzamos a investigar por ahí y averiguamos que su amigo el señor Bronstein se había inscrito al menos media docena de veces en diversos moteles de las carreteras 14 y 69. Normalmente utilizaba el nombre de Brown, y siempre iba acompañado de una mujer a la que presentaba como su esposa. Y, por lo que hemos podido averiguar, sus escapadas eran siempre en jueves. Hemos podido identificarlo sin lugar a dudas gracias a su foto y, en un lugar, gracias a que anotaron la matrícula de su automóvil. Un par de empleados de motel estaban bastante seguros de que su «esposa» era rubia y se parecía a la foto que les mostramos de la chica asesinada. Ése es el punto número dos, rabino.

—¿Le han dicho a él lo de los moteles?

—Por supuesto. Si no, tampoco se lo habría dicho a usted.

—¿Y él qué dice?

—Admite que estuvo en esos moteles, pero insiste en que no iba con la chica, que se trataba de otra persona cuyo nombre no quiere divulgar.

—Bien; si eso es cierto, como podría serlo, su actitud es digna de admiración.

—Sí, sí es cierto. Pero aún hay más. Está el punto número tres, que no demuestra nada pero puede resultar indicativo. La chica fue a ver a un ginecólogo el jueves por la tarde. Probablemente llevaba el anillo de bodas que encontramos en su bolso, por razones evidentes. Era su primera visita, de modo que, aunque quizá sospechara su estado, no pudo estar segura hasta el jueves. Se presentó con el nombre de Elizabeth Brown. Y recuerde que Bronstein siempre se inscribía como señor y señora Brown.

—Es un apellido tan corriente como Smith.

—Cierto.

—Y nada de lo que me ha dicho explica el hecho de que la chica solamente llevara unas bragas bajo el abrigo y el impermeable. Supongo que no hay duda de que el abrigo e impermeable eran de ella, y que el vestido que se halló en su armario era el que había llevado esa tarde.

—Así es, y eso nos conduce al punto número cuatro. Para comprenderlo, tendría que conocer la disposición de la vivienda de Serafino. Usted no conoce a los Serafino; creo que ya se lo pregunté en otra ocasión. El señor Serafino dirige una especie de club nocturno. Es un local pequeño, donde la gente se sienta en torno a minúsculas mesitas y bebe licores aguados mientras el señor Serafino a veces toca el piano y su esposa canta algunas canciones, canciones picantes, canciones groseras, canciones decididamente obscenas. No es un matrimonio muy recomendable, podría decir usted, pero en su hogar son como cualquier otra pareja joven. Tienen dos hijos pequeños y la familia jamás deja de acudir un domingo a la iglesia. El club no cierra hasta las dos de la mañana, así que les hace falta alguien que se cuide de los niños todas las noches de la semana, excepto los jueves, en los que la señora Serafino se queda en casa y solamente su marido va al club. Eso es porque los jueves son noches de poco trabajo. Es el día libre de las criadas, y la clase de gente que suele frecuentar el Club Serafino prefiere quedarse en casa. De todos modos, los Serafino necesitan una cuidadora que viva en la propia casa, cosa difícil de conseguir para personas de economía moderada. Y, a pesar de lo que pueda usted pensar acerca de los propietarios de clubs nocturnos, los Serafino son gente de economía moderada, y su casa está arreglada para satisfacer sus necesidades particulares. Tiene dos plantas. El matrimonio y los dos niños duermen en el piso de arriba. Junto a la cocina, en la planta baja, está lo que podríamos llamar los aposentos del servicio. La chica disponía de un dormitorio, un aseo con ducha y, lo más importante de todo, una entrada independiente. ¿Capta la idea?

El rabino asintió.

—Tenemos, pues, un apartamento casi completamente separado del resto de la casa. En tales circunstancias, ¿qué le impedía a nuestro amigo el señor Bronstein entrar en casa con la chica...?

—¿Y se quitó el vestido mientras él estaba en el cuarto?

—¿Por qué no? Si nuestra teoría es exacta, no sería la primera vez.

—¿Y por qué volvió a salir a la calle?

Lanigan se encogió de hombros.

—Reconozco que aquí nos movemos entre puras suposiciones. Es posible que la estrangulase en la habitación y luego se llevara el cuerpo. Un vecino que se disponía a acostarse miró por la ventana y vio el Lincoln azul de Bronstein detenerse ante la casa de los Serafino. Media hora más tarde, el Lincoln seguía allí. Éste es el punto número cuatro.

—¿Los vio salir del coche o volver a meterse en él?

Lanigan negó con un ademán.

—Sé muy poco acerca de estas cosas —alegó el rabino—, pero, en tanto que talmudista, no carezco de cierta preparación legal. Su teoría tiene muchos puntos débiles.

—¿Por ejemplo?

—Por ejemplo, la cuestión del abrigo y el impermeable. Si la asesinó en la habitación, ¿por qué le puso luego el abrigo y el impermeable? ¿Y por qué la llevó hasta el templo? ¿Y cómo llegó su bolso a mi coche?

—Ya he pensado en todas estas objeciones, rabino, y en otras que no ha mencionado, pero lo que sabemos basta para justificar la decisión de retenerlo hasta que hayamos comprobado una serie de cosas. Siempre es igual. ¿Cree que alguna vez se nos presenta un caso con todos los detalles claramente explicados? No, señor. Encontramos una pista y empezamos a trabajar a partir de ella. Hay objeciones, y nos damos cuenta, pero a medida que vamos adelantando van surgiendo las respuestas, y por lo general se trata de respuestas muy sencillas.

—Y, si no surgen las respuestas, al cabo de cierto tiempo ponen en libertad al sospechoso y su vida queda arruinada —añadió el rabino con amargura.

—Así es, rabino. Es uno de los inconvenientes de vivir en una sociedad organizada.

## 19

NATHAN

GREENSPAN

era un hombre de aspecto académico, lento de pensamiento y de palabra. Sentado ante su escritorio, limpiaba su pipa con un adminículo en forma de cucharilla. Luego sopló un par de veces por la boquilla, para asegurarse de que no estaba obstruida, y comenzó a llenar la cazoleta lenta y meticulosamente, mientras Becker, aferrando su inevitable cigarro, recorría nerviosamente la habitación de un extremo al otro y le contaba lo que había ocurrido, lo que él se imaginaba y lo que esperaba que hiciera Greenspan al respecto. Lo que esperaba que hiciera, en pocas palabras, era que se lanzara al asalto del departamento de policía y exigiera que pusieran en libertad a Bronstein de inmediato si no querían enfrentarse a una querrela por detención injustificada.

El abogado aplicó una cerilla a su pipa, aspiró varias veces hasta que toda la superficie del tabaco quedó uniformemente encendida y, a continuación, apretó de nuevo firmemente el tabaco ardiente que se había salido de la cazoleta. Luego se recostó en su asiento y habló entre nubes de humo.

—Podría conseguir... un mandato de *habeas corpus*... si parece que... lo tienen detenido sin justificación...

—Pues claro que no tienen justificación. Él no tuvo nada que ver con el asesinato.

—¿Y tú cómo lo sabes?

—Porque él lo dice, y porque le conozco bien. Tú sabes qué clase

de hombre es Bronstein. ¿Te parece capaz de asesinar a alguien?

—Según me has contado, la policía no lo ha detenido por asesinato. Solamente se lo llevaron para interrogarle. Él conocía unos datos que la policía tenía derecho a saber. Dijo que había salido con ella la noche que la mataron. Y aunque no fuera cierto, aunque solamente la conociera o hubiera salido alguna vez con ella, la policía estaría interesada en interrogarle.

—Pero enviaron a un par de agentes a detenerlo.

—Eso es porque no se presentó él por su propia voluntad..., como era su deber, por cierto.

—De acuerdo, era su deber, pero ya sabes lo que habría significado para él. Supongo que creyó que podría mantenerse totalmente al margen del asunto. Hizo mal, pero eso no es motivo para que lo arresten de un modo tan vergonzoso, delante de su esposa.

—Es una práctica corriente, Al. Y, de todas formas, ya está hecho.

—Bien, pues, ¿qué te propones hacer?

—Iré a visitarlo, desde luego. Probablemente lo retendrán toda la noche, pero si quieren mantenerlo encerrado por más tiempo tendrán que presentarlo ante un juez y alegar un motivo razonable. Y sospecho que existen suficientes indicios como para retenerlo todo el tiempo que quieran. Conque lo mejor que puedo hacer, imagino, es ir a ver al fiscal del distrito y tratar de averiguar exactamente qué es lo que tienen en contra suya.

—¿No puedes obligarles a que lo suelten si no son capaces de demostrar que lo hizo él?

Greenspan emitió un leve suspiro. Depositó la pipa sobre un cenicero y se quitó las gafas.

—Entiéndelo, Al, han asesinado a una chica. En estos momentos, todo el mundo está deseando que encuentren a quien lo hizo. Eso significa que todas las agencias de la ley desean apoyar, a la policía, y todas las normas y reglamentos se interpretarán a favor de ella. Si yo empiezo ahora con trucos legales para ponerlo en libertad, todo el mundo, incluyendo los periódicos, se lo tomará a mal. Mel recibiría muy mala prensa, y eso no le hará ningún bien pase lo que pase. Por otra parte, si tratamos de cooperar, el fiscal del distrito nos ayudará en lo que pueda.

—¿Y qué hago yo?

—Nada en absoluto, Al. Ejercita tu paciencia.

Paciencia, sin embargo, era una cosa que Al Becker no tenía. Consideró que, si el rumbo de la investigación dependía de la actitud del fiscal del distrito, podría conseguir resultados más rápidos haciendo que su amigo Abe Casson, que había nombrado al fiscal del distrito, utilizara su influencia sobre él.

—¿Qué pretendes que haga, Al? —preguntó Casson—. Puedo decirte que, tal y como están las cosas ahora mismo, tienen una acusación muy bien fundada. De hecho, podrían llevar a Mel ante un gran jurado con lo que ya saben, pero prefieren anudar antes todos los cabos.

—Pero él no lo hizo, Abe.

—¿Cómo lo sabes?

—Porqué él me lo ha dicho. Y porque lo conozco.

Casson permaneció en silencio.

—¡Pero hombre, por Dios! Tú conoces a Mel Bronstein. ¿Es la clase de persona que haría algo así? Es manso como una niña. No es lógico.

—Estos casos nunca son lógicos hasta que han terminado. Entonces son muy lógicos.

—Sí, claro —respondió Becker amargamente—. Si falta alguna prueba, se inventa. Si hay alguna contradicción, se oculta. Maldita sea, Abe, tú sabes cómo son estas cosas. Tienen una pista, conquen la siguen. Dedicen a ella todos sus hombres. Saben lo que hay que demostrar, de modo que lo demuestran, hasta que al pobre desgraciado no le queda ninguna escapatoria. Y el verdadero asesino sigue en libertad.

—¿Qué puedo hacer yo, Al?

—Tú siempre dices que estás en muy buenas relaciones con el fiscal del distrito, ¿no? Haz que mantenga los ojos bien abiertos, que siga buscando otras posibilidades.

Abe Casson sacudió la cabeza.

—La investigación está en manos del jefe Lanigan. ¿Quieres ayudar a tu amigo? Ve a ver al rabino.

—¿Por qué diablos? ¿Para que rece por él?

—Sabes, Al, tienes una enorme bocaza. A veces pienso que es la única parte de tu cabeza que funciona bien. Escúchame con atención. Por las razones que sea, Hugh Lanigan siente un gran respeto por nuestro rabino. Son amigos. El otro día, el rabino y su esposa pasaron toda la tarde en el porche de Lanigan. Allí estuvieron, los Lanigan y los Small, bebiendo y charlando.

—El rabino no se ha sentado nunca en mi porche a beber y a charlar.

—Tal vez nunca le has invitado.

—De acuerdo, digamos entonces que al jefe le gusta el rabino. ¿Qué puede hacer por mí?

—Quizá pueda hacer por ti lo que tú querías que yo hiciera con el fiscal del distrito.

—¿Y crees que lo haría, sabiendo que he estado trabajando para que no le renueven el contrato?

—Si piensas que te echaría eso en cara en un asunto como éste es que no conoces al rabino. ¿Quieres mi consejo? ¿Quieres verdaderamente ayudar a tu amigo? Haz lo que te he dicho.

Miriam apenas si pudo fingir que se alegraba de verle. El rabino le saludó cortésmente. Pero si Al Becker advirtió la frialdad de la recepción, no dejó que eso le arredrase. Contempló al rabino con su mirada más desafiante y comenzó:

—Rabino, es imposible que Mel Bronstein haya hecho una cosa tan horrible y debe usted hacer algo al respecto.

—Cualquiera habría podido hacerlo —respondió el rabino con calma.

—Sí, ya lo sé —admitió Becker, impaciente—. Lo que quiero decir es que Mel es la última persona del mundo capaz de hacer algo así. Es una excelente persona, rabino. Está enamorado de su mujer. No tienen hijos. Están los dos solos, y él se dedica completamente a ella.

—¿Conoce la naturaleza de las pruebas que apuntan contra él? —preguntó el rabino.

—Usted quiere decir que se iba de juerga por ahí. ¿Y qué? ¿Sabía que su esposa lleva diez años en una silla de ruedas con esclerosis múltiple? Hace diez años que no... tienen relaciones.

—No, no lo sabía.

—Un hombre sano necesita una mujer. Siendo un rabino, no puede usted comprenderlo...

—Los rabinos no están castrados.

—Tiene razón, perdone. Entonces ya sabe a qué me refiero. Las chicas con las que salía no significaban nada para él. No eran más que chicas con las que acostarse, como quien va a un gimnasio para descargar la tensión.

—Bueno, no sé si la analogía es muy correcta, pero eso no viene al caso. ¿Qué quiere que haga yo?

—No lo sé. Usted estuvo en su estudio hasta tarde. Quizá podría decir que echó un vistazo por la ventana y vio un coche que salía del aparcamiento, y que no era un Lincoln azul.

—¿Está pidiéndome que cometa perjurio?

—Dios mío, rabino, perdóneme. Estoy tan preocupado que no sé lo que me digo. Este asunto está volviéndome loco. Esta mañana he perdido una venta con un cliente que cada dos años, desde hace diez, me compraba un Continental. Con la regularidad de un calendario. El sábado cerramos el trato y tenía que venir hoy al mediodía para la firma. Cuando he visto que no venía, he telefonado y me ha dicho que conservará el coche viejo algún tiempo más, que está pensando en cambiar a otro modelo más pequeño... ¿Cree usted que le han ido mal los negocios este año? Éste ha sido su mejor año. ¿Sabe por qué se ha echado atrás de repente? Mel y yo hemos trabajado quince años para levantar el negocio, y ahora, de la noche a la mañana, se nos va a hundir.

—¿Es su negocio lo que le preocupa o su amigo? —preguntó fríamente el rabino.

—Todo. En mi mente, todo está mezclado. Mel no es solamente un socio o un amigo: es como mi hermano pequeño. Y cuando uno ha pasado quince años tratando de levantar una cosa, ya no es sólo un medio de ganarse la vida. Es parte de mí. Es mi vida. Representa para mí lo mismo que su profesión para usted. Y ahora, de repente, todo mi mundo se deshace.

—Comprendo su situación, señor Becker —dijo el rabino, no sin amabilidad—, y desearía poder ayudarle. Pero usted no ha venido aquí en busca de consuelo espiritual para su amigo. Lo que usted me pide es completamente imposible. Temo que este asunto haya

ofuscado su juicio, pues de lo contrario comprendería que, aun si estuviera dispuesto a hacer lo que me pide, nadie me creería.

—Ya lo sé, ya lo sé. Pero estoy desesperado, rabino. De todos modos, hay algo que sí puede usted hacer. Usted es su rabino, ¿no?

—Tengo entendido que se me ha criticado por dedicar mi tiempo a cuestiones ajenas a la congregación —observó suavemente el rabino—. Y creo que el señor Bronstein no es miembro de nuestra congregación.

Becker se enfureció.

—Muy bien, ¿y qué? ¿Significa eso que no puede ayudarme? Es judío, ¿no? Es miembro de la comunidad judía de Barnard's

Crossing y usted es el único rabino que hay aquí. Podría ir a verle, al menos, ¿o no? Podría visitar a su esposa, al menos. Dice usted qué no son miembros. Muy bien. Yo sí lo soy. Ayúdeme a mí.

—En realidad —respondió el rabino—, ya estoy citado con la señora Bronstein, e iba a concertar una visita al señor Bronstein cuando ha llamado usted a la puerta.

Becker no era ningún estúpido. Incluso se las arregló para esbozar una sonrisa.

—De acuerdo, rabino, seguramente me lo merecía. ¿Qué pensaba hacer?

—El jefe Lanigan ha estado aquí antes y me ha expuesto los cargos que tienen contra el señor Bronstein. De momento, me ha parecido que los hechos admitían otra interpretación, pero en realidad no conozco a los Bronstein. De modo que he pensado que debería conocerlos antes que nada.

—Nunca encontrará una pareja más agradable, rabino.

—Usted sabe cómo trabajan las organizaciones, señor Becker, y no creo que la policía sea diferente. Buscan por todas partes hasta que encuentran un sospechoso, pero entonces lo más probable es que se concentren exclusivamente en él. Yo había pensado que tal vez pudiera convencer al jefe Lanigan para que no dejara de investigar en otras direcciones.

—Eso es precisamente lo que yo quería pedirle, rabino —exclamó Becker entusiasmado—. Es precisamente lo que le he dicho a Abe Casson. Pregúnteselo. Ya me siento mejor.

## 20

LA CÁRCEL SE COMPONÍA de cuatro pequeñas celdas con rejas de acero en la planta baja de la comisaría de policía de Barnard's

Crossing. Cada una de las celdas contaba con un estrecho camastro de hierro, un retrete y un lavabo; del techo pendía una bombilla en un portalámparas de porcelana, suspendida de su cable. Una lámpara de escasa potencia permanecía encendida noche y día en el corredor, en uno de cuyos extremos había una ventana enrejada y en el otro el cuarto de la guardia. A continuación venía el despacho de Lanigan.

Desde el cuarto de la guardia, Hugh Lanigan le mostró las celdas al rabino, y luego lo acompañó de vuelta a su despacho.

—No es una gran cárcel —reconoció—, pero, por suerte, nos basta así. Pienso que debe de ser una de las cárceles más antiguas del país. Este edificio fue construido en la época colonial, y en un principio se utilizaba como ayuntamiento. Ha sido restaurado, naturalmente, y renovado de vez en cuando, pero los cimientos y la mayor parte de las vigas son aún los originales. Las celdas han sido modernizadas, con electricidad, agua corriente y retretes, pero siguen siendo las celdas originales, de antes de la guerra civil.

—¿Dónde comen los prisioneros? —quiso saber el rabino.

Lanigan se rió.

—Por lo general, no tenemos «prisioneros», en plural, excepto quizá algún sábadó por la noche, cuando puede que detengamos a unos cuantos borrachos escandalosos y los dejemos aquí a dormirla.

Si hay algún detenido a las horas de comer, uno de los restaurantes cercanos, el de Barney Blake generalmente, trae la comida preparada. En los viejos tiempos, el jefe de policía solía sacarse un buen sobresueldo con los detenidos. La ciudad le pagaba una cierta cantidad por cada prisionero que pasara aquí la noche, y algo más por cada comida servida. Cuando yo entré en el cuerpo, el jefe no cesaba de exigirnos que detuviéramos borrachos. Cualquiera que se tambaleara por la calle estaba expuesto a pasar la noche detenido. Pero hace ya algún tiempo, antes de que yo ascendiera, la ciudad aumentó el salario del jefe y estableció un presupuesto para la alimentación de los detenidos, y desde entonces los jefes ya no se han mostrado tan interesados en practicar detenciones.

—¿Y los prisioneros han de vivir en estas celdas tan pequeñas hasta que son llevados a juicio?

—Oh, no. Si decidimos presentar cargos contra su amigo, lo presentaremos al juez mañana mismo, y si el juez quiere que lo sigamos reteniendo lo trasladaremos a la cárcel de Salem o a la de Lynn.

—¿Piensan presentar cargos?

—Eso depende en gran medida del fiscal del distrito. Nosotros le presentaremos los resultados de la investigación y quizá él nos pregunte algunas cosas y luego tomará una decisión. Podría decidir no acusarlo de asesinato, pero seguir reteniéndolo como testigo material.

—¿Cuándo podré verle?

—Ahora mismo, si quiere. Puede visitarlo en su celda o bien aquí, en mi despacho.

—Creo que prefiero verlo a solas, si no le importa.

—Oh, eso no es problema. Pueden quedarse los dos solos en el despacho. —Se rió—. ¿No llevará usted ningún arma oculta, verdad? ¿Nada de limas ni sierras para metal?

El rabino sonrió y se palpó los bolsillos de la chaqueta. Lanigan se acercó a la puerta que daba al cuarto de guardia y le ordenó a uno de los policías que llevara el prisionero a su despacho. Luego cerró la puerta y dejó al rabino a solas. Al cabo de un momento, entró Bronstein.

Parecía mucho más joven que su esposa, pero el rabino lo atribuyó a una cuestión de salud más que de edad. La situación le

resultaba embarazosa.

—Le agradezco mucho que haya venido a visitarme, rabino, pero daría cualquier cosa por que esta reunión pudiera celebrarse en otro lugar.

—Es natural.

—Sabe, ahora mismo estaba pensando en que me alegro de que mis padres hayan muerto. Sí, y de no tener hijos. Porque no sería capaz de enfrentarme a ellos, aunque la policía encuentre por fin al culpable y me deje ir.

—Lo comprendo, pero debe usted pensar que esta desgracia puede ocurrirle a cualquiera. Solamente los muertos están a salvo de algo así.

—Pero es tan desagradable...

—Todas las desgracias son desagradables. No debe seguir pensando en ello. Hábleme de la chica.

Bronstein no respondió en seguida. Se levantó de la silla y comenzó a pasear por la habitación, como para ordenar sus pensamientos o dominar sus emociones. Finalmente, se detuvo y se volvió hacia el rabino.

—No la había visto nunca en mi vida. Puedo jurarlo sobre la tumba de mi madre. Reconozco que he tenido líos por ahí, y supongo que habrá quien diga que, si verdaderamente amo a mi esposa, tendría que serle completamente fiel aun en nuestras circunstancias particulares. Quizá lo habría sido si hubiéramos tenido hijos, o si yo fuese más fuerte. Pero lo que he hecho, lo admito. He tenido aventuras con mujeres, pero nunca ha habido nada serio o intenso en ellas. Y siempre he jugado limpio. Nunca he tratado de ocultar el hecho de que estaba casado. Nunca le he soltado a ninguna mujer el cuento de que mi esposa no me comprendía. Nunca he dado a entender que tal vez me divorciaría de ella. Siempre he sido franco y directo. Tenía ciertas necesidades..., mi cuerpo tenía ciertas necesidades. Bien, hay muchas mujeres que se encuentran en la misma situación y que utilizan el mismo remedio. Esta mujer con la que me he acostado unas cuantas veces en distintos moteles no es la chica que mataron. Es una mujer casada cuyo marido la abandonó y que tiene solicitado el divorcio.

—Y si diera su nombre a la policía...

Bronstein agitó violentamente la cabeza.

—Si lo hiciera, perjudicaría su demanda de divorcio. Hasta es posible que le retirasen la custodia de los hijos. No se preocupe. Si las cosas llegan más lejos y me veo sometido a juicio, y el resultado depende de esto, ella se presentará voluntariamente.

—¿La veía todos los jueves?

—No. El jueves pasado no la vi, y tampoco los dos anteriores. Para serle sincero, nuestros encuentros estaban empezando a ponerla nerviosa. Tenía la impresión de que su marido la hacía vigilar.

—¿Y es así como llegó a salir con la chica? ¿Como una sustituta?

—Le diré la verdad, rabino. Cuando le dirigí la palabra, no pensaba en una amistad puramente platónica. La conocí en un restaurante, el Surfside. Si la policía estuviera verdaderamente interesada en averiguar la verdad, más que en cargarme a mí la responsabilidad, preguntaría a los que estaban allí entonces, las camareras y los clientes, y estoy seguro de que más de uno recordaría que yo estaba sentado en una mesa y ella en otra distinta, y que yo me acerqué a ella y me presenté. Todo el mundo pudo darse cuenta de que se trataba de un lígüe. Pero, como iba a decirle, después de cenar con ella y conversar un rato, me di cuenta de que la pobre chica estaba asustada. Estaba muerta de miedo, y se esforzaba desesperadamente por parecer alegre y que no se le notase. ¿No demuestra eso que esperaba alguna desgracia?

—Posiblemente. En cualquier caso, es algo que vale la pena tener en cuenta.

—Sentí lástima por ella. No quise insinuarle nada. Sencillamente, dejó de interesarme en ese sentido. Lo único que pretendía era pasar una velada agradable. Nos fuimos a Boston y nos metimos en un cine. —Vaciló, y en seguida tomó una decisión. Inclinandose hacia adelante, bajó el tono de su voz como si temiera que pudieran oírle—. Le diré algo que no le he dicho a la policía, rabino. La cadena de plata que llevaba puesta, la que usaron para estrangularla... ¡Que Dios me perdone! Se la había regalado yo justo antes de entrar en el cine.

—¿Y no se lo ha dicho a la policía?

—No. No pienso decirles nada que luego puedan utilizar en contra mía. Por la forma en que me han interrogado, sé que

utilizarían este dato como prueba de que ya tenía previsto de antemano asesinarla. Se lo digo solamente para que vea que soy totalmente sincero con usted.

—Muy bien. ¿Dónde estuvieron después?

—Al salir del cine nos detuvimos en un restaurante, a tomar café y pastas, y luego la acompañé a su casa. La llevé hasta la misma casa y aparqué delante de la puerta, sin tratar de ocultar nada.

—¿Entró en la casa?

—Desde luego que no. Permanecimos algún tiempo sentados en mi coche mientras conversábamos. Ni siquiera le pasé el brazo por los hombros. Solamente estuvimos sentados, charlando. Luego, me dio las gracias, salió del coche y entró en la casa.

—¿Quedaron para verse de nuevo?

Bronstein meneó la cabeza.

—Pasé una velada agradable y creo que ella también. Cuando la dejé, parecía mucho más tranquila que cuando estaba en el restaurante. Pero no tenía motivos para repetirlo.

—Entonces, ¿fue directamente a su casa?

—Exacto.

—¿Y su esposa estaba durmiendo cuando llegó?

—Eso creo. A veces tengo la impresión de que solamente finge dormir cuando llego tarde. Pero, sea como fuere, estaba en la cama con las luces apagadas.

El rabino sonrió.

—Eso mismo me ha dicho ella.

Bronstein alzó de pronto la mirada.

—¿Quiere decir que la ha visto? ¿Cómo está? ¿Cómo se toma todo esto?

—Sí, la he visto. —En su mente, volvió a ver la imagen de una mujer pálida y delgada, sentada en su silla de ruedas, con una cabellera que comenzaba a volverse gris cepillada hacia atrás desde una frente amplia y despejada; una mujer de aspecto agradable, de facciones delicadamente cinceladas y brillantes y perspicaces ojos grises.

—Parecía bastante animada —añadió el rabino.

—¿Animada?

—Supongo que estaba haciendo un esfuerzo, pero me dio la impresión de que estaba absolutamente convencida de su inocencia.

Dijo que si usted hubiera hecho una cosa así, ella lo habría sabido con una sola mirada.

—No creo que esta clase de pruebas sean admisibles ante un tribunal, rabino, pero es cierto que estamos muy unidos. En la mayor parte de los matrimonios, las mujeres se dedican sobre todo a los niños y el marido pasa más o menos a un segundo plano. Pero mi esposa enfermó hace diez años, y ahora estamos más compenetrados que la mayoría de las parejas. Podría decirse que somos capaces de leernos el uno al otro. ¿Lo comprende, rabino?

El rabino asintió.

—Naturalmente, si únicamente estaba fingiendo dormir...

—Dijo que siempre esperaba despierta, salvo los jueves. Al principio creí que tal vez estuviera cansada por haber hecho de anfitriona de su club de *bridge*, pero ella me aseguró que no se trataba de eso. Dijo que sabía que usted venía de estar con otra mujer y no quería que se sintiera violento ante ella.

—¡Oh, Dios mío! —Se cubrió el rostro con las manos.

El rabino lo miró con compasión y resolvió que no era el momento adecuado para un sermón.

—Dijo que no estaba dolida. Lo comprendía.

—¿Eso le dijo? ¿Dijo que lo comprendía?

—Sí. —El rabino, incómodo por el rumbo que estaba tomando la conversación, intentó cambiar de tema—. Dígame, señor Bronstein, ¿su esposa sale alguna vez de casa?

Su expresión se suavizó.

—Oh, sí. Cuando hace buen tiempo, y a ella le apetece, salimos a pasear en el coche. A mí me gusta conducir, y me gusta llevarla a mi lado. Es un poco como en los viejos tiempos, como si no estuviera enferma. En el coche no está la silla de ruedas para recordarme su enfermedad, aunque llevamos una plegable en el maletero y a veces, en las noches cálidas, la siento en ella y paseamos junto al agua.

—¿Cómo hace para subir al coche?

—La tomo en brazos y la dejo en el asiento delantero.

El rabino se puso en pie.

—Hay uno o dos puntos que creo que vale la pena exponer a la policía. Quizá puedan comprenderlos, si es que no lo han hecho ya.

Bronstein también se levantó. Vacilante, le tendió la mano al

rabino.

—Créame, rabino, le agradezco mucho que haya venido.

—¿Le tratan bien?

—Oh, sí. —Movi6 la cabeza en direcci6n a las celdas—. Cuando terminé de contestar a sus preguntas, dejaron abierta la puerta de la celda para que pudiera pasear por el pasillo si quería. Algunos de los policías vienen a charlar conmigo, y me traen periódicos y revistas. Me pregunto...

—¿Sí?

—Me pregunto si podría usted comunicarle a mi esposa que me encuentre bien. No quiero que se preocupe por eso.

El rabino sonrió.

—Estaré en contacto con ella, señor Bronstein.

## 21

TRAS DESPEDIRSE de Bronstein, el rabino pensó tristemente que sus primeros intentos de ser útil solamente habían servido para descubrir dos puntos, ambos de escasa importancia y ambos perjudiciales para el detenido. En su entrevista con la señora Bronstein, había averiguado que aquella noche no esperó despierta la llegada de su marido. Naturalmente, aunque hubiera podido testificar que no se le veía agitado, no habría servido de gran cosa; siendo su esposa, su declaración sería admitida con reservas, y en todo caso no demostraba nada. En su entrevista con el marido, se le había grabado vívidamente la imagen de Bronstein alzando a su esposa en brazos y depositándola en el asiento delantero del automóvil. Hasta entonces había creído que trasladar el cuerpo de un coche a otro debía de haber sido una tarea difícil y engorrosa para el asesino, pero Mel Bronstein le había demostrado que no representaba ningún problema, que él lo hacía con facilidad.

El automóvil de Bronstein era un enorme Lincoln, mientras que el suyo era más bien pequeño. Tal vez eso cambiara las cosas. Cuando llegó a casa, metió el coche en el garaje, salió y se lo quedó mirando con aire reflexivo. Luego, llamó a Miriam para que saliera un momento.

Ella se detuvo a su lado y siguió la dirección de su mirada.

—¿Lo han rayado?

En lugar de responder, él le pasó un brazo en torno a la cintura, con expresión ausente. Ella le sonrió cariñosamente, pero él no pareció darse cuenta. Extendiendo la mano, abrió la portezuela del

vehículo.

—¿Qué pasa, David?

El rabino se pellizcó el labio inferior mientras contemplaba el interior del coche. Luego, sin decir palabra, se agachó y tomó a su esposa en brazos.

—¡David!

Avanzó hacia la portezuela abierta, tambaleándose bajo su carga. Ella comenzó a reír.

Él trató de dejarla en el asiento.

—Echa la cabeza hacia atrás —le pidió.

Sin hacerle caso, todavía riendo, ella le echó los brazos al cuello y acercó su rostro al de él.

—Miriam, por favor.

Le mordisqueó una oreja.

—Estoy intentando...

Ella hizo oscilar las piernas provocativamente.

—¿Qué diría el señor Wasserman si nos viese ahora?

—¿Divirtiéndose?

Se volvieron para ver al jefe Lanigan en el umbral, con una amplia sonrisa en la cara.

El rabino soltó apresuradamente a su esposa. Se sintió ridículo.

—Estaba haciendo una prueba —explicó—. No es fácil depositar un cuerpo en el asiento de un coche.

Lanigan asintió.

—No, pero aunque la chica seguramente pesaba más que la señora Small, Bronstein es bastante más robusto que usted.

—Supongo que a él le resultaría más fácil —admitió el rabino, abriendo la marcha hacia su estudio, en el interior de la casa.

Una vez acomodados en sendos asientos, Lanigan le preguntó cómo le había ido con Bronstein.

—Lo he conocido esta misma tarde —dijo el rabino—. No es el tipo de hombre que uno creería capaz de hacer una cosa así...

—Rabino, rabino —le interrumpió el jefe, impaciente—, cuando haya visto usted tantos criminales como yo, sabrá que las apariencias no quieren decir nada. ¿Supone que todos los ladrones tienen un aire furtivo? ¿O que los timadores tienen ojos astutos? Al contrario. Su mejor arma es un aspecto franco y abierto, la capacidad de mirarle directamente a los ojos. Supongo que los

rabinos son gente especialmente erudita, y yo siento mucho respeto por los libros y por la erudición, pero en estos asuntos lo que cuenta es la experiencia.

—Pero entonces, si la apariencia y los modales son engañosos, todas las apariencias carecen de valor —objetó el rabino suavemente—, y resulta difícil comprender cómo puede funcionar el sistema del jurado. ¿En qué basan sus decisiones?

—En las pruebas, rabino. En las pruebas matemáticamente ciertas, si existen, o si no, en el peso de las probabilidades.

El rabino asintió lentamente. Luego, al parecer abandonando el tema, preguntó:

—¿Conoce usted el Talmud?

—Es su libro de leyes, ¿no? ¿Tiene algo que ver con esto?

—Bueno, no es realmente nuestro libro de leyes. Ese es el libro de Moisés. El Talmud recoge los comentarios sobre la Ley. No creo que guarde una relación directa con el caso que nos ocupa, pero tampoco me atrevería a negarlo, porque en el Talmud puede hallarse todo tipo de cosas. Sin embargo, ahora no estaba pensando tanto en su contenido como en el método que se utiliza para su estudio. Cuando empecé mi educación religiosa, de jovencito, todas las disciplinas —hebreo, gramática, literatura, las escrituras— se nos enseñaban de la forma habitual, como cualquier asignatura en una escuela pública. Es decir, nos sentábamos ante nuestros pupitres y el profesor se sentaba ante una mesa más grande, sobre una tarima. Escribía en la pizarra, hacía preguntas, nos asignaba tareas para casa y nos oía recitar. Pero cuando comencé con el Talmud el método cambió por completo. Imagínese una gran mesa con un grupo de estudiantes sentados alrededor. En la cabecera se sentaba el profesor; en mi caso, un hombre con una larga barba de patriarca. Leíamos un párrafo, un breve pronunciamiento de la Ley. Luego seguían las objeciones, las explicaciones, los argumentos de los rabinos de la antigüedad acerca de la correcta interpretación de ese párrafo. Antes de que nos diéramos cuenta, ya estábamos añadiendo nuestros propios argumentos, nuestras propias objeciones, nuestras sutiles distinciones y deducciones lógicas, lo que llamábamos *pilpul*. A veces, el profesor se encargaba de defender determinada posición, y nosotros lo acosábamos con preguntas y objeciones. Imagino que la caza del oso con perros ha

de ser algo parecido: un viejo oso rodeado por una jauría de perros aulladores, y cada vez que logra quitarse uno de encima ya hay otro listo para atacar. Cuando uno empieza a argumentar, constantemente se le ocurren nuevas ideas. Recuerdo uno de los primeros pasajes que estudié, que consideraba cómo debían evaluarse los daños en el caso de un incendio producido por una chispa que saltara del yunque del herrero. Dedicamos dos semanas enteras a ese pasaje y cuando al fin lo dejamos, de mala gana, fue con la sensación de que apenas si habíamos comenzado. El estudio del Talmud ha ejercido una enorme influencia sobre nosotros. Nuestros grandes pensadores dedicaron sus vidas al estudio del Talmud, no porque la exacta interpretación de la Ley tuviera relación con sus problemas inmediatos —en muchos casos, las leyes se habían convertido en letra muerta—, sino porque les resultaba fascinante como ejercicio mental. Les animaba a extraer de su mente toda clase de ideas...

—¿Y propone usted que utilicemos este método en nuestro problema actual?

—¿Por qué no? Examinemos el peso de las probabilidades en su teoría y veamos si se sostiene.

—Muy bien; adelante.

El rabino se levantó de su asiento y comenzó a pasear por la habitación.

—Empezaremos, no con el cuerpo, sino con el bolso.

—¿Por qué?

—¿Por qué no?

Lanigan se encogió de hombros.

—Como quiera. Usted es el maestro.

—De hecho, el bolso proporciona un campo de investigación más fértil, aunque sólo sea porque se relaciona con tres personas. El cuerpo abandonado tras el muro solamente se relaciona con dos personas: la víctima y su asesino. El bolso afecta a estas dos y además a mí, porque fue hallado en mi coche.

—Me parece correcto.

—Entonces, ¿cuáles son las posibilidades por las que el bolso pudo ir a parar a donde fue encontrado? Pudo haber sido dejado allí por la chica, por el hombre que la mató o por una tercera persona, desconocida y de momento insospechada.

—¿Oculta alguna novedad en su manga, rabino? —preguntó Lanigan con suspicacia.

—No. Únicamente estoy tratando de tomar en cuenta todas las posibilidades.

Sonó una llamada en la puerta del estudio y entró Miriam portando una bandeja.

—He preparado un poco de café —anunció.

—Gracias —respondió Lanigan—. ¿No quiere quedarse con nosotros?

—¿Puedo?

—Naturalmente. No estamos tratando de ningún secreto. El rabino está dándome mi primera lección sobre el Talmud.

Cuando regresó con una taza adicional, Lanigan preguntó:

—Muy bien, rabino. Hemos enumerado toda la gente que pudo dejar ahí el bolso. ¿A dónde nos lleva esto?

—Por supuesto, la primera pregunta que se le ocurre a uno es la de por qué llevaba el bolso con ella. Supongo que algunas mujeres lo cogen automáticamente.

—Muchas mujeres guardan la llave de su casa unida al interior del bolso con una cadenita —sugirió la señora Small.

Lanigan se volvió hacia ella.

—Buena suposición. Así es como llevaba esa chica su llave, unida con una cadena al extremo de la cremallera que cierra el bolsillo interior.

—De modo que prefirió llevarse el bolso antes que molestarle en sacar la llave —prosiguió el rabino—. Ahora estudiaremos una por una a todas las personas que pudieron dejar el bolso en el interior de mi coche. En primer lugar, la tercera persona desconocida e insospechada. Tendría que ser alguien que pasara por casualidad y viera el bolso, posiblemente porque estaba tirado en el suelo junto al coche. Esta persona indudablemente lo abriría, aunque sólo fuese para ver si figuraba el nombre de la propietaria y podía devolvérselo. Sin embargo, me parece más probable que lo abriera por simple curiosidad. Si no era una persona honrada, pudo quedarse lo que hubiera en él de valioso, pero no lo hizo.

—¿Cómo lo sabe, rabino? —inquirió Lanigan, súbitamente alerta.

—Porque usted dijo que había encontrado un anillo de

matrimonio de oro macizo. Si no fuera una persona honrada, se lo habría quedado. Como no lo hizo, supongo que tampoco se llevaría cualquier otra cosa de valor que pudiera haber; dinero, por ejemplo.

—Había algo de dinero en el bolso —admitió Lanigan—. Nada extraordinario: un par de billetes y algunas monedas sueltas.

—Muy bien. Esto nos permite descartar la posibilidad de que alguien hallara el bolso, se quedara lo más valioso y arrojara el bolso en cualquier parte para que no le fuese encontrado encima.

—De acuerdo, pero ¿a dónde nos lleva eso?

—Únicamente despeja el terreno. Supongamos que se tratara de una persona honrada que solamente quisiera devolvérselo a su legítima propietaria, y que lo puso en mi coche porque, habiéndolo hallado junto a él, supuso que pertenecían al mismo dueño, o porque creyó que el conductor, al encontrarlo en su coche, se encargaría de entregarlo a quien correspondiera. De ser así, ¿por qué dejó el bolso en el suelo de la parte de atrás, en vez de dejarlo sobre el asiento delantero donde no podía pasar desapercibido? Tal y como estaba, habrían podido pasar días antes de que yo lo viese.

—Muy bien. De modo que ninguna persona desconocida dejó el bolso dentro del coche, ni honesta ni deshonesto. Nunca lo había pensado.

—Podemos pasar al siguiente: la propia chica.

—La chica queda descartada. Por entonces, ya estaba muerta.

—¿Cómo puede estar tan seguro? Yo diría que la explicación más probable para la presencia del bolso es que la misma chica lo llevó hasta el coche.

—Mire, era una noche agradable y usted debía de tener abierta la ventana de su estudio, ¿no?

—Sí. La ventana estaba abierta, pero la persiana no.

—¿A qué distancia cree usted que se encontraba de su coche? Se lo voy a decir. El coche estaba a unos seis metros del edificio. Su estudio está en el primer piso, digamos a unos cuatro metros sobre el nivel del suelo. Añada un metro más hasta el alféizar de la ventana. Ahora, si recuerda la geometría que le enseñaron en la escuela, verá que la línea desde su coche hasta la ventana es la hipotenusa de un triángulo rectángulo. Y si calcula bien, verá que su coche estaba a unos ocho metros del alféizar. Sume tres metros, la distancia desde la ventana hasta su escritorio, y verá que usted

estaba a unos once metros del coche. Si alguien se hubiera metido en el coche, sin hablar ya de disputas y asesinatos, habría tenido usted que oírlo por más enfrascado que estuviera en sus estudios.

—Pero pudo ocurrir después de que abandonara yo el templo —objetó el rabino.

Lanigan sacudió la cabeza.

—No es fácil. Usted me dijo que se marchó pasadas las doce. A las doce y veinte, le parecía. Pero el agente Norman iba andando por la calle Maple en dirección al templo, y hacia esa hora o muy poco después llegó a la vista del templo. El aparcamiento estuvo bajo su vigilancia desde esa hora hasta la una y tres minutos, cuando hizo su llamada a la central. Luego prosiguió su ronda por la calle Vine, que es la calle en que viven los Serafino y, por tanto, la calle por la que debió de llegar la muchacha.

—Muy bien. ¿Y luego? —quiso saber el rabino.

Lanigan volvió a sacudir la cabeza.

—Imposible. El forense calculó al principio que la chica había sido asesinada hacia la una, con un margen de veinte minutos más o menos. Pero este cálculo se basaba en factores como la temperatura del cuerpo, el grado de rigidez y cosas así. Cuando Bronstein nos dijo que habían tomado algo al salir del cine, el forense pudo determinar la hora de la muerte en base al contenido del estómago, lo que resulta mucho más preciso. En su nuevo informe daba la una como límite máximo.

—En tal caso, habremos de admitir la posibilidad de que, a pesar de mi proximidad al automóvil, estuviera tan absorto en la lectura como para no oír nada. Recuerde que las ventanillas del coche estaban cerradas, y si abrieron y cerraron las portezuelas con cuidado y hablaron en voz baja, es muy probable que no los oyera. Además, si murió estrangulada no pudo gritar pidiendo auxilio.

Lanigan apuntó con el dedo a la cabeza del rabino.

—¿Cómo se llama eso que lleva puesto?

El rabino tocó su casquete de seda negra.

—¿Esto? Se llama *kipoh*.

—Entonces, rabino, discúlpeme —dijo sonriendo—, pero está usted pensando con su *kipoh*. ¿Por qué habrían de tener cuidado al abrir y cerrar las portezuelas, y conversar en voz baja, si no pensaban que hubiera nadie que pudiera oírles? Si llegaron antes de

que empezara a llover, habrían abierto las ventanillas. No hacía frío, recuerde. Y si llegaron durante la lluvia, Norman no habría podido dejar de verlos. Además, no hay ninguna indicación de que la chica estuviera en su automóvil. Mire. —Abrió su portafolios y extrajo unos papeles, que depositó sobre la mesa del rabino. Todos se aproximaron para verlos—. Este es el contenido total de su coche, una lista de todo lo que hallamos en él. Aquí hay un esquema del interior del coche en el que se muestra dónde hallamos cada objeto. Aquí estaba el pañuelo de papel, debajo del asiento. Aquí había más pañuelos manchados de pintura de labios, pero se corresponden con el pintalabios de su esposa. En el suelo de la parte de atrás, justo detrás de los asientos delanteros, había una pinza para el pelo, pero también era de su esposa. Había varias colillas en el cenicero delantero, y una en el trasero, todas manchadas con la pintura de labios de su esposa, y todas de la marca que ella fuma, que es la misma del paquete que encontramos en la guantera.

—Un momento —intervino Miriam—. La colilla del cenicero de atrás no puede ser mía. Desde que tenemos el coche, no me he sentado ni una sola vez en el asiento de atrás.

—¿Cómo dice? ¿Que no se ha sentado nunca en el asiento de atrás? ¡Imposible!

—¿Imposible? —preguntó el rabino suavemente—. En el único asiento que me he sentado yo es en el del conductor. De hecho, ahora que lo pienso, el asiento de atrás nunca ha sido utilizado. Desde que compramos el coche, hace menos de un año, nunca he tenido ocasión de llevar a nadie. Cuando voy en el coche, lo conduzco yo siempre, y cuando va Miriam se sienta siempre a mi lado. ¿Qué tiene eso de raro? ¿Se sienta usted muy a menudo en el asiento de atrás de su propio coche?

—Pero la colilla tuvo que llegar ahí de un modo u otro. La pintura es de su esposa, la marca del cigarrillo es de su esposa... Mire, aquí tiene una lista de lo que había en el bolso de la chica. Verá que no llevaba cigarrillos.

El rabino estudió la lista. Luego observó:

—Pero fíjese que llevaba un encendedor, y eso parece indicar que sí fumaba. Y, en lo tocante al pintalabios, usted mismo dijo que era de la misma marca y modelo que el que usa Miriam. Después de todo, las dos son rubias.

—Un momento —objetó Lanigan—. La pinza para el pelo estaba también atrás, de modo que...

Miriam negó con la cabeza.

—Si estaba sentada en el asiento delantero, lo lógico es que la pinza cayera hacia atrás.

—Sí, supongo que sí —concedió Lanigan—. Pero la cosa aún no está clara. La chica no llevaba cigarrillos; al menos, en el bolso no había ninguno. ¿Correcto?

—Correcto, pero ella no estaba sola. Había alguien a su lado, el asesino, y es probable que él llevara cigarrillos.

—¿Está usted diciendo que la chica fue asesinada en su coche, rabino?

—Exactamente. La colilla manchada de lápiz de labios demuestra que hubo una mujer en el asiento trasero de mi coche. El bolso tirado en el suelo demuestra que se trataba de Elspeth Bleech.

—Muy bien, admitamos que estuvo allí. Admitamos incluso que la mataron en su coche. ¿En qué favorece eso a Bronstein?

—Yo diría que lo absuelve.

—¿Lo dice porque él tiene su propio coche?

—Sí. ¿Por qué habría de llevar a la chica en su coche hasta el aparcamiento, detenerse al lado del mío y luego pasar del uno al otro?

—Puede que la matara en su propio coche y luego trasladara el cadáver al de usted.

—Se olvida del cigarrillo. Estaba viva cuando subió a mi coche.

—Supongamos que él la obligó a subir.

—¿Por qué motivo?

Lanigan se encogió de hombros.

—Quizá para evitar que quedaran señales de lucha en su automóvil.

—No está dándole a esa colilla todo el valor que tiene como prueba. Si se fumó un cigarrillo en mi coche, es que estaba tranquila. Nadie le apretaba la garganta, nadie la amenazaba. Además, si quiso volver al coche de Bronstein por la razón que fuera después de haberse quitado el vestido, ¿por qué se puso el impermeable?

—Porque llovía, naturalmente.

El rabino agitó la cabeza con impaciencia.

—El coche estaba justo enfrente de la casa. ¿A qué distancia? ¿Quince metros? Se había puesto el abrigo para cubrir la ropa interior, y eso era una protección más que suficiente para tan corta distancia.

Lanigan se puso en pie y comenzó a pasear por el cuarto. El rabino lo contemplaba en silencio para no interrumpir sus pensamientos, pero al ver que continuaba sin decir nada prosiguió:

—Bronstein habría debido acudir a la policía en cuanto se enteró de lo ocurrido, eso está claro. De hecho, no habría debido trabar relación con la chica, para empezar. Pero, sin querer justificarlo, su actitud resulta comprensible si se tiene en cuenta su situación familiar. También es comprensible, aunque injustificable, que ocultara información a la policía. Su detención para ser interrogado, con todo el revuelo que ha producido, me parece un castigo más que suficiente, ¿no está de acuerdo? Jefe Lanigan, siga mi consejo y póngalo en libertad.

—Pero entonces no tendré ningún sospechoso.

—Esta observación no es propia de usted.

—¿Qué quiere decir? —El rostro de Lanigan enrojeció.

—No me lo imagino reteniendo a un hombre por el único motivo de querer quedar bien ante los periodistas. Además, eso solamente puede perjudicar sus investigaciones. Se encontrará pensando en Bronstein, tratando de elaborar teorías que demuestren su culpabilidad, escarbando en su pasado, interpretando cualquier dato nuevo en términos de su posible relación con Bronstein. Y es evidente que sus investigaciones han de seguir otro camino.

—Bueno...

—¿No se da cuenta? Lo único que tiene en contra de él es que no se presentó a declarar.

—Pero el fiscal del distrito vendrá mañana por la mañana para interrogarlo.

—Pues díglele que se presentará él voluntariamente. Yo me hago responsable. Le garantizo que acudirá en cuanto usted quiera.

Lanigan recogió su portafolios.

—De acuerdo, lo dejaré ir. —Se dirigió hacia la puerta y, ya a punto de salir, añadió—: Naturalmente, rabino, sé da usted cuenta de que esto no ha servido precisamente para mejorar su propia situación, ¿verdad?

## 22

AL

BECKER

no era hombre que olvidara un favor. A la mañana siguiente de la puesta en libertad de su socio, fue a ver a Abe Casson para agradecerle sus buenos oficios.

—Sí, hablé con el fiscal del distrito, pero no saqué nada en limpio. Como ya te dije, este caso, por el momento, está en manos de la policía local.

—¿Es lo corriente?

—Bueno, lo es y no lo es. Los campos de actuación no están claramente delimitados. Por lo general, es la policía del estado la que suele encargarse de los asesinatos. Un fiscal de distrito en cuyo condado se haya cometido un crimen grave y cuya oficina deba hacerse cargo de la acusación también intervendrá. Y la policía local, porque son quienes mejor conocen las condiciones locales. Depende mucho del carácter del jefe de la policía local y del carácter del fiscal y de los hombres que haya disponibles y del asunto en concreto de que se trate. En una gran ciudad como Boston, sería la propia policía de Boston la que llevara el caso, porque tienen los hombres necesarios y están equipados para ello. Ahora mismo, en este caso, es Hugh Lanigan quien dirige la investigación. Mel fue detenido por orden suya y fue puesto en libertad por orden suya. Y te diré algo más: Lanigan lo ha soltado a causa de un nuevo punto de vista o una nueva interpretación de las pruebas que le fue sugerida por el rabino. No es muy frecuente, ya

lo sé, que un policía le atribuya el mérito a otra persona, pero es que Hugh Lanigan no es un policía corriente.

Al Becker no dio a los comentarios de Abe Casson todo su valor. No dudaba de que el rabino hubiera hablado con Lanigan acerca del asunto —seguramente algún comentario casual del rabino le habría sugerido al jefe de policía un nuevo modo de enfocar el problema—, pero no creía que el rabino hubiera podido elaborar una defensa convincente de su amigo. Aun así, suponía que tendría que ir a verle para darle las gracias.

Como en la vez anterior, su encuentro resultó un tanto embarazoso. Becker fue directo al grano:

—Tengo entendido que ha tenido usted mucho que ver con la liberación de Mel Bronstein, rabino.

Habría sido todo más fácil si el rabino hubiera protestado modestamente, pero, en cambio, dijo:

—Sí, yo diría que sí.

—Bien, ya sabe usted lo que siento por Mel. Es como mi hermano menor. Conque ya se imaginará lo agradecido que le estoy. No he sido precisamente uno de sus defensores más ardientes...

El rabino sonrió.

—Y ahora se siente incómodo. No es necesario, señor Becker. Estoy seguro de que sus objeciones no eran en modo alguno personales. Usted considera que no soy el hombre apropiado para el cargo, y tiene todo el derecho a seguir pensando así. Yo he ayudado a su amigo igual que habría ayudado a cualquier otro que lo necesitara, como no dudo que lo haría usted en las mismas circunstancias.

Becker telefoneó a Abe Casson para transmitirle su conversación con el rabino.

—No es un hombre muy amable —dijo para terminar—. Fui a verle para darle las gracias por haber ayudado a Mel y en parte para disculparme por haber actuado en contra suya en el asunto del contrato, y prácticamente me dijo que no le importaba que siguiera oponiéndome a él.

—Ésa no es la impresión que he sacado yo, por lo que me has contado. Sabes, Al, quizá seas demasiado astuto para comprender a un hombre como el rabino. Tú estás acostumbrado a leer entre

líneas y a interpretar qué quiere decir realmente la gente. ¿Se te ha ocurrido pensar que el rabino no hablaba con doble intención?

—Bueno, ya sé que a Jake Wasserman, a Abe Reich y a ti os tiene en el bolsillo. Por lo que a vosotros respecta, el rabino no puede portarse mal, pero...

—Parece haberse portado bien contigo, Al.

—Oh, no quiero decir que no me haya hecho un favor, a mí y a Mel, y le estoy agradecido. Pero sabes muy bien que Mel habría salido libre de todas formas, tal vez dentro de uno o dos días, porque no tienen nada contra él.

—No estés tan seguro. Tú no sabes cómo son estas cosas. En un caso corriente, en el que se juzga a un hombre por un delito corriente, sí, diría que un inocente tiene todas las probabilidades de quedar en libertad. Pero en un caso de este tipo interviene otro elemento. Ya no es sólo cuestión policial. También entra la política, y a los políticos no les importa tanto el que un hombre sea culpable o no. Ellos piensan en otros términos: ¿Tenemos lo suficiente como para llevar el caso a los tribunales? Si el acusado es inocente, ya se cuidará de él su abogado, y si no lo hace, pues mala suerte. La cosa se convierte en una especie de juego, como el fútbol, con el fiscal del distrito por un lado, el defensor por otro y el juez haciendo de árbitro. ¿Y el acusado? El acusado hace de balón. Y otra cosa, Al. Si verdaderamente quieres ver esto en su correcta perspectiva, piensa en lo que ocurrirá ahora. ¿Quién es el principal sospechoso? Te lo diré yo: es el rabino. Puedes pensar del rabino lo que quieras, pero no que sea un estúpido. Él sabe perfectamente que al quitar a Bronstein del punto de mira, se estaba poniendo él en su lugar. Piensa bien en esto, Al, y luego vuelve a preguntarte si en verdad el rabino es una persona tan poco amable.

# 23

EL DOMINGO FUE UN DÍA lluvioso. Empezó a llover por la mañana temprano, y el pasillo y las aulas de la escuela dominical estaban impregnados de olor a paraguas e impermeables mojados. El señor Wasserman y Abe Casson, bajo el dintel de la puerta principal, contemplaban melancólicamente el aparcamiento, viendo rebotar las gotas de lluvia sobre el reluciente asfalto.

—Ya son las diez y cuarto, Jacob —observó Casson—. Me parece que hoy no habrá reunión.

—Un poco de lluvia y les asusta salir.

Se les unió Al Becker.

—Abe Reich y Meyer Goldfarb están aquí, pero no creo que acudan muchos más.

—Esperaremos quince minutos más —decidió Wasserman.

—Si a esta hora no han venido, no creo que vengan —respondió secamente Casson.

—Quizá podríamos hacer unas cuantas llamadas por teléfono —insistió Wasserman.

—Si un poquito de lluvia les da miedo —dijo Becker—, no creo que tus llamadas les hagan cambiar de opinión.

Casson emitió un despectivo bufido.

—¿Crees que es la lluvia lo que les impide venir?

—¿Qué otra cosa, si no?

—Pienso que los muchachos quieren jugar sobre seguro. ¿No lo entiendes, Al? Ninguno de ellos quiere verse mezclado en todo esto.

—¿Mezclado en qué? —preguntó Becker—. ¿De qué demonios

estás hablando?

—Estoy hablando de una chica que ha muerto asesinada. Y de la posible relación del rabino con su muerte. Se supone que hoy hemos de poner a votación el nuevo contrato del rabino, ¿recuerdas? Y pienso que algunos de los miembros habrán comenzado a pensar en las distintas posibilidades. Supongamos que votan a favor de conservar el rabino y luego resulta que es culpable. ¿Qué dirían sus amigos, especialmente sus amigos gentiles? ¿Qué efecto produciría eso en sus negocios? ¿Me entiendes ahora?

—Nunca lo había pensado —admitió Becker, reflexivamente.

—Seguramente porque nunca has pensado que el rabino pudiera ser culpable —replicó Casson. Miró a Becker con curiosidad—. Dime, Al, ¿no has recibido llamadas telefónicas?

Becker puso cara de no entender, pero Wasserman comenzó a enrojecer.

—Ah, veo que tú sí has recibido algunas, Jacob —prosiguió Casson.

—¿Qué clase de llamadas? —quiso saber Becker.

—Díselo, Jacob.

Wasserman se encogió de hombros.

—¿Quién les hace caso? Chiflados, locos, fanáticos... ¿Crees que voy a escucharlos? Les cuelgo el aparato.

—¿Y a ti también te han llamado? —le preguntó Becker a Casson.

—Sí. Supongo que llaman a Jacob porque es el presidente, y a mí porque, como estoy metido en política, me conoce mucha gente.

—¿Y qué has hecho al respecto?

Casson se encogió de hombros.

—Lo mismo que Jacob: nada. ¿Qué se puede hacer? Ya terminarán cuando detengan al asesino.

—Bien, pues habría que hacer algo. Al menos, creo que deberíamos informar a la policía, o al Comité de Ciudadanos, o...

—¿Y qué pueden hacer ellos? Si por lo menos hubiésemos reconocido alguna voz, sería distinto.

—Sí.

—Te resulta nuevo, ¿eh? Y seguramente también a Jacob. Pero no es nuevo para mí. En todas mis campañas políticas he recibido esta clase de llamadas. El mundo está lleno de resentidos; hombres

y mujeres amargados, desequilibrados, frustrados... Individualmente, son inofensivos. Colectivamente, no es muy agradable, pensar en lo que son. Escriben sucias cartas obscenas a los periódicos a personas cuyo nombre se menciona en las noticias, y, si se trata de alguien de la localidad, telefonan.

Wasserman consultó su reloj.

—Bien, señores, creo que hoy no va a haber ninguna reunión.

—No será la primera vez que no hay *quorum* —comentó Becker.

—¿Y qué le digo al rabino? ¿Que espere a la próxima semana? ¿Tendremos *quorum* la semana que viene? —Miró inquisitivamente a Becker.

Becker se sonrojó. Luego, de pronto, montó en cólera.

—Si no hay *quorum*, lo habrá la otra semana, o la siguiente, o cuando sea. Tienes los votos suficientes. ¿Es que lo quiere por escrito?

—Queda el pequeño asunto de los votos en contra que tú acumulaste —le recordó Casson.

—Ya no tenéis que preocuparos por eso —respondió Becker rígidamente—. Les he dicho a mis amigos que estaba a favor de renovar el contrato al rabino.

Hugh Lanigan pasó al anochecer para ver al rabino.

—Quería felicitarle por su rehabilitación, rabino. Según mis fuentes de información, la oposición se ha colapsado.

El rabino sonrió evasivamente.

—No parece alegrarse mucho —observó Lanigan.

—Es un poco como colarse por la puerta de atrás.

—Conque es eso. Cree que esta renovación, o elección, o como se llame, se debe a sus gestiones en favor de Bronstein. Bien, tendré que explicarle algunas cosas, rabino. Ustedes, los judíos, son escépticos, críticos y lógicos.

—Siempre había creído que se nos consideraba sumamente emotivos —dijo el rabino.

—Y lo son, pero únicamente respecto a cosas emotivas. Los judíos no tienen el más mínimo sentido político, y en eso los irlandeses somos unos genios. Cuando discuten o hacen campaña, se centran en los argumentos. Y cuando pierden, se consuelan pensando que sus argumentos eran razonables y lógicos. Debió de ser un judío el que dijo que prefería tener razón a ser presidente.

Cualquier irlandés sabe que, para poder hacer algo, primero hay que salir elegido. O sea que salir elegido es el primer principio de la política. Y el segundo gran principio es que al candidato no se lo elige porque sea lo más lógico, sino por la forma en que se corta el pelo, o por la ropa que viste, o por su acento. Así es como se elige hasta el presidente de los Estados Unidos, y así es como elige un hombre a su esposa. Ahora bien, siempre que se halle en una situación política, debe usted aplicar principios políticos. Conque no se preocupe del porqué o el cómo fue elegido. Limítese a alegrarse de haber sido elegido.

—El señor Lanigan tiene razón, David —intervino Miriam—. Nosotros sabemos que si no te hubiesen renovado el contrato habrías podido encontrar un empleo tan bueno como éste o incluso mejor, pero a ti te gusta Barnard's

Crossing. Además, el señor Wasserman está seguro de que te concederán un aumento, y esto siempre viene bien.

—Ese dinero ya está adjudicado —se apresuró a contestar el rabino.

Su mujer hizo una mueca.

—¿Más libros?

—Esta vez, no —respondió, negando al tiempo con la cabeza—. Cuando todo este asunto haya terminado, voy a dedicar el dinero de más a la compra de un coche nuevo. La idea de esa pobre chica... Cada vez que me meto en el coche, casi me viene un estremecimiento. No dejo de buscarme excusas para ir a todas partes andando.

—Es comprensible —admitió Lanigan—, pero tal vez lo vea de otro modo cuando detengamos al asesino.

—¿Ah, sí? ¿Y cómo les va?

—Estamos constantemente recogiendo nueva información. Trabajamos las veinticuatro horas del día. Ahora mismo, tenemos varias pistas muy prometedoras.

—Dicho de otra forma —comentó el rabino—, están en un callejón sin salida.

La respuesta de Lanigan consistió en un encogimiento de hombros y una sonrisa irónica.

—Si quiere mi consejo —dijo Miriam—, olvídense de todo por un

momento y tome una taza de té con nosotros.

—Un buen consejo —aprobó Lanigan.

Tomaron el té y hablaron de la ciudad, de política, del tiempo; una conversación ociosa y sin objeto fijo, propia de personas a las que no acuciara ningún problema inmediato. Finalmente, Lanigan se incorporó de mala gana.

—He pasado un rato muy agradable conversando con ustedes, rabino, señora Small, pero ahora debo irme.

En aquel momento sonó el teléfono y, aunque el rabino era quien estaba más cerca, su esposa se apresuró a contestar. Tras decir «hola», escuchó por unos instantes con el receptor firmemente apretado contra su oído.

—Lo siento, se ha equivocado de número —dijo por fin, colgando el auricular.

—Parece que últimamente recibimos muchas llamadas equivocadas —observó el rabino.

Lanigan, ya junto a la puerta, contempló al rabino, con expresión tranquila e inocente, y a su esposa, con las mejillas sonrojadas... ¿de bochorno? ¿De preocupación? ¿De ira? En respuesta a su mirada inquisitiva, creyó detectar un casi imperceptible movimiento de cabeza por parte de ella, de modo que sonrió y, saludando con la mano, se retiró.

Noche tras noche se reunía prácticamente el mismo grupito de habituales en el compartimiento circular de la parte delantera del Ship's

Cabin. A veces se juntaban hasta seis, pero la mayoría de las noches sólo eran tres o cuatro. Se denominaban a sí mismos los Caballeros de la Tabla Redonda, y tendían a ser ruidosos y turbulentos. Aunque Alf Cantwell, el propietario de la taberna, era un hombre estricto y se enorgullecía de dirigir un establecimiento formal, con ellos solía mostrarse indulgente porque eran clientes regulares y, si alguna vez se ponían pendencieros, se mantenían en los límites de su propio círculo. Aun así, en las dos o tres ocasiones en que había tenido que ordenar al camarero que no les sirviera más y, de hecho, les había pedido que se marcharan, ellos no se lo habían tomado a mal y habían regresado al día siguiente sin rencor y un tanto

arrepentidos: «Me parece que ayer nos pasamos un poco, Alf. Lo siento, no volverá a ocurrir».

Cuando llegó Stanley, el lunes a las nueve y media, había cuatro de ellos sentados ante la mesa. Buzz Applebury, un hombre alto y enjuto con una prominente nariz, le saludó al verlo llegar. Era pintor y contratista de obras con establecimiento propio, y Stanley había trabajado para él en alguna ocasión.

—Hola, Stan —le gritó—, siéntate con nosotros a tomar algo.

—Bien... —Stanley vaciló. Socialmente, estaban por encima suyo. Además de Applebury, estaba Harry Cleeves; que tenía una tienda de reparaciones de aparatos eléctricos, Don Winters, dueño de un pequeño comercio de alimentación, y Malcolm Larch, que poseía una oficina de seguros y bienes raíces. Todos ellos eran comerciantes, mientras que él era solamente un obrero.

—Sí, hombre, ven aquí —insistió Larch, apartándose para dejarle sitio en el banco circular—. ¿Qué vas a tomar?

Estaban bebiendo *whisky*, pero él solía tomar cerveza y no quiso que pensarán que se aprovechaba de su invitación.

—Tomaré una cerveza —respondió.

—¡Buen chico, Stan! Vale más que permanezcas sobrio, porque quizá tengas que llevarnos a casa.

—Estupendo —dijo Stanley apreciativamente.

Harry Cleeves, un gigante rubio con una redonda cara de bebé, había permanecido todo este tiempo contemplando melancólicamente su vaso, sin prestar atención a Stanley, pero entonces alzó la cabeza y se dirigió a él con aire de gran seriedad.

—¿Sigues trabajando en la iglesia judía?

—¿En el templo? Sí, todavía trabajó allí.

—Ya llevas bastante tiempo —observó Applebury.

—Dos..., no, tres años —contestó Stanley.

—¿Tú también llevas uno de esos gorritos que se ponen para rezar?

—Claro, cuando celebran un servicio y yo estoy trabajando.

Applebury se volvió hacia los demás.

—Cuando celebran un servicio y él está trabajando, dice.

—¿Y cómo sabes que eso no te convierte en judío? —preguntó Winters.

Stanley les dirigió una rápida mirada. Decidió que estaban

bromeando y se echó a reír.

—Caramba, Don, eso no puede convertirte en judío.

—Claro que no, Don —intervino Applebury, dirigiéndole una mirada de desaprobación—. Todo el mundo sabe que han de cortarte el pito para convertirte en judío. ¿A ti te lo han cortado, Stan?

Stanley estaba seguro de que se lo preguntaba en broma, y volvió a reírse.

—Estupendo —añadió, para demostrar que lo comprendía.

—Vale más que te andes con cuidado, Stan —le advirtió Winters—. Si vas mucho con judíos, puedes volverte tan listo que se te quiten las ganas de trabajar.

—Oh, no son tan listos —dijo Applebury—. Una vez hice un trabajo para uno de ellos, allí en Grove Point. Me pidieron un presupuesto y les di una cifra al menos un tercio superior a lo que valía la obra, pensando rebajarla en el regateo. Pero el judío aquel sólo dijo: «Adelante, pero hágame un buen trabajo». En realidad, con su esposa que quería los colores exactamente así y asá, y «¿Podría pintar esta pared apenas un poquitín más oscura que la otra, señor Applebury?» y «Mire de dejar la madera perfectamente lisa, señor Applebury», es posible que la obra costara verdaderamente lo que me pagaron. Era una mujercita guapísima, una preciosidad —añadió, pensando en el pasado—. Llevaba unos pantalones negros la mar de ajustados, pantalones de torero, creo que los llaman, y cuando andaba movía el culito de una forma que no me dejaba concentrarme en el trabajo.

—He oído decir que Hugh Lanigan está preparándose para hacerse judío —comentó Harry Cleeves. Los demás se echaron a reír, pero él no les hizo caso. De pronto, se volvió hacia Stanley—. ¿Qué dices tú, Stan? ¿Sabes si están haciendo preparativos para el ingreso de Hugh Lanigan?

—Qué va.

—Yo también he oído algo de eso, Harry —intervino Malcolm Larch—. No es que Hugh quiera volverse judío. Es sólo este asunto de la chica. Supongo que Hugh está trabajando junto con su rabino para asegurarse de que no se difunden las pruebas de que el rabino lo hizo.

—¿Y cómo puede hacer tal cosa? —quiso saber Cleeves—. Si fue

el rabino quien lo hizo, ¿cómo va Hugh a esconderlo?

—Bueno, por lo que he oído decir, ya trataron de cargarle las culpas a ese Bronstein, que no pertenece a su grupo. Pero resultó que es amigo de uno de sus jefazos, conque han tenido que soltarlo. Los que saben de qué va la cosa piensan que ahora intentarán acusar a alguien que no sea judío. ¿Se ha metido Hugh contigo, Stan? —Se volvió a mirarlo con aire inocente.

Stanley sabía que estaban tomándole el pelo, pero en lugar de parecerle gracioso le produjo inquietud. Se esforzó por sonreír.

—No, Hugh no me ha dicho nada.

—Lo que yo no logro entender —dijo Cleeves, meditabundo—, es por qué el rabino ese habría de matar a la chica.

—Alguien decía que es parte de su religión, pero no me parece muy probable —comentó Winters.

—No creo que sea verdad —dijo Larch—, al menos, no aquí. Tal vez en Europa o en una gran ciudad como Nueva York, donde son poderosos y pueden salirse con la suya, pero aquí no.

—Entonces, ¿qué interés podía tener en una joven como ésa? —inquirió Winters.

—Estaba preñada, ¿no? —Cleeves se volvió súbitamente hacia Stanley—. ¿No era ese el interés que tenía, Stan?

—Venga, hombre, estáis chalados —replicó Stanley.

Se rieron, pero Stanley no sintió que se distendiera el ambiente. Se encontraba incómodo.

—Oye, Harry —exclamó Larch—, ¿no tenías que llamar por teléfono?

Cleeves consultó su reloj.

—Es un poco tarde, ¿no?

—Cuanto más tarde, mejor. —Guiñó un ojo a sus amigos—. ¿No es verdad, Stan?

—Supongo que sí.

Esto causó nuevas carcajadas. Stanley mantenía fijamente su sonrisa. Quería irse, pero no sabía cómo. Todos miraban, sin hablar, mientras Cleeves marcaba un número y decía algo por teléfono. Al poco rato, regresó haciendo una O con el pulgar y el índice para indicar que la llamada había sido satisfactoria.

Stanley se levantó para que Cleeves pudiera llegar a su asiento. Ya en pie, comprendió que era la ocasión de despedirse.

—Tengo que irme ya —anunció.

—¡Vamos, Stan! ¡Pide otra cerveza!

—La noche es joven, hombre.

—¡Anímate!

Applebury le sujetó del brazo, pero Stanley se desasíó y se dirigió hacia la puerta.

## 24

CARL

MACOMBER

, presidente del Comité de Ciudadanos de  
Barnard's

Crossing, era propenso a preocuparse. Alto y magro, de cabellos grises, llevaba cuarenta años metido en la política local, y la mitad de este tiempo como miembro del Comité de Ciudadanos. Los doscientos cincuenta dólares anuales que percibía, cincuenta más que los restantes miembros, no eran una compensación adecuada por las tres o cuatro horas a la semana que dedicaba durante todo el año para asistir a las reuniones del Comité, además de las docenas de horas que le ocupaban los asuntos de la ciudad y las frenéticas semanas de campaña cada dos años si quería ser reelegido.

No cabía duda de que su negocio —dirigía una pequeña tienda de ropa de caballero— se había visto perjudicado por su intensa dedicación a la política. A cada período de elecciones, su esposa y él sostenían largas discusiones acerca de si le convenía o no presentarse de nuevo, y, como él mismo solía decir, convencerla a ella era uno de los mayores problemas de la campaña.

—Pero Martha, no tengo más remedio que presentarme, ahora que hemos de tratar de la expropiación de la finca Dollop. No hay nadie más que conozca todos los entresijos del asunto como yo. Si se presentara Johnny Wright, podría retirarme. Pero este invierno se va a Florida. Aparte de mí, es el único de los miembros que participo en las negociaciones con los herederos, en el año 52. No

quiero ni pensar en lo que tendría que pagar la ciudad si yo me retirara ahora.

Antes de eso se había tratado de la nueva escuela; y antes, del nuevo departamento de sanidad; y antes, del análisis de salarios de los empleados municipales; y antes, de alguna otra cuestión. El inflexible yanqui que había en él no le permitía reconocer en sí mismo una cosa tan sentimental como el cariño por su ciudad natal. En cambio, se decía que le gustaba hallarse en el centro de la acción y saber lo que estaba ocurriendo, y que presentarse era su deber ya que podía desempeñar el cargo mejor que cualquier otro candidato.

A menudo solía decir que dirigir la ciudad no consistía en ir tratando los problemas a medida que se presentaban. Antes bien, había que saber prever las crisis y enfrentarse a ellas antes de que se plantearan. Tal era la situación en aquellos momentos con respecto al rabino Small y el asesinato del templo, como lo habían bautizado los diarios en sus titulares. No era una cuestión para ser discutida en una reunión normal del Comité. Incluso los cinco miembros le parecían demasiados, cuando lo único que necesitaba era una mayoría de tres para hacer aprobar con un mínimo de discusión lo que hubieran decidido.

Había llamado a Heber Nute y a George Collins, los dos miembros más ancianos del Comité y, aparte de él mismo, también los más antiguos. Estaban sentados en su sala de estar, bebiendo el té helado y comiendo las galletitas de jengibre que Martha Macomber les había servido en una bandeja. Hablaron del tiempo, de la marcha de los negocios y de la situación política nacional, hasta que Carl Macomber fue al grano.

—Os he hecho venir para discutir ese asunto del templo, en la zona de Chilton. Me tiene preocupado. La otra noche, estuve en el Ship's

Cabin y oí algunas conversaciones que no me gustaron nada. Estaba en uno de los compartimientos, de modo que no me vieron, pero había la usual banda de gandules que suele verse por allí, bebiendo cerveza y charlando, más que nada, para oír su propia voz. Decían que tenía que haberlo hecho el rabino, y que no le harían nada porque la policía está comprada por los judíos; que Hugh Lanigan y el rabino son grandes amigos y siempre se les ve juntos.

—¿No sería Buzz Applebury el que hablaba así? —preguntó

George Collins, un hombre jovial y de sonrisa fácil—. Estuvo el otro día en casa para hacerme un presupuesto de pintura y no paró de decir cosas así. Yo, claro, me reí de él y le dije que era un bobo.

—Era Buzz Applebury —admitió Macomber—, pero había otros tres o cuatro con él que parecían pensar lo mismo.

—¿Es eso lo que te tiene preocupado, Carl? —inquirió Heber Nute, un hombre nervioso e irascible que siempre parecía enfadado por algo. La piel de su calva parecía haber sido tensada, y una vena gruesa palpitaba al ritmo de su enfurecimiento—. ¡Maldita sea! No has de prestar atención a esta clase de tipos. —Parecía molesto por que se le hubiera hecho ir a discutir un asunto de tan escasa importancia.

—Estás en un error, Heber. No es sólo un chiflado como Applebury. Los demás parecían creer que lo que decía era razonable. Ya hace algún tiempo que corren esta clase de rumores, y puede llegar a ser peligroso.

—No veo que podamos hacer gran cosa al respecto, Carl —observó Collins juiciosamente—, aparte de decirle que es un maldito bobo, como hice yo.

—No parece que haya servido de nada —comentó Nute agriamente—. Hay otra cosa que te preocupa, Carl. Tú no eres de los que se dejan impresionar por tipos como Applebury. ¿De qué se trata?

—No es sólo Applebury. He oído comentarios de otra gente, clientes de mi negocio. No me gusta. Los he venido oyendo desde que comenzó este asunto. Se calmaron un poco cuando detuvieron a Bronstein, pero desde que lo soltaron la cosa se ha puesto peor. La idea general parece ser que, si no fue Bronstein, entonces debió de ser el rabino, y si no lo detienen es porque es amigo de Lanigan.

—Hugh es un policía al cien por cien —afirmó Nute—. Detendría a su propio hijo si fuese culpable.

—¿No fue el rabino quien hizo que soltaran a Bronstein? —inquirió Collins.

—Cierto, pero la gente no lo sabe.

—Bueno, en cuanto detengan al verdadero asesino se calmarán los ánimos.

—¿Y cómo sabes que no será el rabino? —preguntó Nute.

—Para el caso, ¿cómo sabemos que atraparán al asesino? —dijo

Macomber—. Hay muchísimos casos de este tipo que jamás llegan a solucionarse. Y, entre tanto, puede causarse mucho daño.

—¿Qué clase de daño? —preguntó Collins.

—Puede removerse mucha porquería. Los judíos suelen ser muy susceptibles, y se trata de su rabino.

—Es una pena —admitió Nute—, pero no podemos tratarlos con guante blanco sólo porque sean muy susceptibles.

—Hay más de trescientas familias judías en Barnard's

Crossing —afirmó Macomber—. Dado que la mayoría viven por la zona de Chilton, puede calcularse el precio actual de mercado de sus viviendas en unos veinte mil dólares cada una. Muchos no pagaron tanto, pero eso es lo que valen hoy en el mercado. Nuestras valoraciones se cifran en un cincuenta por ciento del precio de mercado. Eso equivale a trescientas veces diez mil, o sea, tres millones de dólares. Los impuestos sobre tres millones de dólares no son desdeñables.

—Bien, si los judíos se van, vendrán los cristianos —observó Nute—. A mí no me molestaría.

—No eres muy amigo de los judíos, ¿verdad, Heber? —preguntó Macomber.

—No, no puedo decir que lo sea.

—¿Y qué me dices de los católicos y de la gente de color?

—Pues tampoco podría afirmar que me caigan muy bien.

—¿Y los yanquis? —preguntó Collins con una sonrisa.

—Tampoco le gustan —respondió Macomber, también sonriendo—. Eso se debe a que él mismo es un yanqui. A los yanquis no nos gusta nadie, ni siquiera los demás yanquis, pero toleramos a todo el mundo.

Hasta el propio Heber tuvo que reír.

—Bien —prosiguió Macomber—, es por eso por lo que os he hecho venir hoy. Pensaba en Barnard's

Crossing, y en el enorme cambio que ha experimentado en los últimos quince o veinte años. Hoy en día, nuestras escuelas son tan buenas como las de cualquier otra ciudad del estado. Tenemos una biblioteca que está considerada como una de las mejores que existen en una población de este tamaño. Hemos construido un

nuevo hospital. Hemos construido kilómetros de alcantarillado y asfaltado kilómetros de calles. No sólo es una ciudad más grande que hace quince años: es una ciudad mejor. Y se lo debemos a la gente de Chilton, tanto judíos como cristianos. No os engañéis. Esa gente de Chilton, y ahora me refiero a los cristianos, no son como nosotros los de Old Town. Se parecen mucho más a sus vecinos judíos. Son jóvenes ejecutivos y científicos, ingenieros y profesionales en general. Todos son graduados universitarios, y sus esposas son universitarias, y quieren que sus hijos vayan a la universidad. Y ya sabéis por qué vinieron aquí...

—Vinieron aquí —le interrumpió Nute—, porque Boston está a media hora de distancia y porque en verano tienen el océano.

—Hay otras poblaciones costeras, y ninguna de ellas ha hecho la mitad de lo que hemos hecho nosotros, y todas tienen unos impuestos más elevados —observó Macomber, imperturbable—. No, se trata de otra cosa; quizá del espíritu que Jean Pierre Bernard, el viejo réprobo, se trajo consigo y nos dejó en herencia. Cuando en Salem andaban en plena caza de brujas, varias de ellas vinieron aquí a buscar refugio, y nosotros las ocultamos. No hubo caza de brujas aquí, y no quiero que haya una ahora.

—Ha de haber ocurrido algo —dijo Collins—, algo en particular que te tiene preocupado, y no creo que se trate de las tonterías de Buzz Applebury ni de algún comentario que hayan podido hacer tus clientes. Nunca he sabido que te achicaras ante los clientes. Dinos, Carl, ¿de qué se trata?

Macomber asintió con la cabeza.

—Ha habido llamadas telefónicas, llamadas anónimas, algunas en plena noche. Becker, el propietario de la agencia Lincoln-Ford, vino a verme para hacer una oferta para el nuevo coche patrulla de la policía. Este fue el motivo que él me dio, pero durante la conversación se las arregló para mencionar que el presidente de su templo, Wasserman, y Abe Casson, ya sabéis quien es, han estado recibiendo llamadas anónimas. Hablé con Hugh acerca de ello, y me dijo que no sabía nada, pero que no le extrañaría que también el rabino las recibiera.

—Nosotros no podemos hacer nada, Carl —objetó Nute.

—No estoy tan seguro. Si pudiéramos hacer ver a todo el mundo que el Comité de Ciudadanos se opone radicalmente a este tipo de

cosas, quizá serviría de algo. Y, puesto que el problema parece centrarse en el rabino —aunque, en mi opinión, no sea más que una excusa para que Buzz Applebury pueda lucirse ante sus oyentes—, había pensado que tal vez podríamos aprovechar aquella tontería que la Cámara de Comercio instituyó hace dos o tres años, el número de la bendición de la flota al comienzo de la semana de las regatas, para demostrar que no aprobamos lo que está ocurriendo. Recuerdo que un año se encargó monseñor

O'Brien

, y otro el Dr. Skinner...

—El año pasado lo hizo el pastor Mueller —añadió Collins.

—Muy bien, eso hace dos protestantes y un católico. ¿Y si anunciáramos que este año lo hará el rabino Small?

—Maldita sea, Carl, no puedes hacer una cosa así. Los judíos ni siquiera tienen un club náutico. Los Argonautas tienen muchos miembros católicos, y por eso se lo pidieron a monseñor

O'Brien

. En cuanto al Northern y al Atlantic, no tienen ningún miembro católico, y mucho menos judíos. No lo admitirían. Ya protestaron cuando vino el Monseñor.

—La ciudad ayuda mucho a los clubs náuticos —alegó Macomber—, y si les dijéramos que el Comité de Ciudadanos es unánime en este punto, tendrían que admitirlo les gustara o no.

—Pero, maldita sea —insistió Nute—, no puedes pedirles que dejen bendecir sus yates a un rabino judío, como, no les pedirías que le dejaran bautizar a sus hijos.

—¿Por qué no? Nadie bendecía las embarcaciones antes de que a la Cámara se le ocurriese esta idea. Eso significa que a los yates no les hace falta ninguna bendición. Y no he sabido que naveguen más rápido desde que los bendicen. Así que lo peor que podrían decir es que la bendición del rabino no serviría de nada. Tampoco yo creo que sirva, no más que la del monseñor o la del pastor. Pero no creo que nadie piense que puede ser perjudicial.

—Muy bien, muy bien —cedió Nute—. ¿Qué quieres que hagamos?

—Nada en absoluto, Heber. Yo iré a ver al rabino y le transmitiré la invitación. Sólo quiero que me apoyéis si el resto del consejo se opone.

Joe Serafino se detuvo a la entrada del comedor, contemplando al público.

—Un buen día —comentó—, ¿eh, Lennie?

—Sí, tenemos un buen público. —A continuación, sin mover los labios, el jefe de camareros añadió—: Ha venido un policía. La tercera mesa desde la ventana.

—¿Cómo lo sabes?

—Puedo olerlos. De todos modos, a éste lo conozco. Es un policía del estado.

—¿Te ha dicho algo?

Leonard se encogió de hombros.

—No han dejado de venir desde que pasó lo de la chica, pero ésta es la primera vez que uno de ellos se sienta y pide una bebida.

—¿Quién es la mujer que lo acompaña?

—Debe de ser su esposa.

—Quizá hayan salido a distraerse un poco. —De pronto, se puso en tensión—. ¿Qué está haciendo aquí esa chica, Stella?

—Oh, ahora iba a decírselo. Quiere hablar con usted. Le he dicho que ya la avisaría cuando llegase.

—¿Qué quiere?

—Supongo que quiere pedirle un empleo fijo. Puedo quitársela de encima, si lo prefiere. Le diré que está demasiado ocupado para atenderla hoy y que la telefonaré.

—Ya puedes decírselo. No, espera. Hablaré con ella.

Echó a andar por entre las mesas, deteniéndose de vez en cuando para saludar a algún viejo cliente. Pausadamente, sin dirigir la vista hacia ella, llegó por fin junto a la mesa que ocupaba la muchacha.

—¿Qué te pasa, chica? Si vienes a pedir trabajo, no tienes porqué sentarte a una mesa.

—El señor Leonard me ha pedido que lo haga. Ha dicho que no haría buena impresión esperando en la entrada.

—Muy bien, ¿qué quieres?

—Tengo que hablarle..., en privado.

Le pareció detectar un matiz de amenaza en su voz, de modo que respondió:

—De acuerdo. ¿Dónde tienes el abrigo?

—En el guardarropa.

—Recógelo. ¿Sabes dónde está mi coche?

—¿En el sitio de siempre?

—Sí. Ve allí y espérame. Yo salgo en seguida.

Reanudó su recorrido por las mesas hasta que llegó frente a la puerta de la cocina. La cruzó, y un minuto después se hallaba en el aparcamiento.

Acomodándose frente al volante, preguntó:

—Muy bien, ¿qué ocurre? No tengo mucho tiempo.

—La policía ha venido a verme esta mañana, señor Serafino.

—¿Qué les has dicho? —replicó al instante. En seguida comprendió que había cometido un error y, casi despreocupadamente, le preguntó qué querían.

—No lo sé. No estaba en casa. Han hablado con la mujer con la que vivo. Han dejado un nombre y un número de teléfono para que les llame, pero le he dicho a mi compañera que, si vuelven a llamar, les diga que no he estado en casa en todo el día. Quería hablar con usted antes. Estoy asustada.

—¿Dé qué puedes estar asustada? No sabes lo que quieren de ti.

En la oscuridad, advirtió que movía afirmativamente la cabeza.

—Lo supongo. Le han preguntado a qué hora volví a casa aquella noche..., ya sabe.

Serafino se encogió de hombros en un deliberado gesto de despreocupación.

—Aquella noche estuviste trabajando aquí, de modo que quieren interrogarte. Es normal: ya han interrogado a todos los que trabajan aquí. Asunto de rutina. Si vuelven, les dices la verdad. Te daba miedo volver sola a casa a esas horas de la noche, y más siendo tu primer día aquí, conque te acompañé yo en coche y te dejé hacia la una y cuarto.

—Oh, no. Era más temprano, señor Serafino.

—¿Ah, sí? ¿La una?

—Miré el reloj cuando entré en casa, señor Serafino. Sólo eran las doce y media.

Comenzó a enfurecerse; a enfurecerse y también a asustarse un poco.

—¿Qué quieres decir, muñeca? ¿Pretendes mezclarme en un asesinato?

—Yo no pretendo nada, señor Serafino —respondió, terca—. Sé

que me dejó en mi casa a las doce y media, incluso un poco antes porque justo era la media cuando entré. No sé mentir, señor Serafino, y por eso había pensado que si pudiera irme a Nueva York con mi hermana casada, y buscarme algún trabajo, quizá en el espectáculo, y si es un asunto de rutina, como usted dice, es posible que no se interesaran más por mí.

—Bueno, puede que tengas razón.

—Necesitaré algo de dinero para gastos, señor Serafino. Está la cuestión del billete, y luego, aunque pueda vivir con mi hermana, y creo que al principio sería mejor que no lo hiciera, tendría que pagarle algo por el alojamiento y la comida.

—¿En cuánto has pensado?

—Si consigo trabajo en seguida, no necesitaré mucho, pero calculo que debería tener al menos quinientos dólares, por si acaso.

—Un chantaje, ¿eh? —Se inclinó hacia ella—. Escúchame bien. Tú sabes que yo no tuve nada que ver con la muerte de esa chica.

—Yo no sé qué pensar, señor Serafino.

—Sí, sí que lo sabes. —Esperó a que dijera algo, pero ella permaneció en silencio. Entonces cambió de tono—. Esa idea de irse a Nueva York no es buena. Si desapareces, la policía empezará a sospechar inmediatamente. Y te encontrarán, créeme. En cuanto a los quinientos dólares... Olvídalos. No tengo tanto dinero. —Buscó en su cartera y extrajo cinco billetes de diez dólares—. No me importa echarte una mano. Y si te hace falta más, puedo darte otros diez de vez en cuando. Pero nada grande, ¿entiendes? Y, si te portas bien, tal vez pueda buscarte un trabajo fijo en el club. Pero eso es todo. Y cuando la policía te pregunte a qué hora llegaste a casa aquella noche, les dices que no lo recuerdas exactamente, pero que era tarde, seguramente más de la una. No te preocupes por lo de no saber mentir. A la policía le parecerá lógico que estés algo nerviosa.

Ella empezó a menear la cabeza.

—¿Qué pasa ahora?

Bajo la débil claridad del letrero eléctrico del club, vio una sonrisita de suficiencia en el rostro de la muchacha.

—Si no hubiese tenido nada que ver con el asunto, señor Serafino, no habría querido darme nada. Y si tuvo que ver, me ofrece muy poco.

—Mira, yo no tuve nada que ver con la chica. Métetelo en la

cabeza. ¿Por qué hago esto? Te lo diré. Cualquier persona que lleve un club nocturno está en manos de la policía. Pueden crearle muchos problemas, ¿entiendes? Si empiezan a meterse conmigo, mi negocio se hunde. Ese Bronstein al que detuvieron es vendedor de coches. Si las cosas le van mal, durante una temporada puede rebajar precios u ofrecer más por los coches que le dan de entrada, y ahí se acaba la historia. Pero si a mí me ocurriera lo mismo, tendría que cerrar definitivamente. Y soy padre de familia. Así pues, me sale a cuenta gastarme unos pavos para evitar líos. Pero nada más.

Ella volvió a menear la cabeza.

Serafino permaneció muy quieto, excepto sus dedos que tamborileaban sobre el volante. Luego apartó la vista de ella, como si estuviera hablándole a otra persona.

—En este negocio se encuentra uno con toda clase de gente. Si quieres tener un poco de tranquilidad, necesitas una especie de seguro. Alguien trata de presionarte y tú miras de llegar a un acuerdo. Si no es posible, llamas a tú, digamos, agente de seguros. Te sorprendería saber qué clase de servicio se puede obtener por quinientos dólares. Y si el trabajo es una chica guapa como tú, hay agentes que me harían un precio especial; incluso puede que lo hicieran gratis. A algunos de estos individuos les gusta jugar, sobre todo con las chicas guapas. Lo hacen como diversión. —La miró por el rabillo del ojo y advirtió que sus palabras empezaban a hacer mella—. Como ya te he dicho, me gusta ser amable. No me importa ayudar a una amiga de vez en cuando. Si una amiga necesita desesperadamente un empleo, es fácil que yo le encuentre uno. Si necesita unos pavos, digamos que para un traje nuevo, soy hombre comprensivo.

Volvió a tenderle los billetes.

Esta vez la chica se los guardó.

# 25

MACOMBER había telefoneado antes para asegurarse de que el rabino estuviera en casa cuando él llegara.

—¿Macomber? ¿Conocemos a algún Macomber? —preguntó el rabino cuando Miriam le habló de la llamada.

—Dijo que se trataba de un asunto de la ciudad.

—¿Crees que puede ser el presidente del Comité de Ciudadanos? Se llama Macomber, me parece.

—¿Por qué no se lo preguntas cuando venga? —respondió ella un tanto secamente. Luego, como si comprendiese que había sido muy brusca, añadió—: Dijo que llegaría a las siete.

El rabino miró inquisitivamente a su esposa, pero no contestó nada. Hacía unos cuantos días que parecía deprimida, pero prefería no interrogarla.

El rabino reconoció a Macomber de inmediato y le ofreció pasar a su estudio, suponiendo que había venido para hablarle de algún asunto relativo al templo o a la comunidad judía. Pero Macomber quiso quedarse en la sala.

—Sólo me quedaré un momento, rabino. He venido a preguntarle si quería participar en las ceremonias de inauguración de la semana de las regatas.

—¿Qué clase de participación? —inquirió el rabino.

—Bien... En estos últimos años, se ha convertido en todo un acontecimiento. Vienen yates de todas partes, ya sabe: de todos los clubs náuticos de la orilla norte y de bastantes de la orilla sur, e incluso de más lejos. Antes de la primera regata, celebramos una

ceremonia en el muelle de los jueces. Hay un concierto de banda, se izan banderas y, finalmente, se bendice la flota. En los dos últimos años lo han hecho ministros protestantes, y anteriormente lo hizo un sacerdote católico. De modo que, para este año, hemos pensado que sería justo que lo hiciera un rabino, ahora que tenemos uno en la ciudad.

—No estoy seguro de entender exactamente qué desea que bendiga —respondió el rabino—. Los barcos que acuden para las regatas son todas embarcaciones de placer de una u otra clase, ¿no es cierto? ¿Hay algún peligro en las regatas?

—En realidad, no. Naturalmente, siempre es posible que alguien vaya a parar al agua, pero eso no ocurre muy a menudo.

El rabino estaba desconcertado e indeciso.

—Entonces, ¿quiere que rece por la victoria?

—Bien, desde luego que nos gustaría que ganaran los nuestros, pero las participaciones son individuales, no como ciudad, ¿comprende?

—No estoy muy seguro de comprenderlo. ¿Quiere decir que simplemente desea que bendiga los propios yates?

—Esta es la idea, rabino. Su participación consistiría en bendecir las embarcaciones; no sólo las nuestras, sino todas las que se hallen en el puerto en aquel momento.

—No sé —dijo el rabino, dubitativamente—. No tengo mucha experiencia en este tipo de cosas. Vea usted, nuestras oraciones rara vez son para pedir algo. No solemos pedir, sino más bien agradecer lo que hemos recibido.

—No le comprendo.

El rabino sonrió.

—La cosa es así. Ustedes, los cristianos, dicen «el pan nuestro de cada día dánoslo hoy». Nuestra oración más semejante sería: «Bendito seas, Señor, que haces nacer el pan de la tierra». Es una simplificación, por supuesto, pero por lo general nuestras plegarias tienden a ser oraciones de agradecimiento por los bienes recibidos. Naturalmente, queda la posibilidad de dar gracias por las embarcaciones que nos proporcionan el placer de navegar, pero me parece un poco traído por los pelos. Tendría que pensarlo. En realidad, no me dedico al negocio de las bendiciones, ¿sabe?

Macomber se echó a reír.

—Es una curiosa manera de expresarlo. No creo que monseñor O'Brien

, que lo hizo hace un par de años, o el doctor Skinner, que también dio su bendición, se consideren metidos en el negocio de las bendiciones. Pero lo hicieron.

—Al menos, me parece más en consonancia con sus respectivas profesiones que con la mía.

—¿No están ustedes en la misma profesión?

—Oh, no. Los tres procedemos de tradiciones muy distintas.

Monseñor

O'Brien

es un sacerdote en la tradición de los sacerdotes de la Biblia, los hijos de Aaron. Tiene ciertos poderes, poderes de naturaleza mágica, que ejercita, por ejemplo, en la celebración de la Misa, en la que el pan y el vino se transmutan mágicamente en el cuerpo y la sangre de Cristo. El doctor Skinner, como ministro protestante, pertenece a la tradición de los profetas. Ha sido llamado a predicar la palabra de Dios. Yo, un rabino, soy fundamentalmente un personaje secular, sin el *maná* del sacerdote ni la «llamada» del ministro. En todo caso, el paralelo más ajustado sería con los jueces de la Biblia.

—Bien —dijo Macomber, lentamente—, creo que entiendo qué quiere decir, pero en realidad nadie... Lo que iba a decirle es que nos interesa, más que nada, la ceremonia.

—¿Acaso iba a decir que en realidad nadie escucha ya las plegarias?

Macomber emitió una breve risa.

—Temo, rabino, que eso es precisamente lo que iba a decir. Y ahora le he ofendido.

—En absoluto. Como rabino, soy tan consciente de que la gente no escucha mis oraciones como pueda serlo usted de que no escuchan sus más serios argumentos. No me preocupa que los presentes en el muelle no muestren la devoción adecuada, sino que la plegaria se deba a un motivo frívolo.

Macomber parecía decepcionado.

—¿Por qué le interesa tanto que sea mi marido quien pronuncie las oraciones? —quiso saber Miriam.

Macomber volvió la vista hacia ella y comprendió, por la calma

de su expresión y la firmeza con que alzaba su barbilla, que sería inútil responder con evasivas. Por consiguiente, decidió explicarles la verdad.

—Es por la desagradable reacción que ha producido ese lamentable suceso del templo. En estos últimos días, sobre todo, han corrido rumores; rumores muy feos. Es la primera vez que ocurre, y no nos gusta. Si el Comité de Ciudadanos anunciara que le ha invitado a usted a bendecir la flota, quizá eso contribuiría a contrarrestarlos. Estoy de acuerdo con usted en que se trata de una idea bastante tonta, una genialidad que se le ocurrió a la Cámara de Comercio hace unos años. Sí, es cierto que en algunos países católicos suele hacerse, en los pueblos de pescadores, pero allí los barcos son una cosa seria y su éxito afecta a toda la economía. Además, existe un peligro real. Incluso me parece razonable que se haga en Gloucester, de donde zarpan las grandes flotas. Aquí no es más que una ceremonia sin sentido, pero, por lo que a usted se refiere, rabino, servirá para hacer ver a todos que el Comité de Ciudadanos está en contra de estos vergonzosos actos.

—Eso es muy amable por su parte, señor Macomber —contestó el rabino—, pero ¿no estará usted exagerando la situación?

—No, créame. Quizá usted personalmente no haya sufrido ninguna molestia, o si la ha sufrido quizá la haya desechado sin darle importancia, como obra de uno o dos chiflados que se detendrán en cuanto la policía atrape al culpable. Pero este tipo de casos son de difícil solución, y muchas veces no se encuentra al que lo hizo. Entre tanto, hay personas de bien que pueden resultar dañadas. No digo que nuestra idea vaya a resolver la situación, pero estoy seguro de que ayudará en algo.

—Le agradezco lo que está tratando de hacer y el espíritu que lo mueve...

—¿Acepta entonces?

El rabino meneó lentamente la cabeza.

—¿Por qué no? ¿Acaso va en contra de su religión?

—De hecho, sí. Hay una prohibición específica: «No tomarás el nombre de Dios en vano».

Macomber se puso en pie.

—Supongo que no hay más que hablar, pero le agradecería que volviera a pensarlo. No se trata únicamente de usted, comprenda,

sino de toda la comunidad judía.

Cuando se hubo marchado, Miriam exclamó:

—Oh, David, esta gente es buena.

Él asintió, pero no dijo nada.

Sonó el teléfono y el mismo rabino descolgó el auricular.

—Rabino Small al habla —comenzó, y luego quedó a la escucha.

Su mujer lo contemplaba con alarma, viendo los colores que le subían a la cara. Cuando devolvió el aparato a su lugar, el rabino se volvió hacia ella.

—¿Eran así las demás llamadas equivocadas que recibíamos últimamente? —preguntó con voz contenida.

Miriam asintió.

—¿Siempre la misma persona?

—A veces es un hombre, a veces una mujer. Nunca me ha parecido oír la misma voz dos veces. En varias ocasiones no han dicho más que una sarta de obscenidades, pero casi siempre se trata de cosas horribles.

—Esta persona, con una voz muy agradable, por cierto, quería saber si realizaríamos sacrificios humanos en nuestra próxima festividad. Supongo que se refería al *Pesach*.

—¡Oh, no!

—Oh, sí.

—Es horrible. Es una ciudad encantadora, con gente tan agradable como Hugh Lanigan y el señor Macomber, pero estas llamadas...

—Chiflados —contestó él, despectivamente—. Sólo unos cuantos chiflados.

—No se trata únicamente de las llamadas, David.

—¿Ah, no? ¿Qué más hay?

—Antes, cuando iba a las tiendas, los dependientes se mostraban muy amistosos. Ahora son simplemente corteses. Y las demás clientes, las que conozco, procuran evitarme.

—¿No serán imaginaciones tuyas? —Pero su voz había perdido gran parte de su seguridad.

—De ningún modo, David. ¿No puedes hacer nada?

—¿Cómo qué?

—No lo sé. Tú eres el rabino: tú habrías de saberlo. Tal vez deberías decirle a Hugh Lanigan lo que está ocurriendo. Tal vez

deberías consultar a un abogado. Tal vez deberías aceptar el ofrecimiento de Macomber.

Él no respondió, sino que regresó a la sala de estar. Miriam entró a ver y lo halló sentado en una butaca, con la vista clavada en la pared de enfrente. Cuando se ofreció a prepararle una taza de té, él negó con un gesto de cabeza, preocupado. Más tarde, se aventuró a mirar de nuevo y seguía en la misma butaca, la mirada fija al frente.

—¿Quieres descorrer la cremallera, por favor? —le pidió ella.

Sin levantarse, mecánicamente, desabrochó la cremallera de la espalda de su vestido. De pronto, pareció recobrar la conciencia, y preguntó:

—¿Por qué te quitas el vestido?

—Porque estoy agotada y quiero irme a la cama.

El rabino se rió.

—Pues claro. Qué tonto soy. No puedes irte a la cama con el vestido puesto. Si no te molesta, yo me quedaré un rato más.

En aquel momento se oyó el ruido de un automóvil que se acercaba y se detenía ante la puerta.

—Alguien viene —observó él—. ¿Quién puede ser a estas horas?

Esperaron, y al poco rato sonó el timbre de la puerta. Miriam, que había vuelto a abrocharse la cremallera rápidamente, fue a abrir, pero antes de que llegara sonó el rugido de un motor y el chirriar de ruedas sobre la grava. Abrió la puerta y miró al exterior. Vio las luces de posición de un coche que aceleraba calle abajo en la oscuridad.

A sus espaldas, su marido exclamó:

—¡Oh, Dios mío!

Ella se volvió y lo vio también: una cruz gamada pintada sobre la puerta, con pintura roja que comenzaba a chorrear.

El rabino la tocó cautelosamente y contempló con incredulidad la mancha roja que dejó en su dedo. De repente, Miriam se echó a llorar.

—Lo siento, David —sollozó.

Él la atrajo hacia sí y la estrechó entre sus brazos hasta que hubo recobrado la compostura. Luego, con voz ronca, dijo:

—Tráeme un trapo y ese producto que usas para limpiar.

Ella hundió la cara en el pecho del rabino.

—Tengo miedo, David, tengo miedo.

## 26

AUNQUE LOS PERIÓDICOS habían publicado la foto del rabino como persona relacionada con el caso, la señora Serafino no lo reconoció cuando le abrió la puerta.

—Soy el rabino Small —se presentó—. Me gustaría hablar con usted unos minutos.

La mujer no estaba muy segura de lo que debía hacer y le habría gustado preguntárselo a su marido, pero éste aún dormía.

—¿Es a propósito del caso? Porque, si lo es, no creo que deba hacerlo.

—He venido a ver la habitación de la muchacha. —Su voz era tan firme y tranquila que una negativa parecía casi una impertinencia.

La señora vaciló, pero al fin respondió:

—Supongo que no hay nada malo en ello. Está al lado de la cocina. —Y le mostró el camino.

Mientras se dirigían hacia la cocina sonó el teléfono, y ella se apresuró a contestar al primer timbrazo. Habló unos instantes y colgó en seguida.

—Disculpe —se excusó ante el rabino—, pero tenemos un supletorio al lado de la cama y no quería que Joe se despertara.

—Comprendo.

Ya en la cocina, abrió una puerta y se echó a un lado para que el rabino pudiera pasar. Recorrió la habitación con la mirada: la cama, la mesita de noche, la cómoda y la pequeña butaca. Se aproximó a la mesita de noche y leyó los títulos de los escasos libros que había

sobre ella; luego, contempló la radio de plástico. La estudió por unos instantes y a continuación giró el botón y esperó hasta que oyó una voz que anunciaba: «Aquí Radio WSAM, la emisora de Salem, con un programa de música...».

—No creo que deba usted tocar nada —le reprendió la mujer.

Él se volvió y se disculpó con una sonrisa.

—¿La oía mucho?

—Todo el rato... Esa locura de música de *rock and roll*.

La puerta del armario estaba abierta. Tras pedirle permiso, examinó su interior. La señora Serafino le abrió la puerta del cuarto de baño.

—Muchas gracias. Ya he visto lo suficiente.

Regresaron a la sala de estar.

—¿Ha encontrado algo en especial?

—No buscaba nada. Solamente quería hacerme una idea de cómo era la muchacha. Dígame, ¿era bonita?

—No era ninguna belleza, a pesar de que los diarios no dejan de llamarla «una atractiva rubia». Supongo que es así como llaman a todas las chicas. Tampoco es que no fuera atractiva, a su modo un tanto rural. Ya sabe, cintura gruesa, piernas y tobillos gruesos... ¡Vaya, lo siento!

—No se preocupe, señora Serafino —la tranquilizó—. Ya sé lo que son las piernas y los tobillos. Dígame, ¿parecía feliz?

—Yo diría que sí.

—Y, no obstante, creo que no tenía amistades.

—Bueno, a veces iba al cine en compañía de Celia, esa chica que trabaja para los Hoskins.

—Pero ninguna amistad masculina. ¿O es posible que las tuviera sin usted saberlo?

—Creo que si hubiera salido con algún chico me lo habría dicho. Ya sabe, dos mujeres juntas en la misma casa hablan de sus cosas. Pero estoy segura de que no tenía amigos. Cuando iba al cine, algún jueves por la noche, iba siempre sola o con Celia.

—¿Advirtió ese jueves algo especial en su conducta?

—No, fue igual que cualquier otro jueves. Yo estaba atareada, de modo que se encargó ella de dar el almuerzo a los niños, pero se fue en cuanto terminó. Normalmente, se iba un poco antes.

—Pero no era desacostumbrado que se fuera a la hora en que lo

hizo, ¿o sí?

—Yo diría que no.

—Bien; muchas gracias, señora Serafino. Ha sido usted muy amable.

La mujer lo acompañó hasta la puerta y permaneció en el umbral mientras él se alejaba. Pero en seguida le llamó:

—¡Rabino Small! Esa de ahí es Celia, si quiere hablar con ella. La que va con dos niños. —Siguió mirándole mientras él apresuraba el paso para abordar a la chica.

El rabino Small habló con Celia unos minutos y a continuación anduvo hasta la esquina de la calle y echó una ojeada al buzón. Luego, se metió en su coche y se dirigió hacia Salem, donde se detuvo algún tiempo antes de volver a su casa.

El señor Serafino se levantó poco después de mediodía. Se lavó, se pasó la mano por la cara, frotándose la incipiente barba azulada y decidió no afeitarse hasta el atardecer. Luego bajó a la cocina. Fuera, en el patio, vio a su esposa jugando con los niños, y les dirigió un saludo con la mano. Su mujer entró para servirle el desayuno y él tomó asiento ante la mesa de la cocina para leer la página de humor del periódico de la mañana mientras ella se afanaba ante el fogón.

Hasta que no hubo terminado el desayuno, no cambiaron ni una sola palabra. Por fin, ella le dijo:

—¿A que no adivinas quién ha venido esta mañana?

Él no contestó.

—Ha venido el rabino Small, el del templo judío —prosiguió ella

—. Ya sabes, el dueño del coche en que encontraron el bolso.

—¿Qué quería?

—Quería que le hablara de la chica.

—Vaya descaro. No le habrás dicho nada, supongo.

—He hablado con él. ¿Por qué no?

La miró con asombro.

—Porque está mezclado en el asunto y lo que tú sabes es una prueba, por eso no tenías que hablarle.

—Pero si parecía un joven la mar de educado. No me lo imaginaba así. Quiero decir que no lleva barba ni nada por el estilo.

—Hoy en día ya no usan barba. ¿No recuerdas la boda de los Gold a la que asistimos el año pasado? Tampoco aquel rabino llevaba barba.

—Pero es que ni siquiera tenía un aire solemne. Era un joven corriente, como si fuese un agente de seguros o un vendedor de coches. Tampoco es que hablara sin parar. Solamente un joven simpático y educado. Quería ver el cuarto de la chica.

—¿Y tú se lo has mostrado?

—Claro.

—La policía te dijo que mantuvieras cerrada la puerta. ¿Cómo sabes que no quería llevarse algo, o borrar una huella, o incluso dejar alguna cosa para que la encuentren luego?

—Porque estuve con él todo el tiempo. No permaneció más que un par de segundos.

—Bien, pues te diré qué voy a hacer ahora mismo. Voy a llamar a la policía y se lo contaré todo. —Se puso en pie.

—Pero ¿por qué?

—Porque se trata de un caso de asesinato, y lo que hay en esa habitación son pruebas, y él es parte en el asunto, y puede que haya estado trasteando con las pruebas. Y, a partir de ahora, no quiero que hables del caso con nadie. ¿Entendido?

—Como tú digas.

—Con nadie, ¿lo comprendes?

—Muy bien.

—No quiero que digas ni una sola, única palabra, ¿entendido?

—Muy bien, muy bien. ¿Por qué te excitas tanto? Te has puesto rojo.

—Un hombre tiene derecho a disfrutar de paz y tranquilidad en su propia casa —gritó enfurecido.

Ella le sonrió.

—Lo que pasa es que estás nervioso, Joe. Anda, cariño, siéntate y deja que te prepare otra taza de café.

Serafino volvió a sentarse y se ocultó detrás de su periódico. Ella fue a buscar un platillo y una taza limpios y le sirvió el café. Se sentía desconcertada, insegura y preocupada.

# 27

EL RABINO NO SE SORPRENDIÓ demasiado cuando recibió la visita de Hugh Lanigan aquella misma noche.

—Tengo entendido que ha ido a ver a los Serafino esta mañana —comenzó.

El joven rabino se sonrojó y asintió.

—Investigando un poco, ¿eh, rabino? —Los labios de Lanigan se torcieron en un intento de mostrar severidad, aunque resultaba evidente que la situación le divertía—. No lo haga, rabino. Podría confundir las cosas, y Dios sabe que ya están lo bastante oscuras. Además, puede dar lugar a sospechas. El señor Serafino, que llamó para decírnoslo, parecía creer que había ido para eliminar alguna pista, posiblemente perjudicial para usted, del cuarto de la chica.

—No lo había pensado —respondió, con expresión contrita—. Lo siento. —Vaciló, y en seguida añadió tímidamente—: Tenía una idea que quería comprobar.

Lanigan le dirigió una mirada rápida.

—¿Si?

El rabino asintió y prosiguió apresuradamente.

—En toda secuencia de acontecimientos, hay un principio, un medio y un final. La última vez que hablamos del caso, temo que comenzamos por el final, por el bolso. Creo que llegaríamos más lejos si comenzáramos por el principio.

—¿Y a qué llama usted el principio? ¿Cuando la chica quedo embarazada?

—Ese podría ser el principio, sí, pero no tenemos la certidumbre

de que el embarazo esté relacionado con la muerte de la chica.

—Entonces, ¿dónde lo sitúa usted?

—Si yo llevara la investigación —respondió el rabino—, lo primero que me gustaría saber es porqué la chica volvió a salir después de que Bronstein la dejara en casa.

Lanigan reflexionó sobre la cuestión y la desechó con un encogimiento de hombros.

—Pudo haber sido por cualquier motivo. Para echar una carta al buzón, tal vez.

—Entonces, ¿por qué se quitó el vestido?

—Estaba lloviendo —observó Lanigan—. Quizá no quería que se mojara.

—Entonces se habría limitado a ponerse un abrigo o un impermeable, como de hecho sucedió. Además, no recogen el correo hasta las nueve y media de la mañana. Lo comprobé en el buzón.

—Muy bien. Eso significa que no salió a echar una carta. A lo mejor sólo quería dar un paseo para tomar el aire.

—¿Lloviendo? ¿Después de haber estado fuera toda la tarde? Además, subsiste la misma objeción: ¿Por qué se quitó el vestido? Ésta es la pregunta fundamental. ¿Por qué se quitó el vestido?

—Muy bien, ¿por qué se lo quitó?

—Para irse a dormir, naturalmente —anunció el rabino.

Lanigan se quedó mirando su expresión de triunfo. Finalmente, contestó:

—No lo comprendo. ¿A dónde quiere ir a parar?

El rabino no pudo evitar que trasluciera su impaciencia.

—La chica regresa a casa después de pasar la velada fuera. Es tarde, y tiene que levantarse por la mañana temprano. Así pues, empieza a prepararse para ir a dormir. Se quita el vestido y lo cuelga cuidadosamente en el armario. Normalmente, habría seguido quitándose las demás prendas, pero ocurrió algo que interrumpió el proceso. Yo sugiero que sólo pudo tratarse de un mensaje de alguna clase.

—¿Está diciéndome que recibió una llamada telefónica?

El rabino Small sacudió la cabeza.

—Imposible. Hay una extensión en el piso de arriba, y la señora Serafino habría oído sonar el teléfono.

—Entonces, ¿qué?

—La radio. Según la señora Serafino, la tenía conectada todo el tiempo. En las chicas de esa edad, conectar la radio es una especie de reflejo condicionado. Lo hacen tan automáticamente como respirar. Sugiero que la conectó nada más entrar.

—Muy bien, de modo que conectó la radio. ¿Qué clase de mensaje pudo haber recibido?

—Radio WSAM, la emisora de Salem, emite un boletín de noticias a las

12:35

. Los últimos minutos se reservan para noticias locales.

—¿Y cree usted que oyó una noticia local que la obligó a salir corriendo bajo la lluvia? ¿Por qué?

—Porque tenía que encontrarse con alguien.

—¿A esa hora? ¿Y cómo sabía dónde encontrar a ese alguien? Ya sé a qué programa se refiere, y no admite anuncios personales. Además, si tenía que encontrarse con alguien, ¿por qué no volvió a ponerse el vestido? Verdaderamente, rabino...

—No tuvo tiempo de ponerse el vestido porque debía llegar al lugar de la reunión antes de la una —explicó el rabino suavemente—. Y sabía que encontraría allí a esa persona porque a la una en punto tenía que llamar a la comisaría.

Lanigan lo miró con fijeza.

—¿Se refiere a... Bill Norman?

El rabino asintió.

—Eso es imposible. Si acaba de comprometerse con la hija de Bud Ramsay. Yo mismo asistí a la fiesta de compromiso, precisamente aquella noche. Fui uno de los invitados de honor.

—Sí, ya sé. Ésa fue la noticia que dieron por la radio. He llamado hoy a la emisora y lo he verificado. Piénselo bien, y recuerde que la chica estaba embarazada. Según aquellos que la conocían, la única vez que estuvo en compañía de hombres —socialmente, se entiende— fue cuando se celebró el baile de la policía en Old Town. Sugiero que allí fue donde conoció a Norman.

—¿Pretende decir que fue allí donde quedó embarazada?

—Difícilmente. El baile tuvo lugar en febrero. Pero allí fue donde trabó amistad con Norman. No sé cómo se estableció su relación posterior, pero puedo imaginarlo. Como la mayoría de los

ciudadanos, sé que el agente que hace la ronda ha de llamar a la base a intervalos regulares. Siempre había supuesto que, como en el caso del vigilante nocturno de una fábrica, los intervalos entre llamadas dependían exactamente del tiempo que tardaba en ir de una cabina a otra.

—Bueno, no exactamente —alegó Lanigan—. Hay un cierto margen.

—Eso averigüé hace unas semanas, cuando tuve que mediar en una disputa entre dos miembros de mi congregación. Uno de ellos tenía que entrar en una casa a altas horas de la noche y le faltaba la llave, de modo que el taxista fue a buscar al policía de servicio, que solía detenerse cerca de allí para tomarse una taza de café no prevista en el programa.

—Son ocho horas de servicio. No se puede pedir a los agentes que estén todo el tiempo de ronda sin descansar —dijo Lanigan, a la defensiva—. Además, en invierno hay que calentarse de vez en cuando.

—Naturalmente —admitió el rabino—. Y, pensándolo bien, es lógico que dispongan de un margen considerable, aunque sólo sea por las investigaciones que tenga que hacer por el camino. Estuve hablando con el agente Johnson, que hace la misma ronda durante el día, y me explicó que los agentes del turno de noche suelen organizarse a su manera. En este recorrido, por ejemplo, se detiene un rato con el vigilante nocturno del edificio Gordon. Luego viene la planta lechera, e incluso el templo cuando Stanley se quedaba allí por las noches. Y aquí tenemos la casa de los Serafino, donde, si no contamos a los niños que duermen en el piso de arriba, Elspeth estaba todas las noches sola hasta las dos de la madrugada o más. Por el camino llega un gallardo y joven policía, soltero además, que ha de llamar a la una desde la cabina del cruce de las calles Maple y Vine, y cuya ruta le lleva a continuación por la calle Vine, hacia el hogar de los Serafino. Así que, en las noches frías y solitarias, ¿qué mejor descanso que detenerse una media hora en el cuarto de la chica para tomar una taza de café y conversar tranquilamente, antes de reanudar el servicio?

—Pero ¿y los jueves? ¿No habría querido ella que pasaran su día libre juntos?

—¿Por qué? Ya se veían todas las demás noches. Y él trabajaba

por la noche, de modo que necesitaba dormir durante el día. Supongo que estaba enamorada de él y seguramente creía que se casarían. Nada indica que se tratara de una chica fácil. Al contrario, probablemente era por eso por lo que no salía con otros hombres y se negaba a acompañar a Celia. Sin duda se consideraba prometida.

—Es una explicación ingeniosa —reconoció Lanigan—, pero puramente circunstancial.

—No lo niego, pero todo concuerda. Y nos permite reconstruir los acontecimientos del jueves fatal de la única manera que tiene sentido. La muchacha cree estar embarazada, y aprovecha su día libre para visitar a un ginecólogo. Se viste para salir, sin olvidar un anillo de matrimonio. ¿Era de su madre o acaso lo compró con la esperanza de poder ostentarlo legítimamente en breve plazo? En la consulta del médico se presenta como Elizabeth Brown, no a causa de Bronstein, al que aún no conocía, sino porque es un apellido tan frecuente como Smith y coincide con sus iniciales. El médico la reconoce y le confirma que está embarazada.

»Ahora bien, Bronstein declaró que cuando la vio por primera vez en el restaurante la chica consultaba continuamente su reloj, como si estuviera esperando a alguien. Supongo que las camareras ya les habrán dicho que no encargó su cena inmediatamente. Por consiguiente, y puesto que no solían verse los jueves, deduzco que la chica llamó a su amante y concertó con él una cita especial.

—La secretaria del médico dijo que le había preguntado si existía un teléfono público en el edificio.

El rabino asintió.

—Norman debió de acceder, o por lo menos le dijo que trataría de ir, de manera que ella se dirigió al Surfside a esperarlo.

—Pero, en cambio, se fue con Bronstein.

—Probablemente se sintió dolida al ver que no acudía; dolida y tal vez asustada. Según Bronstein, él no le dirigió la palabra hasta que resultó claro que le habían dado plantón, y lo único que hizo entonces fue pedirle permiso para cenar en su compañía, porque no le gustaba comer solo. Era un hombre mucho mayor que ella, y seguramente no vio ningún peligro en aceptar. Después de todo, se encontraban en un restaurante, un sitio público. En el transcurso de la cena debió de llegar a la conclusión de que era un hombre de buenas costumbres, y por eso aceptó pasar la velada con él. Sin

duda necesitaba sentirse acompañada, pues por entonces estaría bastante deprimida. Bronstein la acompañó a su casa y ella se dispuso a acostarse. Ya se había quitado el vestido cuando oyó que anunciaban el compromiso de Norman.

—Por lo tanto, sabiendo que Norman debía llamar desde el cruce de Maple y Vine hacia la una, y como ya eran menos cinco, digamos, tenía que apresurarse. Se enfundó en el abrigo y, puesto que llovía y debía recorrer varias calles, se echó el impermeable por encima y salió a su encuentro. ¿No es eso, rabino?

—Yo diría que sí.

—¿Y qué cree que ocurrió a continuación?

—Bien, estaba lloviendo a cántaros. Norman había visto mi coche aparcado frente al templo y supongo que le sugirió que se cobijaran en él para discutir el asunto. Se acomodaron en el asiento de atrás y le ofreció un cigarrillo. Sin duda estuvieron hablando un rato. Quizá se pelearon. Quizá le amenazó con contárselo todo a su prometida. Y él asió la cadena que llevaba al cuello y la retorció. No podía dejar el cadáver en el coche, por supuesto, ya que era su deber echar siquiera una mirada superficial a cualquier vehículo aparcado en la calle toda la noche. Si hubieran encontrado el cuerpo en mi coche, sin duda habría tenido que dar explicaciones. Por tanto, llevó el cuerpo hasta la hierba y lo ocultó detrás del muro. El bolso había caído al suelo y le pasó inadvertido.

—Sin duda se da usted cuenta, rabino, de que no tenemos la más mínima prueba que avale esta teoría. Pero lo cierto es que todo encaja perfectamente —prosiguió Lanigan, con aire reflexivo—. Si hubiera ido a contar su historia a los Ramsay, ahí habría terminado su compromiso con Alice. Los conozco bien. Buena gente, pero muy orgullosos. También creía conocer bien a Norman. —Dirigió la vista hacia el rabino, enarcando una ceja—. ¿Ya había llegado usted a estas conclusiones cuando fue a casa de los Serafino a comprobar su teoría?

—No del todo. Tenía una vaga intuición, pero hasta que no vi el aparato de radio en el cuarto de la chica no se me ocurrió la explicación. Claro que yo tenía una ventaja sobre usted, ya que contaba con un motivo para sospechar del agente Norman desde un principio.

—¿Qué motivo era ese?

—Norman negó haberme visto, cuando yo sabía que sí me vio. ¿Por qué lo negó? Puesto que no me conocía, no podía tratarse de una animadversión personal. De haber admitido que me había visto, su posición no habría mejorado en modo alguno, pero sí la mía. Habría establecido el hecho de que salí del templo bastante antes de que se cometiera el asesinato. Pero si él era el culpable, o estaba involucrado de alguna manera en la muerte, entonces, ¿no le beneficiaría el desviar las sospechas hacia otra persona?

—¿Por qué no me lo dijo antes, rabino?

—Porque solamente era una sospecha, y, además, no es fácil para un rabino acusar a un hombre de asesino.

Lanigan permaneció silencioso.

—Desde luego, no tenemos ninguna prueba de todo esto —reconoció el rabino.

—No creo que sea difícil conseguir las.

—¿Qué se propone hacer?

—Bien —comenzó Lanigan—, de momento, todavía no sé si preguntarle a Norman qué le dijo Elspeth Bleech por teléfono el jueves por la tarde o bien por qué no acudió a la cita con ella en el restaurante Surfside. Entre tanto, me encargaré de que esa chica, Celia, le eche una buena mirada. Nos dijo que Elspeth estuvo casi todo el tiempo en compañía del mismo hombre, en el baile de la policía. Si su teoría es correcta, supongo que se trataría de Norman. Además, pienso interrogar a los Simpson, los vecinos de enfrente de la familia Serafino. Si la visitaba tan a menudo como usted ha sugerido, es muy posible que lo vieran entrar o salir a altas horas de la noche. —Sus labios compusieron una tensa sonrisa—. Cuando sabemos lo que hemos de buscar, rabino, no nos cuesta mucho encontrarlo.

## 28

LA REUNIÓN DEL CONSEJO se salía de lo acostumbrado en cuanto que contaba con la presencia del rabino. Cuando Jacob Wasserman se dirigió a él para preguntarle si querría asistir a las reuniones ordinarias del consejo, el rabino se sintió complacido y agradecido.

—No hace falta que venga, si no quiere. Es decir, si prefiere no asistir a una reunión, o a ninguna de ellas, nadie se lo reprochará. Solamente quería que supiera que puede acudir cuando quiera y será recibido con agrado.

De modo que allí estaba, participando en su primera reunión. Escuchó con atención al secretario mientras éste leía las actas de la reunión anterior y siguió cuidadosamente los informes de los presidentes de los diversos comités. El principal tema a debatir era una moción para instalar alumbrado nocturno en el aparcamiento del templo.

La moción había sido presentada por Al Becker, quien se levantó para defenderla.

—Me he estado informando. Hablé con el contratista eléctrico que suele trabajar para nosotros y lo hice venir para que echara una ojeada al lugar y nos diera un presupuesto aproximado. Según él, hay dos maneras de hacerlo. Una sería por medio de tres torres, que saldrían a unos mil doscientos dólares cada una, y otra instalando seis focos especiales en la misma fachada del templo. Montar los focos es más barato, pero estropea la estética del edificio.

Cada foco cuesta unos quinientos dólares, de modo que saldría por tres mil en total, frente a los tres mil seiscientos dólares de la

primera solución. Luego nos haría falta un dispositivo temporizador para que encendiera y apagara las luces automáticamente. El dispositivo no es muy caro, pero hay que tener en cuenta el consumo de electricidad. En total, la cosa puede costar unos cinco mil dólares.

Becker se sintió un tanto irritado por el rugido de desaprobación que emitieron los presentes.

—Ya sé que es mucho dinero, pero es inevitable. Me alegro de que hoy esté con nosotros nuestro rabino, porque nadie sabe mejor que él lo importante que es tener el aparcamiento iluminado por las noches.

—Pero piensa en lo que va a costarnos, año tras año. Estos aparatos no funcionan con bombillas de sesenta vatios, Al. Y, en invierno, pueden estar encendidos hasta catorce horas diarias.

—¿Acaso prefieres que el aparcamiento se convierta en un lugar de citas para enamorados, o que volvamos a tener otro asunto como el de la chica muerta? —replicó Becker.

—En verano esos focos atraerán millones de mosquitos.

—¿Y qué? Se irán hacia la luz, ¿no? Mejor aún, porque el suelo quedará libre de ellos.

—No es eso lo que ocurre en el terreno de prácticas de la escuela de conducción. Cuando encienden los focos, hay mosquitos por todas partes.

—¿Y qué crees que dirán los vecinos si dejas esas luces tan potentes encendidas toda la noche?

El rabino murmuró algo.

—¿Ha dicho algo, rabino? —preguntó Wasserman—. ¿Quiere hacer alguna observación sobre este asunto?

—Estaba pensando —comentó el rabino con inseguridad— que el aparcamiento sólo tiene una entrada para automóviles. ¿No bastaría con poner un portón?

Se produjo un silencio súbito. Luego, todos comenzaron a hablar al mismo tiempo.

—¡Claro! El aparcamiento está asfaltado, o sea que nadie querrá entrar si no es en coche.

—Todo el frente que da a la calle está rodeado por un seto. Sólo haría falta poner una verja en el camino.

—Stanley podría cerrarla todas las noches y abrirla por la

mañana, al llegar.

—Y aunque algún comité quisiera reunirse por la noche y Stanley hubiera cerrado, podrían dejar los coches aparcados en la calle.

Y, tan súbitamente como habían empezado, se detuvieron y miraron a su joven rabino con respeto y admiración.

El rabino estaba en su estudio, con un enorme tomo abierto ante él, cuando su esposa entró a anunciarle:

—Ha venido el jefe Lanigan, cariño. El rabino hizo ademán de levantarse, pero Lanigan le interrumpió.

—No se moleste, rabino. —Entonces se fijó en el libro abierto sobre el escritorio—. ¿He venido a estorbarle?

—En absoluto.

—No se trata de nada en especial —explicó Lanigan—, pero desde que resolvimos el caso echo un poco de menos nuestras conversaciones. Y, como estaba por aquí cerca, se me ha ocurrido hacerle una visita para ver cómo les va.

El rabino sonrió, complacido.

—Acabo de encontrarme con un ejemplo de pedantería burocrática que quizá le parezca divertido —prosiguió Lanigan—. Ha de saber que cada dos semanas envío la hoja de salarios del departamento al tesorero de la ciudad, para que la repase y dé su aprobación. En esta hoja hago constar las horas trabajadas por cada agente, las horas extraordinarias si las hay, las misiones especiales y demás, y luego sumo el total de cada hombre. ¿Comprende?

El rabino asintió.

—Bien, pues me han devuelto la última que les mandé. —Lanigan no pudo evitar que se notara su exasperación—. En el haber del agente Norman hice constar la duración total de su servicio, pero el tesorero alega que hay que descontar todo el tiempo transcurrido a partir del asesinato de la chica ya que, siendo un criminal, no tenía derecho a figurar en la nómina de la policía. ¿Qué le parece? No sé si ir a discutir con él u olvidarme de todo el asunto.

El rabino frunció los labios y contempló el libro que reposaba sobre la mesa. Luego sonrió.

—¿Vamos a ver qué dice el Talmud al respecto?

## TÍTULOS PUBLICADOS

1. *DE MUERTE,*  
*FULGOR*  
Elmore Leonard
2. ,  
*CALIFORNIA*  
*ROLL*  
Roger L. Simon
3. *APTO PARA MUJERES,*  
*No*  
P. D. James.
4. *MALDITA,*  
*HERENCIA*  
Eric Ambler
5. *EN EL,*  
*ASESINATO*  
*SAVOY*  
Maj Sjöwall y Per Wahlöö
6. *ANOCHECER,*  
*EL*  
David Goodis
7. *SINGULAR,*  
*INOCENCIA*

Barbara Vine (Ruth Rendell)

8. *EL MAÑANA*,  
*CONTRA*  
William P. McGivern
9. *EN EL DIQUE*,  
*MUERTE*  
Janwillem Van de Wetering
10. *PARA*,  
*BLUES*  
*CHARLIE*  
*DARWIN*  
Nat Hentoff
11. *EN LA SINAGOGA*,  
*ASESINATO*  
Harry Kemelman
12. *TERRORISTAS*,  
*LOS*  
Maj Sjöwall y Per Wahlöö
13. *DURO*,  
*JUGAR*  
Elmore Leonard
14. ,  
*RATEROS*  
David Goodis
15. *SIN ROSTRO*,  
*VÍCTIMA*  
Janwillem Van de Wetering
16. *AMOS DE LA NOCHE*,  
*LOS*  
Nicholas Freeling
17. *ESPECIAL*,  
*AGENTE*  
Nat Hentoff
18. *HUIDA*,  
*LA*  
Charles Williams
19. *MORTAL*,

- CHANTAJE*  
Elmore Leonard
20. *SANGRIENTA,*  
*SIDRA*  
Peter Lovesey
21. *ZAPATO HOLANDES,*  
*EL*  
Ellery Queen
22. *DE UN CÓMICO,*  
*CAÍDA*  
Roger L. Simon
23. *INFANTILES,*  
*CRÍMENES*  
B. M. Gill
24. ,  
*ABRACADÁVER*  
Peter Lovesey
25. *¿ QUÉ SUENAN LAS CORNETAS?,*  
*POR*  
Nicholas Freeling
26. *CLUB DEL CRIMEN,*  
*EL*  
B. M. Gill
27. *A LOS INFIERNOS,*  
*DESCENSO*  
David Goodis
28. *DE MÁSCARAS,*  
*BAILE*  
Anthony Berkeley
29. *VIENTO DEL NORTE,*  
*EL*  
Nicholas Freeling
30. *FALSO INSPECTOR,*  
*EL*  
*DEW*  
Peter Lovesey
31. *EN,*

*DETECTIVE*

*JERUSALÉN*

Harry Kemelman

32. *CHICA DE,*

*LA*

*CASSIDY*

David Goodis

33. *MORTAL,*

*CAÍDA*

B. M. Gill

34. *PELIGROSOS,*

*SECRETOS*

William P. McGivern

35. *DEL MATADERO,*

*CAMINO*

Ruth Rendell

36. *CON ESA MUJER,*

*CUIDADO*

David Goodis

37. *CASO DIFÍCIL PARA EL INSPECTOR,*

*UN*

*QUEEN*

Ellery Queen

38. *MUERO POR CONOCERTE,*

*ME*

B. M. Gill

39. *Y EL JOCKEY,*

*SU*

*ALTEZA*

Peter Lovesey

40. *CASO DE LOS BOMBONES ENVENENADOS,*

*EL*

Anthony Berkeley

41. *DESPEDIDA,*

*ETERNA*

Ruth Rendell

42. *VIUDA,*

- LA*  
Nicholas Freeling
43. *DE MADRE,*  
*AMOR*  
Pierre Boileau y Thomas Narcejac
44. *PARA TRES DETECTIVES,*  
*MISTERIO*  
Leo Bruce
45. *JURADO NÚMERO DOCE,*  
*EL*  
B. M. Gill
46. *SUCIOS,*  
*TRAPOS*  
Roger L. Simon
47. *CONDENADOS,*  
*LOS*  
Malcolm Bosse
48. *NO NATURALES,*  
*CAUSAS*  
Thomas Noguchi
49. ,  
*ESTACIÓN*  
*TÉRMINO*  
Pierre Boileau y Thomas Narcejac
50. *POR EL VIENTO,*  
*ARRASTRADO*  
Janwillem Van de Wetering



HARRY KEMELMAN (Boston, Massachusetts, 24 de noviembre de 1908 - 15 de diciembre de 1996, Marblehead, Massachusetts), fue un escritor de novelas de misterio norteamericano y profesor de inglés. Fue el creador de uno de los más famosos detectives religiosos, el rabino David Small, un detective al que su profundo conocimiento del Talmud le ayuda a resolver los casos más difíciles.

«Asesinato en la sinagoga», la novela en la que aparecía por primera vez el rabino Small, sirvió de base para

Lanigan's

Rabbi, una serie televisiva de gran éxito, y su autor obtuvo el primer premio de los Mystery Writers.

## Notas

[1] En inglés, «Dropsie» se pronuncia igual que «dropsy» (hidropesía), (*N. del T.*). < <